

RECUERDOS AL OLVIDO

Sebastián Fonseca Trujillo



El presente libro es ganador del estímulo Publicación de obras literarias del Programa Municipal de Estímulos Culturales de Funza 2020.

“Somos ciudad líder en arte, cultura y patrimonio”

Primera edición

Recuerdos al Olvido

Sebastián Fonseca Trujillo

Email: sfonsecat@unal.edu.co

Noviembre del 2020.

Editor: Joseph Berolo

Diseño y Diagramación: Martha Sonia Herrera Muñoz

Impresión y acabado: Editorial Ave Viajera S.A.S.

email:editorialaveviajerasas@gmail.com

©De ésta edición: Editorial Ave Viajera S.A.S., 2020

Depósito Legal

ISBN: 978-958-49-0792-9

Reservados todos los Derechos de Autor. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial o por cualquier medio o procedimiento incluida la fotocopia y el tratamiento informático virtual en cualquier forma, sin la autorización escrita del autor.



Aunque si contemplaba la vida en su curioso crisol de dolor y placer, no era posible cubrir el propio rostro con una máscara de cristal, ni evitar que los vapores sulfúricos alterasen el cerebro y enturbiaran la imaginación con monstruosas fantasías y sueños deformes. Existían venenos tan sutiles que para conocer sus propiedades había que enfermar con ellos. Y enfermedades tan extrañas que era necesario padecerlas para entender su naturaleza.

*OSCAR WILDE
El retrato de Dorian Gray*



*A mi madre por criar hombres que viven
para luchar contra la injusticia del mundo
en el que viven.*

*Y a mi alma mater, con la esperanza de que
 siga formando profesionales con espíritu
crítico.*



De gatos y brujas

El humo del cigarrillo que fumo mientras escribo se va como se fue hace bastante tiempo mi capacidad de dormir. El insomnio me aqueja, a ratos pienso que estoy loco, que nada de lo que aquí escribo es real. Me atormentan las fragmentadas memorias de mundos inverosímiles, me debato entre la voz de la razón y el recuerdo; siento la demencia, pero no le hallo remedio, la cura me resulta esquiva. Este extraño texto que parece sacado de mi imaginación (que en realidad es poca) es un álbum de imágenes que he de cargar el resto de mi vida, las cuales desearía no haber visto.

Aquí, en un encierro que tiende a hacerse permanente, que probablemente lo será, en el que cada noticia que se me da, augura habitar siempre tras las paredes, me sumerjo en mi memoria para rescatar este relato y probar una verdad que nadie va a creer. Pero las letras me dejan escapar, las metáforas recrean el mundo, lo deforman y obligan a que la subjetividad del lector tome el texto, lo rompa, lo sienta, se haga y me haga con cada línea que recorra.

Comenzaré por escribir sobre el diminuto ser que desencadenó la serie de sucesos, que, aunque parezcan inconexos, constituyen esta historia.

Está fresco en mi memoria el fatídico instante en el que encontré a Mace, un pequeño gato abandonado en un cajón frente una antiquísima casa en la que vivió hace un par de años una anciana. Lo tomé entre mis manos, le di alimento y un hogar. Fuera de algunas travesuras que de vez en cuando hacía, nada me molestaba de ese tierno e inofensivo ser.

Una temporada, estando en vacaciones, mi sobrina Isabel se quedó en mi casa. Su fascinación por el minino crecía cada día, ambos jugaban con frecuencia e incluso dormían juntos. Todo marchaba bien hasta que una tarde el gato desapareció. Al comienzo pensé que se escondía, era normal en él desaparecer. Le propuse a Isabel que lo buscáramos a modo de juego, sin preocuparnos mucho que seguramente lo encontraríamos o regresaría por su cuenta.

La búsqueda resultó infructuosa. Agotado, decidí cenar, así que llamé a mi sobrina para que me acompañara; lo hice tres o cuatro veces sin que apareciera. Comencé a preocuparme; revisé en el baño, en la cocina, en las escaleras, debajo de las camas, en el armario, en el horno. Niña y gato habían desaparecido.

Levanté mi teléfono y marqué a la policía; sin embargo, una carcajada proveniente de la habitación donde se hospedaba Isabel, me hizo colgar y entre risa y rabia me dirigí a su cuarto. Al entrar, pude ver una

pequeña sombra salir por la ventana; me asomé y la vi correr por la acera; no entendía que era lo que ocurría... si esa sombra era la de Isabel, pensé, “una niña no es capaz de saltar desde un segundo piso”. Brinqué al andén y seguí llamándola a gritos. Los transeúntes me miraban extrañados de verme corriendo tras de algo que quizá ellos no veían.

A medida que andaba, la distancia se acortaba entre nosotros, y pronto llegue a la casa donde había hallado a Mace. Aun siguiendo a la sombra que había entrado al lugar, y obligado por un sentimiento de responsabilidad, la imité. La puerta atiborrada de termitas estaba abierta; las ventanas quebradas solo mostraban algunas puntas de los viejos cristales; en el interior, las telarañas llenas de polvo, colgaban de las paredes y se descolgaban sobre los muebles, tan antiguos como la vivienda misma; regadas por el suelo se veían jeringas, botellas de alcohol y cenizas.

Un leve olor a descomposición invadía el ambiente. Cada paso que daba era más difícil; sentía cómo el sudor bajaba por mi frente y el temblor invadía mis rodillas. Avancé con lentitud tratando de no tropezar y caerme entre tanto desbarajuste. Fue entonces cuando descubrí el cuerpo de joven sobre la alfombra y noté que su ropa estaba manchada de sangre.

Horrorizado, solo un pensamiento cruzó mi mente —¡Salir corriendo!— Resbalé, la luz que entraba por una de las ventanas rotas, me permitió ver unos símbolos desconocidos para mí, trazados por todo el piso de la sala, los que no vi al entrar, probablemente por el miedo

que me embargaba. Ya de pie, recordé el motivo por el cual me encontraba en aquel espantoso lugar; iba tras de una sombra que creía que era mi pequeña sobrina.

El temor hacía rebotar mis nervios; sentía el violento correr de la sangre; el miedo se evidenciaba en el temblor de mis manos y el aliento que me faltaba. El pánico me hablaba desde adentro; la responsabilidad me impedía escapar del lugar; mi cerebro se devanaba ante la oscuridad. De repente escuché una risa, me di vuelta y vi la silueta de una niña; le grité que me esperara, pero ni se inmutó; el silencio imperó por un instante y tras unos segundos me di a correr tras de ella, hacia la parte alta de la casa que me desafiaba y parecía querer tragarme y hacerme desaparecer en sus tortuosas entrañas.



De la oscuridad

Debiendo escapar del lugar me adentré más en sus laberintos, los escalones de madera crujían, algunos estaban rotos lo que dificultaba mi ascenso. Vi que la silueta que perseguía se detenía ante la puerta de una de las habitaciones del tercer piso... aterrado vi con incredulidad que era Mace. De repente, apareció una mujer que levantaba sus brazos ante los haces lunares mientras susurraba frases ininteligibles pero que me sonaban poéticas. Atrevidamente, seguí acercándome y al llegar a su lado, la mujer dejó de murmurar, Mace se dio vuelta y me enfrentó haciéndome dar la vuelta y lanzarme escaleras abajo.

Intenté esconderme en algún lugar, pero la tentativa de permanecer oculto fue infructuosa; mi celular sonó y eso fue lo único bueno y feliz que recuerdo de aquel día. Era Isabel llamándome para preguntar si había encontrado a Mace. “Estoy preocupada y tengo hambre”. Quedé mudo, temía que me encontraran los fantasmas que parecía que habitaban aquella lúgubre casa. Cualquier cosa que hiciera resultaría inútil, estaba atrapado.

Tomé aire, me paré en el centro de la habitación, cerca del lugar donde se hallaba el cadáver, y me apoderé de una jeringa de las esparcidas por el suelo. Fue entonces cuando Mace, seguido de la misteriosa mujer, se acercó y se detuvo muy cerca de mí.

Un grito triste y profundo llegó a mis oídos, era la mujer que daba alaridos en una lengua incomprensible para mí, mientras señalaba el cadáver viendo a Mace avanzar con lentitud, hasta acercárseme del todo. Lo miré los ojos, él me imitó, y un agujero se abrió bajo nosotros y caímos. Intenté agarrarme de algo, al descender, pero solo hallé a Mace que maullaba sin cesar. Todo resultaba borroso como lo eran los recuerdos de gente muerta que visitaba en el cementerio. Sentí que caían conmigo y que el aire estaba invadido de olores a hierro fundido, azufre y descomposición.

¡Quién podría sospechar lo que se escondía en el mundo tras el profundo vacío oscuro que me devoraba con el frío que avasallaba y envolvía mi corazón desguarecido que se congelaba envuelto en un entorno negro! un universo desconocido, un espacio profundamente oscuro —¡Mace!— grité mientras caía. No sabiendo si era gato, niña, demonio o brujo. Mi propio eco fue la única compañía.

Nunca estuve más cerca de perder la razón que cuando caía en solitario, sin poder reconocer el abismo en el que la noche sojuzgaba cualquier iluminación. El tiempo transcurrió, yo intentaba entretenerme narrando historias, pero solo conseguí perder la voz gritando amores y desdichas, cuentos y derramando

lágrimas, maldiciendo al cielo por tan agónico destino e implorando a la muerte que viniera por mi pobre vestigio de ser humano que nunca valoró lo que tuvo.

De esa forma caminé más kilómetros que los conquistados por el Gran Khan y sus descendientes. Mi espíritu se hacía pedazos, no surgía de él ningún motivo para erguirme frente a la adversidad, solo estaba deprimido y con mis fuerzas cercenadas como la cabeza de Luis XVI.

¿Cuál era el sustento de la carne y los huesos de quien así caía? Ninguno ¡Mi cuerpo no sufría de sed ni de hambre! La soledad era la peor de las torturas, pues, si bien es cierto que el organismo no decaía, la mente se asfixiaba a sí misma en las tormentosas aguas de la añoranza y el abandono. Nada temí más que estar abandonado de la mano de todos los bondadosos dioses y el abismo en el que caía, fuese el sepulcro en el que reposarían mis huesos.

Pero entre vivir en aquella interminable caverna, oculta de cualquier rayo del sol y tomarla por mausoleo, último y eterno hogar de mis despojos, la balanza se inclinó más por las ideas que abogaban por la segunda de las opciones que mi agobiado cerebro intentaba decantarse. Cuando tomé la decisión de quitarme la vida al menos con pleno uso de conciencia, una sombra se detuvo cerca de mí, en su mano portaba una lámpara de aceite que alumbraba aproximadamente dos metros a la redonda.

Envuelto en llanto, acababa de encontrar a otro condenado ser, pensé que tal vez era una nueva forma

adoptada por Mace, eso bastó para que en un principio le rogara que tuviese compasión con el que la sintió por él. Aquella sombra, me tomó de los hombros haciéndome sentir una profunda emoción. El errabundo personaje, una vez vio que ya reaccionaba dio media vuelta y partió dejándome nuevamente desesperado— lo seguí con todas las fuerzas que mis piernas podían proveerme, lo alcancé, llegué a su lado, ni siquiera volteó a mirar, su inmutable andar continuaba en un sepulcral silencio. Permanecí callado luchando contra la ansiedad que convierte los corazones en tambores; finalmente abrí la boca para saludarlo. Sin embargo, me dirigió la palabra primero y pude tener el inmenso placer de conversar con él.

Se presentó usando una exorbitante cantidad de frases, mostrando por su léxico una buena educación, me extendió la mano y se la estreché. Era viejo, su carne era tiesa como la roca, fría, sus manos huesudas, su piel, rugosa como la corteza de un árbol, entre gris y amarilla la tonalidad, la voz ronca y grave manifestaba melancolía.

Le conté cómo terminé en tan desdichado estado y paraje, esperando que al término de mi historia me contase la suya, un relato que al menos podría ser tan insólito como el mío. Incluso en este punto de mi larga vida, desconozco por qué ese viejo hombre resultó en aquel lugar; se guardó el secreto como si se tratase de uno estatal. Nunca hubo, hay, ni habrá cerradura más difícil de abrir ni muralla menos dispuesta a ceder.

Ese anciano no era una especie de Virgilio que habría de guiarme por un espacio infinito, negro,

que constituiría nuestro entorno. Al principio solo deambulamos guiados por la luz de su linterna, sin rumbo fijo o un lugar en donde pudiéramos descansar de la monumental distancia que caminamos.

Extrañaba las cosas simples; daba por descontado que ahí estarían siempre para mí; su ausencia y el deseo difuminaban los recuerdos que de ellas poseía. El viejo que se llamaba Laureano, y yo, hablamos de la perfección del mundo que recreaba mi mente. Yo pensaba en lo poco que nos fijamos en nuestro entorno producto de la ajetreada vida contemporánea, como contar algo tan sencillo como una tarde común en un parque municipal cualquiera observando el cielo lúgubre, lento en su andar, viendo al tránsito de las aves por entre las nubes y manchas azules del firmamento, mientras en el suelo las palomas blancas, grises y otras aves emplumados huyen y se dispersan en desbandada perseguidas por los niños, que creen que son juguetes para ellos. La belleza que se encuentra en la simplicidad.

Dueño de la luz (cosa que para este caso es una mera expresión), mi compañero Laureano empezó a caminar con suma lentitud, haciéndome pensar que moriría producto de su avanzada edad. Temí volver a la soledad una vez que su lámpara se apagara con la vela de su vida. Empezó a mirar alrededor, tomó aire y soltó una carcajada que heló mis huesos, y gritó —¡Por fin!—.

Sentados a la vera del camino, vi una sombra; me levanté aterrorizado, tomé a Laureano por el brazo instándole a correr. Él levantó la mirada, haló bruscamente su brazo y recuperó su asiento. Recuerdo

bien que lo observé con estupefacción, y que busqué la sombra, sin poder encontrarla.

Laureano seguía sin percatarse del entorno, le juré, por todas las cosas que he considerado sagradas en la vida, que una sombra nos seguía, que gemía en la inescrutable oscuridad. Recuerdo que partiendo de ese último razonamiento me dijo que si inescrutable era ¿Cómo podría saber que algo transitaba el sendero que recorríamos? No fui capaz de reprocharle y por un buen tiempo permanecí mudo en lo que era en nuestra perpetua procesión.

Cuando volví a dirigirle la palabra, retomé el tema, describiéndole la sombra, sus ropas, el color del cabello y otros detalles; su inmutable rostro jamás denotó sorpresa. Su voz, que se tornó áspera, sembró en mí un miedo mayor al que me producía la mencionada sombra; el aire empezó a enfriarse y una sensación de peligro envolvió el ambiente que nos rodeaba. La cantidad de sombras que nos seguían, aumentaba. En la penumbra podía distinguir los grupos que se acercaban a nosotros, otras permanecían al margen, estáticas o se alejaban.

El tiempo se evaporaba en un suspenso tenebroso, hasta que Laureano me dijo: —Sabes, son una amenaza para nuestra seguridad, es necesario luchar contra ellos— No entendí el por qué, pero el miedo me llevó a apoyar cualquier tentativa, sin tener la certeza de la ferocidad o inocuidad de las figuras que nos acechaban. Le pregunté si él conocía alguna manera de capturarlos, pues, al tener forma humana podrían tener el don del

habla; me repuso que tales pensamientos resultaban irrelevantes y me sorprendió sacando de su chaqueta dos largas dagas, bien afiladas que reflejaban la luz. Sus mangos formaban una serpiente dorada enroscada sobre unas hojas plateadas. Las tomó en sus manos, acariciándolas y sonriendo como si recordara buenos momentos en los que le fueron útiles. Con un lanzamiento enterró una en el suelo, se desencorvó y tras un suspiro pareció haber rejuvenecido, solo para matar.

Las sombras tras de nosotros, sollozaban profundamente como si anhelaran algo que no lograban obtener, quizá un objeto fascinante en aquel mundo oscuro por el que estaban dispuestos a arriesgar la vida, antes de que las armas que portaba Laureano las enviase a la balanza de Anubis.

Creí que tomarían mi vida si no les quitaba la suya primero, por lo cual le sugerí a Laureano que planeásemos la forma de matar a cada una de esas figuras muy humanas para ser bestias, demasiado bestiales para ser hombres, homínidos distintos a mí, pero con algo que me hacía verlos como hermanos.

Tendimos la trampa. Él se quedaría quieto sosteniendo su linterna (mi mente no alcanzaba a ver la trascendencia de ese pequeño objeto), mientras yo los atacaba. La táctica resultó efectiva, pero cuando mi mano debía arrancarles el alma, yo soltaba la daga y los dejaba ir y gritaba como si me atacaran y consiguieran escapar.

Al principio Laureano culpaba a mi ineptitud e incapacidad para matar, pero con el tiempo empezó a sospechar de la debilidad de mi corazón, así que decidimos invertir la táctica. Acepté, dudando que un pobre anciano tuviera la fuerza para matar. No daba crédito a mis sentidos, pienso que me veía horrorizado, pues, llegamos a un largo debate sobre la vida y la condición humana. Por mi parte defendí a las criaturas que nos seguían, mientras intentaba persuadirlo de entregarles algo de lo que portábamos. Su vida semianimal no nos resultaba ajena, pues, simplemente el hombre es una bestia que la sociedad domestica. En tanto el argumento de Laureano se restringió a una postura práctica y la aparente defensa propia, pero, yo pensaba que solo era su arrogancia, la arrogancia del hombre que se coloca por encima de las otras bestias.

Como el agua contra las piedras, Laureano fue erosionando mi oposición. Me negaba a cortar la vida de aquellos que ningún mal me hicieron, y deseaba que Laureano compartiera ese pensamiento, pero temí quedarme solo. Di mi consentimiento pues el hombre tiene la extraña facultad de pensar y actuar de manera contraria. Le dije que no se preocupara, de cualquier forma, habían demostrado una agilidad sobrehumana y suficiente fortaleza para vencerme. Así lo vi matar y cubrirse de sangre y limpiar sin inmutarse sus dagas mortales hasta dejarlas relucientes como espejos, en algunas ocasiones usaba un pañuelo en otras arrancaba partes de los harapos con que vestían sus víctimas; siempre pensé que el hacerlo probaba su racionalidad, él siempre le prestó atención a ese pequeño detalle, sin saber lo fundamental que resultaba para la construcción

que mi imaginación hacía de su personalidad, cordura o demencia.

Cerré los ojos con el anhelo de verlo libre de manchas sangrientas. El tiempo pasó, él continuó con su labor y yo empecé a sentirle un profundo aborrecimiento; sus razones carecían de la fuerza suficiente para convencerme de que la masacre se transformaba en genocidio, la “solución final” nazi. ¿Por qué toleraba las acciones de Laureano?

El miedo a la soledad, el horror que me causaba pensar en la posibilidad de volver a mi feroz caída, sin luz ni compañía, eran razones suficientes para superar una situación tan espantosa. De esa manera acabamos (en mi caso por omisión). Con la “cacería” de las tantas sombras que habían resguardado su derecho a ser salvajes.

Sin embargo, llegó la hora del jaque a Laureano. En una ocasión, mientras se ejercitaba en el exterminio de sus víctimas, le oí gritar como si estuviera en peligro y necesitara ayuda. Aterrado me levanté y corrí hacia el lugar donde se encontraba. Lo encontré caído ante uno de aquellos seres que trataba de eliminar, éste lo tenía asido del cuello; me abalancé sobre él solo para sentir que me alzaba en el aire, lanzándome al suelo. Laureano aprovechó la oportunidad, se colocó en pie y le clavó una daga en la espalda, la criatura lo golpeó con fuerza lanzándolo fuera del área alumbrada por la lámpara que yo había logrado rescatar. La sombra. Herida- caminó unos pasos en mi dirección, solo para derrumbarse frente a mí. Mi participación activa en

el asesinato y rescate de la luz hizo que Laureano me mirara sonriendo. Era claro que le generaba un enorme placer verme sufrir, ahogado en la culpa. Era una sensación leve que entretenía mis pensamientos que intentaban por todos los medios olvidar el momento aquel de sentirme levantado por el aire, y al caer, ver dislocado el sentimiento. (Si se le puede llamar así a que te lancen cual costal).

Nada cambió en esa ocasión, yo no clavé el arma solo fui un colaborador, pero en mi mente era diferente, mis manos se habían manchado de sangre. Perdí la noción del tiempo, actué de manera mecánica hasta que el maldito viejo me dirigió de nuevo la palabra.

Empezó por felicitarme, para él era un héroe que demostró su coraje cuando el momento lo requirió, mi valor contribuyó a la derrota de un formidable enemigo. Tras esto, me torturé, culpándome, no presté atención a lo que me decía- me faltaba el aire. El viejo era un monstruo desconocido para mí mismo, sentí un vacío profundo, una sensación de desesperación. Mejor hubiera sido el suicidio en la obscuridad de la caída aquella que contribuir al exterminio sistemático de esos pobres seres ¡Qué injustos fuimos con ellos!

Laureano se sentó a mi lado, vio mi expresión de dolor, luego se levantó con rapidez, dio un paso atrás y me pateó el rostro soltando una horrenda carcajada al hacerlo. Caí. Mi espíritu solo deseaba venganza, me puse de pie y lo tomé por la garganta intentando asfixiarlo, él giró zafándose y tomando mi brazo, esgrimió una de sus dagas. Pensé que todo terminaría en ese instante, pero no fue así. El viejo, alzando su lámpara, empezó

a buscar algo entre la obscuridad. Me miró diciendo que me levantara, que me daría una “lección” para que entendiera qué tan cruel es el mundo, pero que por el momento necesitaba de mi ayuda. Había llegado su momento de gloria, su éxtasis, yo me sentía contrariado, sabía que el último de aquella desdichada especie nos acechaba.

A diferencia de los otros, este nos atacó; mi mente estaba lista para morir, más cuando el cuerpo se sintió agredido se defendió con todas sus fuerzas. Es borroso ese instante, recuerdo ver cómo se abalanzó contra Laureano, intentando tomar la luz. Le dimos muerte atravesando sus entrañas con las dagas que ese detestable viejo portaba; pude ver a través de sus ojos la forma en que la vida abandonaba su cuerpo, desplomándose cuando sus músculos dejaron de trabajar. Su sangre era tibia.

Estupefacto vi cómo la bebió Laureano y tras saciar su sed, cortó del cadáver rebanadas de carne una de las cuales me ofreció. Aún me causa pesadillas haber visto la sonrisa de un hombre que se comería a su propio pueblo. Creo que él veía el horror en mis ojos, el asco y el temor que mis pupilas reflejaban; poco le importaba el sentimiento de mi alma ante sus explicaciones— debía matarlos pues deseaban la lámpara y él no soltaría su candil con vida—

Sus ojos abiertos a plenitud y la macabra sonrisa insidiosa que deformaba su rostro me dejaron pasmado. Intentaba matarme. La lámpara cayó, la pequeña luz se apagó; la obscuridad lo reclamaba todo.



De sangre y cadáveres

En medio de la obscuridad, sin el menor sentido para la lógica del mundo físico en el que crecí, pasé de estar en la misma prisión que Laureano, del vacío infinito a un trágico valle.

Una ingente cantidad de cadáveres me rodeaban, un olor putrefacto impregnaba el ambiente, el aire atiborrado de moscas y el suelo tapizado en larvas completaban la horrorosa escena; el cielo rojizo reflejaba el color del piso; sin importar la dirección en la que mirara, veía pies y manos, rostros demacrados carcomidos por los insectos y las ratas que abundaban.

El hedor y las imágenes bloqueaban mis ideas ¿Dónde me encontraba? ¿Por qué desperté ahí? ¿Aparecería Laureano para ver que mi cuerpo se uniera a los muertos? ¿Qué clase de desdichados terminaron siendo banquete para los descomponedores? ¿Cómo regresaría a mi casa?

Inmóvil permanecí en una llanura que me auguraba pronta muerte, quieto hasta que el contenido de esa planicie me indujo a intentar vomitar. Respiré tratando de trazar un plan para volver y entre mis cavilaciones

surgió la necesidad de observar la extensión del lugar en el que estaba; busqué el punto más alto y hallé una montaña adonde me dirigí.

Avancé difícilmente, los cuerpos me resultaban un obstáculo, los insectos abundantes retrasaban mi andar. Un sonido me puso alerta, sentí que me observaban, un rápido movimiento que apenas capté aumentó mi temor; titubeaba entre si era paranoia o una criatura al acecho. Oía el crujir de los huesos bajo mis pies, se me erizó la piel, y una sensación de pánico me invadió.

La desesperación se apoderaba de mí, todas las ideas que tenía me llevaban a la misma conclusión: aquí moriré. Mis opciones (en otras palabras, mi esperanza) eran llegar al gran monte, era consciente de que podría estar perdiendo mi tiempo, me preocupaba esa realidad, pero ¿tenía otra posibilidad de regresar? La respuesta no llegaba, mi mente se oponía a seguir mas no brindaba una alternativa al único “plan” que imaginé.

El pútrido hedor se adhería a mis prendas, las especies de aquel ecosistema se deslizaban entre mis piernas, empecé a sentir malestar y tomé la decisión de descansar, aunque la parca podría visitarme mientras dormía, mi cuerpo tenía la necesidad de reposar, debí “cavar” entre los cadáveres para hallar un espacio donde poder descansar, solo hallé restos cada vez más descompuestos. Me recosté sobre ellos y me quedé dormido. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado.

Las pesadillas pasaban una tras otra, me veía atacado por Laureano mientras mi sangre se derramaba sobre los cuerpos del valle, vi la necesidad de alimentarme de

partes humanas, soñé acompañar a Laureano imitando sus hábitos, sentí que los insectos caminaban sobre mí, desgarrándome en un incesante revolotear por mi atormentado ser; me vi perseguido mientras iba hacia la montaña, por un océano de ratas ensangrentadas que querían verme morir antes de alcanzar la cumbre.

A pesar del entorno y los sueños, pude descansar un poco, me puse en pie y retomé mi trayecto tratando de ignorar el “hermoso paisaje” que observaba, tarareaba las pocas canciones que conozco y repetía poemas en mi cabeza, algunos compuestos por mí, otros que practicaba en las lejanas tardes de mi juventud. La fauna causaba espanto, los animales removían pedazos de carne y los devoraban con lentitud, sus ojos se posaban sobre mí. Por algún motivo sentía que deseaban carne fresca y el único ser humano que veían, era yo.

El lugar tenía pequeñas ondulaciones, las dunas de un desierto compuestas por cuerpos humanos, ese era el camino por el que andaba. Escalarlo no era nada... lo peor era hacerlo sobre cadáveres, que rodaban y se retorcían mostrando las colonias de pestes que se acumulaban sobre ellos. Los coágulos de sangre cubrían el interior de los despojos que las hordas de insectos disfrutaban alimentándose de ellos.

Avanzaba sintiendo que era perseguido. Creí que se trataba de una secuela de lo sucedido con las criaturas que ayudé a matar, la sensación empeoraba en las noches cuando pensaba en Laureano, en su carácter caníbal y en la posibilidad de que me rondara listo para asestarme el golpe final. La respuesta a mi delirio de

persecución la supe cuando me escondí tras una loma; vi a alguien asomarse; me lancé sobre él, su rostro me pareció familiar. Lo primero que hice fue preguntarle por qué me seguía; me respondió que yo era el primer ser humano que había visto en mucho tiempo, dudaba en acercarse por miedo a unirse a los cadáveres; me presenté y él me dijo que su nombre era Juan, y me narró su historia.

Una mujer de cabello castaño y suaves curvas lo vio solo cuando paseaba por el pueblo, buscando algo que hacer distinto a escuchar el llanto de su madre o los insultos que su padre ebrio les lanzaba. Ella se le acercó y le ofreció complacer su carne y saciar sus fantasías; él repuso que no tenía dinero, pero ella le dijo que solo quería a cambio un pequeño favor. Le pidió que entrara en el cementerio municipal, buscara la lápida de Mariana Caro y Pérez, hiciera un agujero a dos metros del muro justo enfrente y removiera un pequeño cofre marrón que allí se hallaba y se lo trajera.

Le parecía extraño que ella no lo hiciera y cual servil perro obedeció e hizo lo que le pedía. Cuando le entregó el cofre, ella le pidió que buscara lugar en el que pudieran estar juntos, sugiriéndole que fueran a una antigua casa en la que había vivido un par de años, aunque estaba carcomida por el tiempo, y muy sucia. El asintió a su propuesta. Llegaron al lugar, ella le pidió que cerrara los ojos, él acató su pedido y después, despertó en ese espantoso valle en el que nos encontramos.

Lo observé con detenimiento, extrañado por la macabra historia, dándome cuenta de algo que no me atreví a decirle: él era el joven que vi caído en la sala

de la casa aquella donde encontré a Mace. En aquel momento supe que conversaba con un muerto que parecía desconocer lo acaecido en esa horrible casa.

Caminamos luego hacia la montaña tratando de probar suerte para esquivar lo inevitable; la muerte nos alcanzaría fuera allí o en otro lugar. Teníamos que resistir cuando nuestros espíritus se cuarteaban, la moral se hacía polvo, los sueños se derretían, la vida se apagaba, pero cada célula se resistía dando sus fuerzas para continuar, a pesar del dolor, el sufrimiento. No hacerlo sería cobarde, dejarse morir era la salida fácil. En mi mente tratando de entender qué había sucedido en aquel caso donde hallé a Juan, muerto, para quien mi historia resultaba incomprensible, y menos la de Laureano —ambas resultaban enigmáticas para él. Por el momento, lo espantoso era el espectáculo de los muertos atiborrados de larvas y de ratas que ni siquiera huían al vernos. Y seguían paseándose sobre ellos.

El tiempo me tenía preparado otro compañero. Una noche en la que el cielo lucía un manto purpúreo, me despertó la luz que producía una fogata que ardía en la oscuridad dejando ver un árbol seco contra el que se recostaba un joven que jugaba ante la lumbre con una llama que portaba en un trozo seco, una rama. Desperté a Juan y nos acercamos al árbol. Así se uniría un miembro más a la marcha de estos dos infelices, uno muerto sin saberlo y el otro sin saber si estaba muerto.

Su nombre era John. Cargaba un atado de leña seca. Nos indicó un lugar en el que había muchos árboles secos, en donde podríamos abastecernos de ramas

troncos para prender nuestras propias fogatas. El fuego alegraría nuestros corazones, templaría los espíritus, daría fuerza a la esperanza y alimentaría los sueños y las ratas y los insectos se alejarían.

Sin embargo, el paisaje no cambiaba, los cuerpos y pestes se extendían; la compañía de los gélidos cadáveres se hacía imposible de esquivar, el número de roedores aumentaba. El terreno era horroroso, un mundo desolado en descomposición, un terreno infernal que se explayaba.

La compañía de mis dos nuevos amigos ayudaba a distraer la mente, y la dirección de nuestras esperanzas era una montaña ¡Andábamos para conocer el camino! Tal vez nuestros cuerpos se depositarían en el sitio, sirviendo de alimento a las alimañas, uniéndose al siniestro escenario por el que avanzábamos.

Ya no era yo un lobo solitario, estaba acompañado de personas con las cuales podía entablar conversaciones, aunque fueran banales, superfluas o innecesarias. Sus relatos eran torpes y demostraban con especial fortaleza el acierto de Ortega y Gasset, cuando decía que las palabras son incapaces de describir lo que pasa al interior de un ser humano; caminábamos deteniéndonos lo menos posible, obligados por la esperanza de recuperar la vida que en un tiempo consideramos nos pertenecía.

El cielo rojizo solía ser remplazado por una cúpula estrellada en la que me fijaba con especial atención; pensaba en los griegos, indios, mayas y egipcios que miraron el cielo al anochecer; repetía un fragmento que

me sé del *Nocturno III* de José Asunción Silva, “y era una sombra larga, y era una sola sombra larga”, y me sentía diminuto ante la inmensidad del mundo que era incapaz de comprender. El universo lleno de estrellas y mundos, secretos desconocidos para mi intelecto, formas y complejidades que asombraban mi imaginación, orbes maravillosos y terribles.

Las llamas de la fogata que encendía John también evocaban algunos pensamientos, la evolución del hombre, el fuego que se convirtió en su poderosa arma contra el miedo, los otros animales y sus iguales; las personas quemadas en la hoguera, los muertos calcinados durante las guerras, el sol, y a partir de nuestra estrella, concluía siempre pensando en las bombas nucleares de fusión y de fisión. El fuego nos daba algo de esperanza y tenía un significado mucho mayor para nuestra pobre humanidad.

Uno de nosotros montaba guardia cada noche, mientras que los otros dos conciliábamos el sueño tratando de evadir las pesadillas. Las noches que me correspondía vigilar, solía pensar en la modernidad, dando vueltas en mis pocos conocimientos de historia; era como un niño que revisa un libro para entender por qué un mono raro que vive en una piedra, en determinado lugar y tiempo, buscó la universalidad, la razón y quiso poner en el escenario, al ser humano como actor principal.

A veces renegaba de ese pensamiento, cavilando sobre la lucha de aquellas culturas que han conseguido resistir el furioso embate que partió de Occidente. Cruz, espada y arcabuz generaron la debacle de un

mundo plural, que los accidentes y distancias parieron antes de los “descubrimientos”. Sus barcos partiendo, sus hombres buscando como sabuesos, avanzando implacables ante el delirante apetito del dios comercio, la plata y el oro.

Todos los continentes han sido tapizados por los cuerpos de ese extraño homínido, la guerra y las enfermedades consiguieron expandirse tan rápido como nosotros. Los hemos transportado causando que acaben con millones, un suave soplo que termina con las vidas como si fueran la llama de una vela, los organismos nutrieron la tierra, las ideas y el suelo que pisamos hoy.

Pensaba en una innumerable cantidad de cosas; mis ideas eran cobijadas por pequeñas flamas que se elevaban. En algún punto empezaba a oler a carne quemada, era el cadáver que iluminaba nuestra linterna, un faro que evitaba que encallara la esperanza de escapar, salir del terrible valle que nos servía de morada, un lugar trágico y triste, lleno de cuerpos humanos y de seres hambrientos que se deleitaban con la carne disponible.

Las conversaciones de fogata eran más entretenidas que las comunes, poseían un aire de profundidad. Aquel juego de dar y recibir información se hacía ante el fuego, lo hondo entraba en las charlas, los sueños salían de la mente para convertirse en palabras, visiones distintas del mundo colisionaban en debates que acortaban la noche y calentaban los ánimos historias que provenían de mi imaginación.

Recuerdo que, tras algunas semanas de caminar, subí una de las colinas, vi que estábamos cerca de la montaña; sentí una repentina felicidad y salté, craso error pues me hizo a caer dando botes, situación sumamente cómica para mis compañeros de viaje. Sus fuertes carcajadas, opacaban los lastimeros quejidos que soltaba al rodar cuesta abajo.

Una vez toqué fondo, con el orgullo más maltrecho que el cuerpo, me dispuse a escalar de regreso a la cumbre, con mi mente ocupada de las burlas de Juan y John, descuidé el sendero, resbalando de nuevo hacia una fosa llena de cadáveres. Lo peor de tan horrible experiencia fue que el agujero tenía el tamaño preciso para mi cuerpo. Logré salir, pálido de susto, no sin antes haber llamado mi atención, una caja metálica; me agaché para tomarla, pero una mano me tomó del hombro, y me hizo estremecer de pavor, nuevamente.

Para mi alivio y fortuna, vi a Juan aproximarse. Proseguí en el intento de tomar el cofre que veía entre ampolletas vacías, jeringas, un bisturí, un martillo, varias tijeras y carpetas de cartón, algunos esferos y un libro negro con la pasta roída. Lo tomé y vi que se titulaba *Un mundo sin sueños* y me concentré en leer sus mohosas páginas.

Esa noche, de una obscuridad excepcional, la vigilia le correspondía a Juan, por lo que despreocupado le narré a John la historia que a continuación transcribo.



Un mundo sin sueños

I

Imaginen un mundo sin sueños, una juventud desecha, de alas arrancadas, enajenadas por el odio, un corazón que se torna negro, oscuro como las profundidades en las que sueña enterrar a su agresor y en las que su alma pueda descansar, cuando la justicia y la venganza finalmente sean consumadas.

Un plato se enfriaba en la mesa, el viento arreció, las gotas de agua azotaron el pavimento y de algunas casas cayeron tejas. El inspector bajó las escaleras, tres golpes habían interrumpido su cena solitaria, en el exterior esperaba un joven oficial empapado, con poco tiempo de ascendido.

La puerta se abrió. Sin esperar invitación el más joven entró.

—Buenas noches señor inspector, se le requiere con urgencia en...

—Un grito lo silenció.

—¡Qué se cree pedazo de idiota! ¿Acaso el viento se llevó la canica que tenía como cerebro o por su diminuto tamaño rodó por una alcantarilla? ¡Cómo osa entrar a mi casa sin que se lo pida y a tan altas horas de la noche!

—Señor...

—¿Le he pedido que hable? ¡No, así que cálese! Lo que sea debe esperar a mañana a no ser que lluevan cadáveres.

—Señor...

—¿Sigue aquí?

—Señor, su orden fue que a menos que llovieran cadáveres esperara a mañana, el problema es que es justamente ese es el motivo de mi presencia en su casa... lo que me ha traído a través de este torrencial aguacero.

II

El inspector le permitió subir al segundo piso donde hasta hace pocos minutos se encontraba comiendo. Ascendió por unas escaleras de caracol llenas de polvo y atravesó un estrecho corredor en el que varios personajes pintados al óleo, le lanzaban sus miradas. Varias puertas habían en el corredor, cerradas a cada costado y al fondo una abierta, por donde ingresamos. Estantes antiguos cubrían las paredes; contenían gruesos volúmenes de libros que, como todas las bibliotecas de la época, serían de historia universal, filosofía, anatomía, literatura, derecho, en especial penal. Al fondo una chimenea, daba luz a la habitación pintada de un rojo granate; sobre la chimenea aparecía

el retrato del inspector. En el centro de la habitación se encontraban unas sillas alrededor de una mesa tallada a mano, sobre la cual reposaba un plato de sopa, uno de arroz, un vaso y un libro abierto. El inspector se sentó en una de las sillas del comedor e invitó al joven oficial a acompañarlo.

—Lamento haber perturbado su cena señor inspector.

—Síntese y cuénteme ¿Qué sucede?

—Señor, hace dos horas, de un edificio residencial al norte de la ciudad cayeron tres cuerpos, todos integrantes de una sola familia.

—Es extraño, pero no veo razón para que usted esté aquí.

—Intentamos llamarlo, pero usted no contestó, creo que su teléfono está apagado.

—Así es, lo apago cada noche para evitar que interrumpen mi lectura, pero eso no explica su presencia en mi casa, otro inspector podría encargarse del caso.

—Señor, lo entenderá al ver la escena... este crimen requiere del mejor inspector, es supremamente extraño.

—Ahórrese sus elogios, dígame por qué lo han enviado a usted.

—Lo siento debí decírselo antes, la próxima semana seré asignado como su compañero.

Tras esta breve conversación se levantó el inspector y paseándose con lentitud por las repisas empezó a interrogar al joven oficial.

—¿Qué entiende usted por justicia? ¿Cree que es un valor abstracto inalterable o que emana de la naturaleza de cada sociedad?

—Pues, yo pienso que cada pueblo genera determinadas normas, las cuales han de fungir como marco de conducta.

—¿Así que cree que la ley positiva ha de sojuzgar a lo que cada uno pueda entender como justo o a las disposiciones universales?

—Sostengo que aquello estipulado por hombres elegidos y encargados de hacer las leyes, debe ser acatado para que la sociedad funcione. Yo elegí esta profesión porque pienso que la ley ha de imperar; creo en atrapar a los criminales y de esa forma ayudar a construir un mundo mejor.

—¿Memorizó eso en la Academia? ¿Realmente cree usted en eso? — dijo con tono sarcástico.

—Señor, un hombre sin principios no es más que una bestia que pretende tener uso de razón.

—Fuerzas palabras... Pienso que con algo de experiencia podrá acoplarse a esta tarea. Al menos no es un iluso iletrado que solo quiere disparar; incluso puede llegar a ser un buen compañero, por lo que veo, pero al fin y al cabo el tiempo me dirá si tengo o no razón. No siendo más partamos, en el camino me explicará los detalles.

III

Salieron a la calle, los autos cubiertos de agua, el sistema de alcantarillado había colapsado. Empero,

consiguieron subir a un taxi que los condujo al lugar donde ocurrieron los decesos. Dentro del vehículo el joven agente mostró al viejo inspector unas fotografías de las víctimas, dos niños y una mujer.

—Las cerraduras no fueron forzadas señor inspector.

—Conocían al homicida.

—Es de suponerse.

—¿Dónde está el padre de las criaturas?

—Nadie lo ha visto desde hace unos días ¿Cree que pudo ser el progenitor y cónyuge?

—Tendremos que averiguarlo ¿Tenían algún enemigo, deuda o pleito?

—Nada que los demás familiares o vecinos sepan, aunque nadie estimaba en realidad al padre.

El inspector ignoró esta última parte de la respuesta, pues le preguntaba a su vez—¿Quién dio aviso?

—Una muchacha que paseaba con una carriola, dijo que los pequeños se lanzaron, ni siquiera gritaron, el único ruido fue el de sus cuerpos al chocar contra el suelo... por su parte la madre dio un alarido y emuló a su prole.

—¿Se lanzaron?

—Sí, pero la testigo afirma que vio a una persona vestida de negro asomarse tras la caída de la señora y sus dos hijos.

—¿Cámaras?

—Solo en el exterior.

—¿Alguien se perfila como sospechoso?

—Estaban en el proceso de revisión cuando salí hacia su casa.

A pesar de la lluvia una enorme cantidad de personas rodeaban el lugar mientras que la policía intentaba impedir que contaminaran la escena, los periodistas violaban la intimidad de una familia en nombre del deber de informar.

Los dos oficiales llegaron al lugar, tras pagar al taxista su servicio, el más joven de los policías decidió hablar.

—Señor inspector, ¿se encuentra bien? Su rostro denota preocupación.

—Solo pienso en el caso, lo que más me inquieta es saber cómo los obligaron a lanzarse.

—Subamos, la respuesta debe estar en su apartamento.

—¿Por qué cree eso? ¿Piensa que ésto es un juego de niños? Debería saber que nada garantiza su afirmación, que antes le dijera que no es un completo ignorante no lo convierte en un genio.

—Lo siento señor.

El inmueble era un apartamento ubicado en un octavo piso, constaba de tres habitaciones, un baño, sala-comedor y cocina. Al entrar todo se veía en orden salvo por un par de botellas de licor y una de las ventanas, la de la sala, abierta a plenitud.

—Señor inspector, huele a alcohol.

—Sí, pero no veo nada anormal... mire ahí en el suelo tras esa silla.

—Una sogá señor.

El inspector se acercó a la ventana.

—Señor inspector, hubo algo que olvidé decirle, los niños acababan de llegar de estudiar y la madre los había recogido, según me informó el celador.

—¿Qué más le dijo?

—Nada significativo, todo parecía normal, era un día común.

Por cerca de media hora escrutaron la vivienda, pero no encontraron nada más de valor probatorio. Cuando las primeras luces del alba empezaron a asomar decidieron ir a descansar un poco y esperar las conclusiones de la necropsia que les trajo la policía.

—Señor inspector, los resultados muestran que la causa de la muerte fueron las caídas. En el cuerpo de los dos infantes había un alto nivel de alcohol y que la madre que parecía haber estado atada, sus manos mostraban huella de la sogá que hallamos con rastros de células epiteliales. También tenemos las imágenes de las cámaras; se ve una persona entrar antes del crimen y salir un tiempo después.

Al escuchar el informe, el inspector tomó un aspecto serio y grave; olvidó que se encontraba en compañía del joven oficial, y empezó a monologar.

—Confirma lo que dijo la testigo, además explica cómo logró que los niños se lanzaran a su muerte. Tiene que ser una venganza, algo personal para que obligara

a una madre a ver a sus hijos hacer semejante cosa... llevándola a suicidarse al contemplar el fin de su estirpe.

Al ver que el joven estaba revisando los videos, le preguntó:

—¿Qué aspecto tenía el sospechoso?

—Las cámaras tienen una muy baja resolución, no se ve nada con claridad.

—¿Algún vecino vio algo extraño?

—No señor, nadie vio nada o al menos ninguna persona quiere involucrarse. Al parecer era un sujeto despreciable para ellos... si alguien lo mataba le haría un favor al mundo. Es una opinión general del sujeto, incluso algunos familiares de la madre la comparten.

—¿Quién dijo eso?

—Una tal Martha, vecina de la familia, entró en el edificio luego de que yo llegara... a la hora de lo sucedido se encontraba saliendo del banco donde trabajaba.

En ese instante entró otro oficial.

—Buenas tardes caballeros... el día de ayer, después que ustedes se retiraron, se encontró entre las pertenencias de los occisos en la escena del crimen, en un pequeño florero una rosa blanca con el número 2 escrito entre los pétalos... eso nos dio motivos para pensar que se trata de un asesino en serie. Hace casi un mes se presentó un caso en el que un abogado fue castrado y murió desangrado en su oficina se halló una rosa similar con el numero 1... ahora creemos que se trata de su primera víctima.

—¿Qué piensa señor inspector?

—Que debemos leer el expediente de ese crimen.

—Señores, ese caso se cerró ante la ausencia de pistas, aparentemente la víctima era muy querida por la comunidad, gran padre y buen esposo. No vimos motivo alguno para que lo asesinaran y menos de la forma en que lo hicieron, tampoco indicios sobre el homicida.

—No importa, queremos revisar de nuevo el expediente— respondieron al unísono.

Las horas pasaron turnándose los oficiales para leer los testimonios, el análisis forense, las fotografías de la escena del crimen, etc. Nada hallaron que contribuyera a esclarecer la motivación que pudo haber tenido el asesino, pero, al igual que el crimen del edificio al norte de la ciudad, fue algo personal... los genitales fueron cortados con lentitud y de manera irregular, el asesino inyectó un anticoagulante para impedir la cicatrización de la herida.

—Señor inspector, el que hizo esto despreciaba al abogado.

—Yo lo conocí hace tiempo, unos diez o doce años, cuando lo único que me importaba era ascender en la institución, llegar a ser un héroe como mi abuelo y mi padre.

—Pero, ¿usted cree que alguien tuviese motivos para vengarse de él?

El inspector frunció el ceño.

—Es posible que en su juventud hiciera algo de lo que debía arrepentirse.

—¿Cómo que, señor inspector?

—Algo, no sé, pero el pasado parece estar cobrándole la cuenta.

Todos quedaron en silencio luego de que el inspector salió del lugar. Tras unos minutos regresó trayendo consigo unos documentos.

—Revisen estos papeles. Es el denuncia por una violación ocurrida hace algunos años. El juez que lo declaró inocente era su amigo, un sujeto muy poderoso y con contactos en las más altas esferas.

—Pero señor, eso es ilegal e inmoral.

—Así es el mundo en el que vivimos, no falta quien logre salir impune pese a las barbaridades que cometan ¿Podría decirme si el padre de los niños se llamaba Jairo Gutiérrez?

—Sí señor, era Jairo Andrés Gutiérrez Flores, ¿Cómo lo supo?

—Era el otro, ella los acusó de embriagarla y violarla, dijo que existía un tercer sujeto, pero jamás logró identificarlo.

—Eso explicaría por qué cometería el crimen de una manera tan personal.

—Investíguela, es la mejor pista que tenemos hasta este momento.

IV

Cuando el joven oficial no pudo leer más debido al cansancio, salió del lugar y anduvo buena parte de la tarde por las calles de la ciudad, recorrió la plaza principal y entro a varios lugares, sin lograr

concentrarse, en las causas de la violación, era como si por un momento hubiera olvidado las horas de estudio y práctica al servicio de la ley.

Ya en la estación de policía, al dar un vistazo a su escritorio en el que reposaban los expedientes, notó con estupefacción que en su lugar solo reposaba un pétalo blanco manchado con una gotita roja. Alarmado marcó el celular del inspector, angustiado esperaba escuchar el teléfono apagado. Fue peor lo que su oído captó.

V

—Buenas noches estimado oficial, —escuchó a una mujer que le respondía—. Espero haya descubierto mi sorpresa, de no ser así le recomiendo se acerque a la oficina en la que se hallaban hasta hace unos minutos los documentos que en su imaginación requiere para resolver el caso.

—¿Quién es? ¡Responda, se lo exijo vieja bruja!

—Ni soy vieja, ni soy bruja, pensé que tal vez a estas alturas ya sabría quién soy, probablemente sea mi error, sobreestimé sus, ¿cómo decirlo, habilidades?

—Es la víctima, pero ¿qué quiere de mí?

—¿Le gustan los juegos que desafían su mente?

—Qué importa, dígame qué quiere.

—Justicia, qué más podría desear, ya hice mi movida, de hecho, he jugado tres. Entenderé si lo encuentra confuso, pero si quiere comprender todo a cabalidad nos vemos a media noche en la plaza central de la ciudad, llegará con rapidez, pues su casa está a menos de ocho

cuadras. Venga solo, sé quién es, dónde vive, con quien vive, dónde trabaja, cuáles son sus pasatiempos... creo que entenderá hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

El joven oficial colgó con vehemencia y se dirigió hacia su hogar. Al entrar vio para su fortuna y alivio a su pequeño hijo jugando en la sala con un carrito rojo, mientras su esposa salía para recibirlo. Se tranquilizó, entendiendo al mismo tiempo que tenía la obligación de cumplirle a la mujer que lo había llamado.

El reloj de la iglesia de la plaza mayor, marcó las doce de la noche. A pesar de que la neblina nocturna no permitía ver más allá de unos cuantos metros, avanzó sin mayores inconvenientes. Temblaba por saber a quién se enfrentaba, ¿Sería alguien a quien conocía?

Una gota de sudor recorrió su espalda, una mano se posó sobre su hombro; quiso gritar, pero una sensación de nudo en la garganta se lo impidió. La mujer que se acercó a él, lo invitó a seguirla, él veía su silueta sin poder captar los detalles.

—Veo que decidió venir.

—¿Dónde está el inspector?

—Sígame, ya comprenderá todo.

Caminaron en silencio hasta un coche, ella subió adelante y él la siguió. Tras veinte minutos de recorrido llegaron a la casa del inspector.

—¿Por qué me ha traído a la casa del inspector?

—Usted quería saber dónde se hallaba su compañero.

—¿Me está jugando una broma?

—Le dije que parecería confuso. Ya lo entenderá.

Bajaron del vehículo, y entraron al lugar. Ella portaba las llaves, subió por la escalera de caracol y entró en el corredor, sin embargo, no se dirigió a la sala donde se encontraba la chimenea, sino que abrió una de las puertas de la izquierda.

—Siéntese por favor y lea estos documentos.

Como si se tratara de su jefa, el joven oficial obedeció.

—Es el expediente de mi caso, un gran fraude de nuestro sistema de “justicia”; los malditos bastardos que ocupan las altas esferas del poder se dejan comprar ¿qué podrían temer de una muchacha como yo?

—¿Para qué quiere que lo lea?

—¿Aún no lo sabe?

—¿Saber qué?

—Quién fue el inspector de mi caso.

Tras revisar las páginas, vio que su nuevo compañero era el oficial que hace tiempo había investigado el caso.

—Cree que ese infeliz solo con un juez a su favor lograría salirse con la suya ¡No! también tuvo el apoyo del policía a cargo.

—¿Dónde está el inspector?

—En el cuarto de al lado, donde guardó parte de la evidencia que debía condenar a los que me violaron.

Acto seguido se dirigieron a la habitación contigua. Empezó un interrogatorio. El primero en hablar fue el inspector.

—Veo que ha dado con la asesina, después de todo ha servido como compañero, ahora sáqueme de aquí y arréstela.

—¿Es cierto?

—Son detalles sin importancia, arréstela en este instante.

—¿Arréstela? ¡Cállese canalla! ¿Cómo pudo mancillar el honor del uniforme de esa manera? ¿Cuánto le pagaron cretino? ¡Responda!

—Yo se lo puedo decir —intervino la mujer— ni un centavo, solo buscaba borrar sus huellas.

—¿Quiere decir que...? él fue...

—Sí, fui el otro sujeto ¿Y? Pasé varios años saltando de unidad en unidad, de escuadrón en escuadrón buscando una, una sola oportunidad para ascender, le ayudé al abogado para que él me ayudara, además pude gozar de esta...

Un puño silenció al inspector, el joven oficial con los nudillos ensangrentados, embargado por la ira lo sujetó por el cuello.

—Suéltelo —le pidió la mujer— algo peor le espera. Hay destinos menos deseables que la muerte, si las dos cosas que más ama son él y su trabajo... quedarán reducidas a la nada. Sé que detesta mis acciones, pero solo cobré justicia. Al abogado lo vi sufrir imitándolo en su despreciable placer, al imbécil que está amarrado en la habitación de enfrente le privé de una familia como hicieron conmigo, debe saber que como producto del acto carnal violento quedé embarazada y al abortar

sufrió una infección quedando incapacitada para procrear. A este último le voy a mostrar qué se siente estar atrapado en un mundo donde no se es capaz de entender ni de expresar, solo que no será por miedo sino por algo más.

—No puedo permitirselo.

—¿Puede evitarlo?

Fue lo último que el joven oficial escuchó antes de desplomarse al suelo, completamente sedado, la mujer se abalanzó sobre él cuando aún se hallaba mirando al inspector dándole la espalda a ella, puso un pañuelo en su rostro y lo dopó. Al despertarse vio a un hombre que intentaba gritar; tras unos segundos de vahído se reincorporó, desató al sujeto que tenía enfrente solo para descubrir que era el padre de la familia que murió. Se vio obligado a contarle lo sucedido, viendo cómo su llanto corría mientras maldecía sus acciones pasadas, culpándose a sí mismo por los desastres de ese día.

El joven oficial salió del cuarto y escuchó un leve sonido, como un animal quejándose, forzó la entrada de la única habitación cuyo contenido desconocía. Sus ojos vieron una escena que le resultó incomprensible. El inspector se hallaba en el suelo como si no pudiera ponerse en pie, sus manos habían sido aplastadas, sus palabras resultaban incomprensibles y daba tumbos como si no pudiera ver.

Sobre un pequeño baúl reposaba una carta que decía:

“Sé perfectamente que usted no avala mis métodos, no piensa que lo justo por naturaleza está por encima de

la justicia humana, pero póngase en mi lugar, imagine un mundo sin sueños, una juventud desecha, de alas arrancadas, enajenadas por el odio, un corazón que se torna negro, oscuro como las profundidades en las que sueña enterrar a su agresor y en las cuales su alma por fin pueda descansar cuando la justicia y la venganza sean finalmente consumadas.

Si se pregunta por el inspector, sus rodillas jamás le servirán para levantarse y atacar a otra señorita, sus manos no volverán a ultrajar a una mujer, y sus ojos que con perverso deseo alguna vez posó en mí, nunca más mirarán, su lengua con sus soeces y burdas palabras se encuentra en el bote de basura. Ha quedado desconectado del mundo, sin poder palpar, ver, oír o hablar.

También soy consciente de que me perseguirá pues usted afirma que aquello que “estipulan los hombres elegidos y encargados de hacer las leyes, debe ser acatado para que la sociedad funcione. Yo elegí esta profesión porque pienso que la ley ha de imperar en todo momento y lugar, creo en atrapar a los criminales y de esa forma ayudar a construir un mundo mejor”.

La narración captó a plenitud la atención de todos. Los tres nos concentramos en el relato que nos llevó a olvidar por un instante el suelo; las páginas destruían el ambiente con sus palabras, las letras construían un mundo en nuestras mentes al sumir en el olvido momentáneo bajo la noche y las llamas, el valle y la muerte, la tierra que nos horrorizaba. Nos abría la discusión a la venganza y la justicia, aunque cuando nos disponíamos a entrar en ella, la tragedia llegó.

Juan no se percató de la infernal bestia que acechaba nuestro grupo, el monstruo tenía el tamaño y la corpulencia de un toro, daba la impresión de haber sido desollado por el color de su tejido, poseía seis patas y garras como guadañas en los cuatro dedos de cada extremidad, el hocico era alargado como el de un equino, carente de ojos, con grandes orificios nasales, sus orejas parecían de sabueso y los afilados dientes de su boca se asemejaban a los de un lobo.

En el instante que concluí leyendo el relato, uno de mis compañeros me aplaudió, hasta que oímos el grito. La bestia se había acercado por su espalda, más él la vio. Se defendió con el bisturí que tomó de la misma caja donde hallé el libro, le clavó el arma en el cuello. La batalla le resultaba desfavorable, la agilidad de nuestro compañero era inferior a la de su oponente, sus fuerzas eran ínfimas en comparación; nuestro número era mayor pero todavía el miedo resultaba ser más grande.

El hexápodo lo alcanzó con una de su patas, una garra acarició su carne, pareció un toque leve, el tacto de la muerte; de la herida brotó sangre, un leve chillido sonó antes de que Juan se desplomara. La bestia lo agarró en su hocico, levantando sus restos por el aire y apretando su cuerpo ya muerto, con una fuerza que envidiarían las hienas y las boas. Sus entrañas se unieron al valle, esparciéndose por el lugar, un banquete para los descomponedores.

Admito mi cobardía, corrí junto a John, nunca miramos atrás para evitar el desgarrador recuerdo de nuestro compañero de viaje muerto reclamándonos

ayuda o venganza. Bajamos la colina a toda prisa, dos pusilánimes huyendo de un ser devorador de hombres que en cuanto se hastiara de la presa que ya no oponía resistencia, se dedicaría a rastrear a sus medrosos amigos si tal apelativo merecemos.

Sus huesos crujían, la luz se apagaba, tropezábamos con los cadáveres, ninguno logró derribarnos. Mientras corríamos algo llamó mi atención, un objeto veloz se movía en nuestra dirección, pensé que pagaríamos nuestra cobardía con la vida. Al estar más cerca nos percatamos de que era una chica, ella nos vio y se detuvo, estaba confundida, miraba su entorno con extrañeza; me detuve frente a ella; al ver que no se movía, la tomé de la mano y la halé para que corriera con nosotros. Continuamos hasta una hendidura.

Le pregunté su nombre, ella respondió: Alsacia. Continué preguntándole el por qué de su presencia en aquel lugar, a lo cual se deshizo en lágrimas. Cuando se calmó, le conté mi historia, el terror que me causaba (y todavía siento) el recordar a Laureano, el trágico destino de Juan; de esa forma me encontré departiendo con quien parecía estar sacado de una mente poco saludable.

A pesar del miedo, los obligué a salir del refugio que el entorno nos brindaba, solo se oía el zumbido de los insectos necrófagos que infestaban el aire. Ellos me siguieron en fila tratando de que sus suspiros no se escucharan. Algo en mi interior me hacía sonreír, esperaba que el suplicio de mi carne concluyera, cuando unas garras hicieran girones mi endeble cuerpo. Nada pasó, salvo nuestros pasos.

Mi plan seguía siendo subir al colosal cerro y buscar un río, un camino, un estrecho, algo que me diera esperanza de escapar, aunque era consciente de que podía encontrar que ese valle era solo la prisión más grande construida alguna vez. Avancé con un falso optimismo, John se veía más afligido que yo, así que Alsacia me habló con mayor intensidad.

Ella se reía de mis comentarios que le parecían graciosos, y ella me hablaba de su mascota, y así ambos nos ayudábamos a ignorar el lugar en el que estábamos recordando la cotidianidad del mundo que conocíamos. Cuando adquirimos suficiente confianza, le pregunté el por qué estaba allí, me respondió que no sabía; pero cuando se disponía a decirme cuál era su último recuerdo, calló y ambos guardamos silencio el resto de la tarde.

Preferí no tocar más el tema. Su compañía me alegraba, la necesitaba; también traté de hablar con John, sabía que se sentía como un traidor, algo que *éramos ambos*. Sin embargo, pasaba más tiempo con Alsacia, tanto que ella replazó los pensamientos profundos y turbios que solía tener en mi vigilia.

El tiempo corría con una velocidad sin precedentes en mi vida; miraba sus ojos con especial atención, algo a lo que jamás presté cuidado alguno, era como ver una pintura, me preguntaba, si las distintas Venus fueron esculpidas a la imagen de ese ser divino. Mis versos ganaban fuerza, el talento surgía con grácil facilidad y mi imaginación rebasaba las fronteras que desde tiempo atrás la cimentaron. Ella era lo único bello en

ese mundo oscuro que vivíamos, cambiaba fácilmente de humor; permitía que la molestara, su risa me contentaba, le gustaba quedarse despierta hasta tarde escuchando las historias que le narraba y componía.

Motivados así, llegamos a la montaña; en una de sus laderas, unos conjuntos de cuevas formaban un rostro, como efecto de paridora. En ese instante propuse que entráramos. John se opuso diciendo que era menester conquistar la cima primero, yo repuse que cualquier loco puede pretender escalar el Everest o el Aconcagua, pero, la gloria está reservada para los prudentes. Él se decidió a escalar pese a mis palabras.

¿Cuántos locos continuarían su trayecto, abandonando a los únicos seres que ven en un mundo así? ¿Qué tanto resistiría la cordura de un sujeto, frente a los embates de la soledad, el miedo y los cadáveres que en esta ocasión eran testigos de nuestra escapada? ¿Acaso no sabía John que cometía una estupidez o simplemente este hombre, entonces joven, se equivocaba en su cobardía? Ya no importaba, los dados se habían lanzado, la rueda de la suerte giraba y el tiempo se encargaría de darnos la respuesta a nuestras inquietudes.

Alsacia entró conmigo, fue la primera vez en mucho tiempo en que pisaba un suelo firme, también fue la primera vez que probé sus labios, la miré sonriendo y nos separamos sin pronunciar palabra. En ese momento traté de encender fuego en el único lugar donde los cuerpos estaban ausentes. Lo prendí y me recosté por el cansancio, esa fue la única noche en la que llovió,

las gotas caían y su sonido era música de Monteverdi, Palestrina o di Lasso, cantada por coros de ángeles que me arrojaron hasta que caí dormido.

Salté al oír unos gritos provenientes del exterior, Alsacia me volteó a mirar con preocupación, pensé que John se había topado con el hexápodo y que en esa cueva seríamos la presa perfecta, atrapada y temerosa que todo cazador hambriento desea. Me asomé dispuesto a vencer o morir en la lucha, listo para que las valquirias me llevaran a residir al Valhalla con mi cuerpo hecho pedazos, pero mi espíritu elevado a la gloria de los que se rehúsan a caer sin presentar batalla. En el instante que llegué a la entrada de la caverna algo de sangre salpicó mi rostro.

John entró, la tela de su ropa estaba destruida, su rostro lleno de llagas, él gritaba como si estuviera quemándose. El motivo detrás de su agonía eran las gotas ácidas que llovían, permanecíamos pasmados en silencio, se deslizó por una de las pedregosas paredes hasta que quedó horizontal en el suelo, poco a poco sus quejidos se calmaron, la muerte lo alcanzó.

A la mañana siguiente tomé la madera de su mochila. A pesar de que podríamos necesitarla para encender fogatas decidí hacer una hoguera e incendiar su cadáver, creo que él hubiera preferido ese funeral en su pétrea tumba, a tener roedores y larvas en su interior. Alsacia y yo hablamos de la forma en que conocí a John y le comenté los detalles de mi trayecto en ese enorme cementerio.

Tardamos un día en subir. Desde ahí se veían los troncos que no habíamos recogido, debido a su tamaño y a nuestra incapacidad para cargar más. Le narré a Alsacia los pensamientos que cruzaban mi mente al observar la fogata, ella también me contó los suyos. A medida que avanzábamos, la cantidad de cuerpos empezó a disminuir y con ellos las pestes, el tránsito se simplificaba caminando sobre tierra color berenjena.

En la cúspide de la montaña había un cráter, su contorno era lodoso y no se divisaba el fondo. Rodeamos el lugar tratando de encontrar un lugar seguro para descender; mi cerebro decía que era ilógico que hubiera una salida por ahí, pero ya para este punto la lógica se mostraba insignificante ¿Cómo podría negarlo, por extraño que pareciera, cómo podía darle razón a la razón?

Anocheció, me senté en un borde siendo presa de un sentimiento de derrota que taladraba despedazando mi esperanza; ella no se veía tan preocupada como yo, dijo que todo podía estar muerto a nuestro alrededor, mas, al menos nosotros seguíamos con vida y eso era lo suficientemente valioso para luchar. Agotado cerré los ojos por un instante y me resbalé, la vi quedarse en la orilla gritando mi nombre mientras yo me sumergía en una obscuridad desconocida.



De truenos y tormentas

Al caer, sentí el aire en mi rostro, giré para tratar de ver el fondo al que me precipitaba; eso no aconteció. Empecé a sentir que me quedaba sin oxígeno hasta que me desmayé. Al recuperar mis facultades me encontré inmerso en una obscuridad que comprendía todo el sitio en el que me hundía. Por un instante me senté, temeroso ante la soledad y la posibilidad de toparme otra vez con Laureano; ambas ideas coparon mis pensamientos.

Con mis sucias mejillas bañadas en llanto, sentí que una mano se posaba en la espalda de esta mula que recorría los más inclementes caminos del mundo. Cual caballo de carreras, como zorro en cacería, como liebre perseguida, las piernas me fueron ligeras, corrí sin mirar atrás, seguro de que me esperaba algún horror sacado de las peores pesadillas humanas, o de las fosas y cavernas donde anidaban seres desconocidos para mi intelecto. Hui algunos metros antes de que un pequeño bache me derribara.

El agua que el cielo nos obsequia, empezó a caer; una suave palma limpiaba el barro que cubría mi rostro, con las cristalinas gotas recién caídas. Su voz la delató, era Alsacia que ahora me acompañaba; siento fresco en mi memoria ese recuerdo, sabiendo que de tanto pensar en ella, yace inmaculado.

La lluvia era fuerte, el suelo se tornó resbaloso, la única luz provenía de los rayos. Avanzamos con lentitud para evitar resbalar. Tenía que mantener los ojos casi cerrados a causa de la lluvia que parecía inundarlos; carecíamos de rumbo, solo esperábamos encontrar un lugar dónde escampar, dónde poder guarecernos. Entramos en una cueva, con más esperanza que seguridad, sin saber qué clase de terrores nos estarían aguardando.

Los relámpagos iluminaban el lugar, por donde avanzamos hasta donde podíamos ver. Nos detuvimos en algún lugar. Dormimos toda la noche de forma profunda debido al agotamiento, descansamos. Alsacia reposó en mis brazos hasta la mañana cuando oímos el canto que nos despertó:

*Miserable existencia la del condenado
pues para el destino solo soy un dado.
¿Por qué no un rey o soldado, si quiera un
alfarero o labrador?
lleno de oro para gobernar, plata para luchar o
hierro y bronce para otras tareas realizar.
Cada segundo perenne se vuelve
mientras mi locura no cede;
un océano de dolor,
en un mundo que ha perdido el color.*

*Polvo y olvido seré,
empero jamás moriré,
el ápice de la desesperación del ser,
más nada logrará hacer.
Miserable existencia la del condenado,
pues para el destino solo es con dado,
¿Por qué no un rey o soldado, si quiera
un alfarero o labrador?
lleno de oro para gobernar, plata para luchar o
hierro y bronce para otras tareas realizar.*

*Cada segundo perenne se vuelve
mientras mi locura no cede;
un océano de dolor,
en un mundo que ha perdido el color.*

*Polvo y olvido seré,
empero jamás moriré,
el ápice de la desesperación del ser,
más nada logrará hacer.*

Una sombra caminaba tambaleándose a las afueras de la caverna que nos servía de morada. Nos saludó, invitándonos a salir, se sentó en la hierba húmeda y descargó una maleta en la que portaba unos cuadernos, un herbario, varios libros de historia, filosofía, literatura, y otras cosas.

Yo salí primero, le pregunté qué deseaba, a lo cual respondió: —Conocer las verdades que el mundo intenta ocultarme ¿Qué más podría querer?— Sonrió y me pidió que lo acompañara. Nosotros parecíamos

perros escondidos, temerosos de si debíamos salir. La respuesta la obtuvimos cuando nos mostró algo de comer.

Nos observaba con curiosidad, ofreciéndonos sus alimentos; nosotros expresábamos nuestra gratitud y le recibimos lo que nos ofrecía. El sol brillaba, sentía frío en las palmas de mis manos, el viento mecía los dientes de león, las nubes se movían con parsimonia. Me recosté con tranquilidad, mi mente añoraba un instante así... la paz y la tranquilidad se traducían en un valioso momento de felicidad. La sombra nos habló un rato sobre aquel bello lugar, mas no mencionó ni una palabra acerca de su vida, de quién era o qué hacía ahí.

Cuando terminamos de comer, nos invitó a acompañarlo; yo no quería, pero Alsacia sí. Lo seguimos. Su domicilio estaba construido de guadua y barro, tenía tres habitaciones: una recámara, el comedor y la cocina, de estas la más grande era el dormitorio.

La colección de libros que cargaba en la maleta impresionaba, pero, palidecía al lado de la espléndida biblioteca de su casa; pasé toda la tarde admirando los lomos, envidioso de tan magnífica colección. Sus palabras eran un recordatorio constante de los aspectos más negados por la civilización. Recuerdo en especial una frase: *los animales son agresivos, los hombres son violentos*. Creo que eso resumió su concepción del ser humano. Perdemos el tiempo al rechazar nuestra naturaleza, en lugar de aceptarla para modificarla. Es reconocer la superstición, la violencia, las carencias de las que están impregnadas las sociedades; se trata

de aceptar la existencia de una enfermedad, para poder curarla, recordar que el hombre es un animal que la sociedad domestica (planteamiento en el que coincidíamos) y destruir el círculo vicioso en el cual la desesperación del ser humano le impide seguir los pasos de Cronos; Hades, Zeus y Poseidón, para poder sentarse en su trono.

Sin embargo, su objeto no era exhortar a la violencia; la razón se erguía como remedio que podía curar a la humanidad de muchas carencias; de todas formas, era un sueño inalcanzable, tal perfección, para criaturas prosaicas y cuando mucho, razonables antes que racionales. Al mismo tiempo era posible que su uso resultara más costoso que la misma enfermedad ¿No pasamos de pedernales a Nagasaki? ¿No hubo un gran salto desde el asesinato de Itzá, el hombre del hielo, a las víctimas de Auschwitz? El sueño de la razón era el corazón de sus ideas. Aunque esto no corregiría los actos de los unos contra otros, de hecho, la razón mejora sus capacidades, incluyendo las destructivas. Anhelaba que los corazones no se endurecieran bajo la indiferencia, que aun pudiéramos cobijar al desamparado e intentar solucionar el dolor.

Es natural que podamos obrar los unos contra los otros, como escribió Hobbes en *El Leviatán*, los hombres somos iguales, aunque yo preferiría denominarlos como similares, no porque nos produzcan en un molde ni porque tengamos capacidades idénticas, sino debido a que la diferencia no es tan abismal como para impedir que el débil mate al fuerte o el tonto le tienda una trampa al astuto.

Y a pesar de la contradicción, también somos distintos. El sexo, el género, la edad, la condición social, entre otras, nos dotan de cualidades, ventajas y desventajas naturales, aunque la mayoría de las veces socialmente creadas. Por ejemplo, si pusiera a competir en un maratón a tres personas: un atleta de alto rendimiento, un joven común y un anciano, es casi seguro que llegarían en ese orden a la meta; es la desigualdad natural de los hombres. Por oposición, la sociedad crea barreras que hunden en el lodo el cuerpo del trabajo y lo explota, sea esclavo o siervo o cualquier denominación que brinde su falsa libertad; situación que se repite en otros ámbitos.

La duda más importante latía en el seno de los razonamientos ¿Por qué un ser humano debería ayudar a otro? Las vagas respuestas, como: la supervivencia de la especie (acaso no nos reproducimos como una peste por todo el globo), el amor al prójimo (¿no teníamos suficientes argumentos para dudar sobre la existencia y benevolencia de los dioses?), el altruismo que cada hombre contiene (mis ojos ven algo distinto, un deseo profundo de más, de lujo y una profunda aversión a la diferencia), es lo “bueno”, (la ética es más maleable que la arcilla, más débil que el vidrio y varía en cada cultura), que para mí era (y aún es) la justicia como escribo más adelante.

El punto de la moral universal abrió otra veta de conversación. Laureano era hasta ese momento el prototipo de la malignidad humana en mi imaginación. Ese viejo me abrió los ojos al enseñarme que los juicios sobre el bien y el mal se vuelven ambiguos

cuando se ven las distintas caras del poliedro llamado humanidad. Lo correcto y lo incorrecto se difuminan pues en *momentos de efervescencia y calor* los hombres mudan sus concepciones, sumado a la enorme brecha que la historia endógena de los pueblos ha cosechado. Lo bueno y lo malo ganan temporalidad, localización geográfica, contexto social y percepción subjetiva, es decir, se hacen terrenales.

Conversamos con la sombra, además de historia, economía y otras cosas, llegando a la conclusión de que resultaría nefasto para la humanidad que, como pensaba Marshall, al menos la mitad del mejor talento se dedicara (es decir se desperdiciara) en los negocios; solo algunas bestias bípedas y modernas se dedican a buscar y consumir como su principal actividad, lo que no quiere decir que es en lo que más tiempo invierten, sino a la que consideren su ocupación por excelencia. reservada la grandeza: el arte, el conocimiento, el pensamiento está dedicado al ser humano.

Hubo otras conversaciones, sin embargo, la densidad de algunas y el paso de los años me impiden reconstruirlas de una manera medianamente aceptable. A esa noche de diálogo siguieron un par de semanas en las cuales la sombra que al fin nos dijo que se llamaba Jack, nos indicó los trabajos que debíamos realizar. Negarnos constituiría una ofensa a su hospitalidad.

Para Alsacia a quien le interesaban poco las conversaciones que tenía con Jack, prefería salir conmigo, caminar por las praderas y recorrer los altos picos, ver las nubes más cerca... ella sonreía y

yo le recitaba poemas que escribía en la noche que ablandaban su dureza. Una de esas tardes, me regaló un reloj que suelo utilizar.

La vida se hizo sencilla; nuestro anfitrión tenía una huerta en la que trabajábamos para obtener alimentos. También solíamos salir de pesca a un río cercano; a veces perseguíamos pequeños jabalíes y cervatillos, recogíamos frutas y madera, el agua fluía por múltiples quebradas que descendían por las laderas. Jamás tomábamos algo que no requiriéramos, éramos felices pues no teníamos mucho, solamente lo necesario.

Hablábamos de cosas sin importancia. Me fascinaba que pudiéramos charlar durante horas y horas. El tiempo corría bien a su lado, su hablar era suave, yo solía besar sus hombros mientras ella se reía, la desnudaba y acariciaba sus senos como se acaricia un sueño... extraño mucho esos momentos cuando olvidaba mi hogar que se hallaba tan lejos. Siempre llegábamos exhaustos a la casa que gentilmente nos había ofrecido el tranquilo habitante de aquel mundo.

Salvo por sus conversaciones filosóficas, políticas e históricas, Jack hablaba poco; cuando lo hacía, era durante la cena, cuando narraba con euforia las historias que había escrito durante el tiempo que llevaba en aquel lugar.

Una tarde mientras recogíamos bayas, le pregunté a Alsacia, cómo llegó al mundo putrefacto en donde nos encontramos. Ella guardó silencio... pensé que había dicho algo indebido o que había evocado algún recuerdo

triste y traumático. Entonces, me invitó a sentarme en la base de un árbol y me contó lo que nunca le había dicho a nadie: había sido violada por lo que cobró venganza contra sus tres agresores. Solo recordaba eso antes de hallarse en el lugar donde nos encontramos. Aún sentía sed de venganza.

Mi imaginación dio vueltas pensando en la posibilidad de que ella fuera... No perderé tiempo escribiendo sobre esas ideas, talvez infundadas, provenientes de una historia escrita en el libro que encontré; mejor continuó con lo acontecido la última noche cuando llegamos a esa morada.

Por necesidad habíamos adaptado la sala para colocar un colchón de paja. Esa noche, Jack se unió a la velada cuando les leí unas páginas más de *Un mundo sin sueños*.



Pasos solitarios

Los pasos de otras personas resonaban en el piso de baldosas mientras sus ojos caminaban con lentitud sobre el libro; el lomo rojo recibía las páginas que pasaban. La misantropía que reflejaba su aspecto alejaba a los demás, le repugnaba su especie. Incluso en la biblioteca el silencio era un deseo que le resultaba esquivo.

Cerró los ojos, estiró el cuello y recordó aspectos generales de la historia que leía. Fue un instante breve, demasiado pequeño para que fuera cierto lo que pasó. Al leerla no se oían los pasos. Soltó el viejo ejemplar sobre el sillón, levantando la mirada para buscar algún ser humano; el edificio con sus paredes núblicas se mostraba desierto.

Descendió al primer piso, la niebla entraba por debajo de la puerta. Se acercó al área de circulación, los únicos objetos eran unos libros que yacían olvidados en un rincón. Dio un par de vueltas por el lugar, evitó alzar la voz por costumbre, al darse cuenta de su soledad decidió salir del inmueble público.

La puerta estaba abierta, salió caminando con cautela para no caer. La densidad de la niebla impedía ver con claridad. En la calle los sonidos de pasos cotidianos habían desaparecido, los ruidos de los carros existían en el pasado, el suave susurro del aire tampoco se escuchaba.

Avanzó hasta el Parque Central, gritando; nadie lo oía. El miedo asediaba. Corrió con rapidez hasta su casa, rodeó la esquina del cementerio y lanzó un par de piedras a la ventana de su hogar, a las residencias vecinas, a moradas de desconocidos; de ninguna obtuvo respuesta.

Caminó con desesperación por las calles, tarareando una vieja canción hasta que percibió una ínfima luz, se dirigió hacia ella. Su ropa se mojó por la humedad del aire, su respiración se cortaba. Ingresó en la carnicería, llamó a ver si alguien salía, al no suceder, se adentró en el lugar.

Abrió una cortina de plástico, se acercó a una mesa sobre la que estaba depositado un cerdo muerto, le asqueó la imagen, retrocedió unos pasos y cayó en un charco de sangre. Las luces violetas del techo titilaban, las paredes blancas se mancharon con gotas rojas mientras resbalaba tratando de ponerse en pie.

Se levantó en el mismo instante en que se apagó la luz, el latido de su corazón se unía al sonido de sus pasos. Volvió a su casa, empujó la puerta dándose cuenta que todas las que deseara estarían abiertas, se duchó durante una hora, refregando con ímpetu su cuerpo; ya no tenía el olor impregnado, pero aún lo sentía.

No era un sueño, era una pesadilla, la de obtener lo deseado, eso que siempre anheló. Tomó algo de licor, era imposible quedarse en casa como Samsa, era menester partir, aunque el destino fuera el mismo. Salió, sus pies resonaban en la calle, poco a poco formaban una canción, la repetición de su caminar.

Abrió la verja, se acomodó frente a los osarios, era lo más cercano a una persona, era lo mejor a lo que podía aspirar. Las estatuas tenían la frialdad de su alma, los bajorrelieves eran de igual substancia que sus pétreas entrañas y las flores muertas, iguales a su interior. Había conquistado una muerte solitaria que reflejaba su vida solitaria.

Durmió frente al ángel, la niebla permanecía cuando el frío de la noche le despertó, fue a su domicilio y reposó. A la mañana siguiente se vistió con su mejor ropa y partió. La decisión era clara, se dirigió a un edificio alto, el de mayor envergadura que su memoria le permitía recordar.

El aire se tornaba helado, la suela de los zapatos chocaba contra el suelo, eran los únicos pasos de ese mundo, los últimos pasos que lo condujeron al vacío. Su organismo cortó la niebla, el sonido del golpe no fue escuchado por nadie, el cemento recibió su cuerpo que permaneció ahí, inerte.

Alsacia se mostraba atenta a mi relato, Jack se veía preocupado, incluso una lágrima atravesó su rostro, recuerdo que dijo —Ojalá todo se mostrara claro en el momento apropiado—, al preguntarle por esa frase, respondió que era un viejo pensamiento. Al concluir

la historia Jack se mostró indispuerto, se dirigió a su dormitorio y nosotros a la improvisada cama que teníamos.

Esa misma noche, nos despertó un ruido que provenía del exterior... me levanté de la cama y salí de la casa. El viento gélido, las estrellas y la luna escondidas tras densas nubes, el sonido del aire asemejaba dolorosos gemidos, las ramas de los árboles eran sacudidas con extrema violencia. Regresé al interior de la casa, corrí a los brazos de Alsacia, traté de explicarle el motivo de mi conmoción, fuimos a la habitación de Jack, lo encontramos sentado en el borde de su cama, diciendo:

*Maldigo el día en que aquí caí,
Miserable existencia la del condenado
pues para el destino solo soy un dado...*

Lo tomé de los hombros, me miró diciendo que debíamos marcharnos, era necesario que Alsacia y yo encontráramos la salida de aquel valle frugal que nos había recibido. La expresión de Jack me aterraba lo suficiente como para abandonar su casa y enfrentarme a las inclemencias del tiempo y del lugar.

La lluvia arreciaba, el viento azotaba con vehemencia, las hojas y frutas caían en los charcos formados por el aguacero. Nosotros íbamos corriendo llevados de la mano, tratando de subir una ladera cercana; grave error porque Alsacia resbaló en el pasto húmedo arrastrándome con ella. Me limpié el rostro, ella se levantó con habilidad y rapidez, miraba en todas direcciones diciendo y repitiendo —Dime que los viste, por favor dímelo.

Su pedido me desconcertó ¿Qué había visto como para turbarla de esa forma? La abracé y regresamos de nuevo a la casa, agobiados y asustados. Le pedí que se tranquilizara y me explicara qué era lo que había visto. Me dijo entonces que era una gente extraña que nos perseguía con ahínco y ordenadamente. Sentí una gran presión en el pecho y me invadió un profundo terror. Salí de la casa para ver si podía ver con mis ojos lo que ella había visto. Tenía toda la razón. Las sombras andaban en un orden marcial, gritaban entre el bullicio de la lluvia, infundiéndome tanto temor que incluso, recordé a los soldados lacedemonios o espartanos que hubieran dudado el entrar en combate con semejantes fuerzas.

—¡Qué hacen todavía aquí! Gritó Jack al vernos aun dentro de la casa. Supongo que ya los vieron, si se lo preguntan vienen por ustedes, vienen por sus vidas—. Su insistencia nos hizo salir huyendo... lo hicimos hasta que ella no pudo más... le pedí que continuara caminando, no podíamos detenernos, nuestras vidas estaban en juego.

Las inclementes nubes descargaron sus fuerzas contra la tierra, el colosal ejército que nos seguía dispuesto a cortar nuestra existencia. Yo rogaba a la Fortuna que nos diera oportunidad de escapar pese a la hostilidad del paisaje que nos rodeaba mientras huíamos inermes. Cual ardillas perseguidas, sentíamos que los galgos tras de nosotros, eran la parca misma acosándonos hasta arrinconarnos.

Alsacia recobró el aliento, su cuerpo las fuerzas que necesitaba para escapar de la muerte, no sin antes

voltearnos a ver por última vez el lugar del que nos alejábamos. La sensación de desesperación alcanzaba en intensidad al ver acercarse a Laureano con su daga en su huesuda mano. Fue como ver nuevamente las entrañas de Juan volando por los aires mientras su alma abandonaba su cuerpo destrozado por afilados dientes y poderosas garras.

La imperturbable mancha avanzaba sin pausa alguna, unos cuantos se detuvieron en la casa de Jack, permanecieron en el exterior, esperando; Jack salió, nadie se atrevió a tocarlo, de hecho, evitaban el menor roce con tan encomiable pensador, tocaban sus vestiduras con respeto. Vi cómo levantaba su mano hacia nosotros indicándonos que corriéramos. Supimos que nada le ocurriría... ese era su eterno castigo.

La poca luz de la luna entre las nubes, nos permitió ver los obstáculos del camino, nuestros corazones parecían querer salirse del pecho, su sonido se convertía en tambores de guerra que nos aprestaban a dar la batalla a quienes deseaban nuestra sangre. Decidimos cruzar el bosque que surgió ante nosotros, nuestros brazos se agitaban entre las hojas, removíamos las ramas con nuestras manos, nos laceraban la piel y nos hacían sentir impotentes ante nuestros perseguidores que surgían de los árboles y arbustos haciéndonos correr lo más rápido que podíamos; cada segundo era valioso para salvar nuestras vidas.

Las nubes se despejaron, los rayos de la luna empezaron a iluminar aún más nuestro camino... pudimos ver que otra horda se acercaba. La claridad duró poco, la luz comenzó a ser opacada por el agua

que caía del cielo y se transformaba en un velo gaseoso. Sentíamos las mejillas frías como si fuesen de hielo, nuestros cabello y ropa empapados nuestros cuerpos temblaban por el terror que sentíamos que parecía rodearnos y azotarnos sin piedad hasta vernos morir.

Estábamos atrapados. La neblina empezó a volverse más densa ocultando a los peligrosos seres que anhelaban capturarnos. El sonido de sus pasos por entre los charcos nos informaba que trataban de adentrarse en las profundidades nebulosas donde nos encontrábamos.

Continuábamos aterrados, detenernos implicaba morir, avanzar nos daba la posibilidad de escapar. De hecho, lo único que puedo afirmar con plena seguridad, lo poco que en realidad sé es que moriríamos. Ante el despiadado ataque, no había nadie a quien pedir socorro, tampoco podíamos regresar; el único camino era hacia lo salvaje, lo abandonado, lo desconocido. La lucha era imposible, el honor de caer peleando no era una opción, moriríamos sin conseguir la más remota victoria, solo probaríamos las desesperadas fuerzas divinas que nos asistían. La oscuridad más profunda no provenía de la noche, sino de nuestros miedos, del horror que nos provocaba la idea de perecer.

Los pasos de las fieras se escuchaban, avanzaban en formación perfecta, retumbaban al unísono, asombrarían al mejor de los generales, la pulidez de sus acciones sería envidiada por las tropas más disciplinadas, su poder superaría al más grande de los estrategas. Los sonidos de nuestra angustia: la respiración agitada, el corazón retumbante, el chapoteo

del suelo al ser pisado por nosotros, se unían a la mayestática sinfonía.

Viajábamos tratando de derribar la pared más difícil de franquear: el terror, esa sensación, bombeada por las venas, transportada en la sangre, llegaba a cada rincón de la carne y de los huesos. Provenía del exterior, pero crecía adentro, fortaleciéndose en las entrañas alcanzando proporciones colosales en nuestras mentes, éramos simples presas de guerra en huida.

La niebla se despejaba, la claridad nos permitía evadir las trabas, la cumbre a la que nos acercábamos parecía ser un hogar humano; la naturaleza lo había reclamado de vuelta, solo tomamos nuestro hábitat en arriendo. Un pequeño edificio, similar al de Jack, se levantaba entre un par de árboles que poco a poco doblegaban a su estructura. Parecía ser un refugio seguro, no había caído en manos de nuestros perseguidores.

Aquel mundo era un laberinto en el que Jack podía hallarse. Su grandeza intelectual era opacada por su aislamiento y su brillantez parecía comida por el moho de sus libros. Desde la cima pude verlo salir, era diminuto por la distancia, empero, me parecía bastante cercano. Estaba sentado, lloraba, gritaba con su fuerza de gigante, llegando incluso (aunque débilmente) hasta nuestros oídos:

Miserable existencia la del condenado, que aquí está recluido; pues para el destino solo soy un dado, su único juguete; ¿Por qué no un rey o soldado, si quiera un alfarero o labrador? No tengo labor social, ese es mi castigo, la soledad; lleno de oro para gobernar, plata para

luchar o hierro y bronce para otras tareas realizar, como diría el filósofo; cada segundo perenne se vuelve, pues nunca acabará; mientras mi locura no cede, brillantez o demencia; un océano de dolor, el tormento y la depresión; en un mundo que ha perdido el color, tan solo vivo yo; polvo y olvido seré, mis cuadernos y mis obras fenecerán; empero jamás moriré, aquí permaneceré; el ápice de la desesperación del ser, anhelando lo que a todos los demás está permitido; más nada logrará hacer, lleno de conocimiento pero sin papel o actuación en la obra de la vida.

Algo llamó mi atención, Alsacia intentó halarme, pero le dije que nos acercáramos a la pequeña casa de madera, le pedí que entráramos mientras yo distraía a los perros que nos perseguían, ella se negó con vehemencia, le insistí hasta convencerla, sus ojos se llenaron de lágrimas, entró a regañadientes, le rogué que cerrara la puerta hasta que volviera, quedó a salvo y yo, en las manos de nuestros perseguidores.



Del desierto

Estiraban mis brazos y piernas en un intento de desmembrarme, todos gritaban, los veía a las luces de los relámpagos; sus rostros quemados, llenos de cicatrices, sonreían con mi sufrimiento. Opuse resistencia, en un momento logré zafarme.

Uno de ellos me agarró, tomé su espada y empecé a lanzar cortes en el aire, sentí que clavé la hoja en algo, el silencio imperó; sin saber de dónde provenía, un golpe me derribó, caí cerrando los ojos y saboreé la tierra húmeda que en un segundo me supo a arena. Abrí los ojos, estaba en un desierto.

El espectáculo que había a unos veinte metros de mí era extraño, perros y bestias avanzaban, atravesando la ardiente arena. Cada cierto tiempo emergían sombras, siluetas oscuras, anónimas, que portaban un látigo con el que flagelaban a los que llevaban en cadenas, generándoles llagas y obligándolos a marchar con mayor rapidez.

El hambre de las pobres, almas condenadas, generaba un doloroso aullido; sus estómagos vacíos lanzaban

alaridos desgarradores interminables. Empero, pese al dolor y la fatiga; de sus flacos cuerpos, colgaba la piel que envolvía sus huesos, se veían obligados a avanzar en una quejumbrosa fila interminable. El que se quedara rezagado, recibía una golpiza que le abría las carnes o era amarrado con látigos y arrastrado por el ardiente suelo hasta que se levantara y continuara en la procesión.

—¡Agua, por favor! ¡Agua, la necesito! ¡Agua, agua, agua!— Mi rostro ardía tostado por el sol, mi boca seca solo deseaba una gota, una sola que aliviara mi sufrimiento. El calor de la arena quemaba mis pies, vivía en carne propia el dolor de Cuauhtémoc, me lancé al suelo rendido. De entre la procesión surgió un hombre de apariencia sexagenaria, me saludó cordialmente, le rogué que apaciguara mi sufrir, me ofreció sus sandalias y, además, una bota con agua.

Lo seguí, avanzaba a paso lento, igual que toda la caravana, parecía ser el único capaz de articular palabra. Me explicó la longitud del trayecto que habían recorrido y preguntó por qué me encontraba en ese lugar; le conté toda mi historia. Finalicé con una frase que me resulta imposible olvidar, que lo incitaba a contarme de dónde provenían los animales que padecían.

La cobardía fue su gran culpa. Perros son aquellos que no osaron actuar en contra de sus patrones, sacrificando lo que consideraban correcto a los designios de estos, en mulas de carga se transformaron los que ante la desigualdad se negaron a procurar un cambio en la situación de riqueza y pobreza de su

sociedad; por último, las vacas eran quienes dejaron que las élites ordeñaran sus capacidades, en detrimento de sus hermanos. El sentido de justicia es una de las pocas cosas que la naturaleza otorga a toda la humanidad.

Me pareció extraño que él no fuera un cuadrúpedo, que permaneciera todavía como un bípedo implume; de cualquier forma, debía agradecer su hospitalidad. Una mujer que se hallaba al otro lado del rebaño nos saludó, era humana, su bello rostro parecía no quemarse con el inclemente sol, su piel no sudaba como la mía o la del anciano. Seguimos en un continuo interrogatorio, las respuestas que me daba el viejo eran esquivas, sacaba toda la información que quería y respondía diciendo mucho sin que nada me resultara útil.

La única cuestión sobre la que me informó con claridad, fue cómo cruzar para hablar con la mujer; me dijo que esperara un segundo, cuando uno de los animales cayó, las otras bestias se detuvieron, él me empujó, corrí para no ser atropellado. Ella me recibió con una sonrisa. Aunque deseaba evadir el motivo por el cual se encontraban así, su ingenio superaba con creces el del hombre que la acompañaba; parecía ser inteligente en extremo.

Me dijo que, si podía escapar, lo intentara, tal vez el desierto me comería, pero al menos no tendría que ver la horrible escena a la que todos eran conducidos a la fuerza, marchaban en contra de su voluntad. Mi piel enrojecida, sudaba en exceso, tenía jaqueca, sufría una sed intensa, estaba mareado, confuso, me sentía fatigado, finalmente, me desmayé.

Al despertar me encontré sobre el lomo de un animal, cubierto con un manto; saludé al anciano, me miró con una expresión de tristeza. Volteé a ver a la mujer, su bata blanca estaba rasgada y ensangrentada; descendí, al caer, ella me protegió de los látigos que amenazaban mi integridad. Ahora era parte de la marcha de los esclavos.

Su trato siguió siendo afable a pesar de lo sucedido. Le rogué que me indicara la forma de escapar, tal vez Alsacia me seguiría como en la ocasión anterior o, mejor, yo volvería a buscarla en un mundo sometido a la imponente fuerza de un ejército de sombras. La mujer y el viejo bajaron la cabeza, y yo, emprendí el trayecto siguiendo la fila de bestias. Caminaba a la velocidad que me resultaba posible hasta alcanzar al último de los vencidos. No podía negarme a seguir la caravana de las dunas.

El resto del camino hablé conmigo sobre Alsacia. Sufría al pensar lo que le pasaría si la capturaba las sombras; las ideas me trastornaban, mi dolor físico desaparecía ante uno mayor. Cada pensamiento que tenía, derivaba en una pesadilla peor, la preocupación desgarraba mi espíritu mientras el desierto hacía lo mismo con mi cuerpo al que podía permitirle desmayarse.

Después, de dos o tres días de marcha llegamos a un valle. Horrorizado por el macabro espectáculo que percibía, cerré mis ojos solo para volver a posarlos en los rostros de la multitud de esclavos que denotaban la agonía que les causaba sus cuerpos más demacrados

que los de los animales que nos acompañaban, comidos por el calor, la arena y el viento. El miedo me hacía desear la muerte repentina.

Traté de escapar, pero ante mi intento, una sombra emergió ante mi asustada persona. Intenté agarrar el látigo que esgrimía, la tentativa resultó infructuosa... la velocidad del arma me cortó en la palma de la mano. Avancé unos pasos evitando otro golpe de la figura que me impedía escapar de su furia. Le lance un puñetazo que traspasó su silueta como si golpeará al viento; la figura soltó el látigo en la arena caliente, cerró la mano y me golpeó dejándome tendido de bruces sobre la arena.

Cada uno de nosotros, en nuestra infinita desesperación rogaba una mejor muerte, envidiosos como éramos del destino de Séneca ¡Cuántas posibilidades distintas a las que sufríamos, deseaban los que vivían conmigo la tortura y sevicia con que nos trataban en aquel mundo infernal!

Unos cuantos pares de perros que nos acompañaban, empezaron a ladrarnos y de un solo salto en nuestra dirección se lanzaron al rostro de los desafortunados a su paso, mordiéndoles el rostro mientras la sangre que les brotaba, corría por sus fauces convirtiéndoles en hienas feroces.

Quienes estábamos cerca, junto a las vacas y equinos, nos dimos a huir de las sombras que salían a nuestro paso, lanzando latigazos a las patas de los animales y derribándolos. Una de ellas, surgió frente a mí; me resigné a sufrir su golpe, pero un cuadrúpedo que se me adelantó, lo recibió. Nadie ni nada lograría escapar,

incluso las mulas más veloces se vieron forzadas a retroceder ante el inclemente furor de los torturadores. Algunos de estos, aun no saciados se dirigieron a un molino de viento en búsqueda quizá de agua que beber. Sus fuerzas parecían disminuidas por el hambre y la sed. Podían darse el lujo de saciar sus deseos, esos que nos negaban.

Unas cuantas reses fueron destinadas a mover las enormes piedras que hacían girar la gigantesca rueda del molino. Sus costillas se molían, sus huesos crujían, sus mugidos se oían, acompañados de vómitos de sangre mientras eran arrastradas por las sombras y dejadas al sol hasta que morían o se curaban para repetir el trágico ciclo.

Los perros fueron ubicados en la parte inferior del pozo, sin ningún alimento, lo que los hacia atacarse y comerse entre ellos; clavaban sus dientes en su misma especie, aunque nunca pudieron comer bien, pues en cuanto intentaban arrancar alguna presa, ésta se convertía en otra fiera como ellos.

Los humanos fuimos obligados a subir una colina desde la cual podíamos observar lo que acontecía. Una vez que llegábamos y nos deteníamos, nos lanzaban rápidamente, cuesta abajo por la ladera cubierta de huesos y espinas de diez centímetros de longitud que nos traspasaban la carne antes de hundirse y brotar nuevamente. Curiosamente, nuestros cuerpos sanaban y la fatiga disminuía lo suficiente para continuar la jornada. Era la repetición del constante suplicio, de los gritos de auxilio de todos. Algunos insultaban a las

sombras que nos torturaban hasta vernos morir, otros imploraban que la muerte se los llevara. La existencia en el dolor se vuelve eterna y detestable, el suicidio (la salida fácil) no era posible, se nos arrancaba la libertad y nada podíamos hacer para evitarlo.

Había un sujeto que siempre trataba de escapar, esquivando las sombras y corriendo hacia el desierto. Tuvo, si, una única victoria pírrica, al conseguir una distancia considerable que detuvo un carcelero que lo alcanzó y lo lanzó al foso de los perros donde los caninos se dieron un banquete con sus restos, amarrados con cadenas, no muy gruesas, pero que requerían de varias personas para soltarlas. Como sucedía, el desafortunado hombre empezó a sanar con mayor velocidad solo para seguir siendo devorado en vida. Una escena que me recordó a Prometeo; aunque sin la gloria ni la grandeza del dios.

Debí pasar un centenar de veces por el punto donde había perdido de vista a Eusebio y Sofía, así se llamaban el anciano y la mujer que lo acompañaba. Rodando entre las púas, vi que la esfera gaseosa que sobrecalentaba aquel desierto, se ocultaba. Igualmente, las sombras se desvanecieron tras azotar a las mulas que se rendían, halar las vacas a través del molino y lanzar al foso de los canes, a los seres humanos. Los cuerpos destrozados de los humanos dejaron de recuperarse, la muerte cobijada por el frío, venía a recoger sus despojos; el descanso final les era permitido por fin, cuestión muy distinta a quienes aún tenían vida. Los perros seguían distraídos devorando a sus congéneres fenecidos; las

vacas caminaban hacia el desierto y las mulas bregaban para desprenderse de sus ataduras.

Escuché la voz de Sofía, que se acercaba con un hombre vestido con ropa parecida a la del viejo. Yo no sabía que éste había muerto, me lo dijo ella, dejando caer algunas lágrimas (no sé si de tristeza por perderlo o de felicidad pues ya no sufriría más).

Algunas personas emprendieron el trayecto de las dunas que nos permitían avanzar, sabiendo que, de continuar enfriándose el ambiente, moriríamos. La noche se tornaba más oscura que nunca, Sofía sollozaba. En esta clase de situaciones es difícil decir algo. Solo traté de sonreírle. Estaba sola. El hombre que la acompañaba, había desaparecido.

Nos acercarnos al molino de marras; allí vimos una gruta cercana a la que ingresamos. Avanzamos hacia su interior iluminado por varias antorchas, una de las cuales retiramos de su lugar. El viento corría a nuestras espaldas y la temperatura descendía rápidamente. El eco del viento acallaba nuestras voces que llamaban a quienes estuvieran afuera del lugar; solo podíamos divisar sombras que se perdían en la oscuridad.

Algunos animales siguieron el camino del desierto, en un viaje que solamente los conduciría a la muerte. El desierto de la muerte se extendía infinitamente como las arenas, como el mismo cielo, y las dunas continuaban su avance hacia lo desconocido.

Descendimos por los túneles, había un hombre al que seguimos era el único lugar donde la temperatura

nos permitía sobrevivir. Dos de nuestros compañeros de tortura que permanecían en la colina nos alcanzaron siguiendo la luz. Las lenguas de aquel par resultaban inentendibles para mí, por su gesticulación me sentí bienvenido. Fuimos cinco personas, con una pregunta que flotaba: Si tanto tiempo había durado el día ¿Cuánto imperaría la noche?

La apariencia de los conductos me hacía pensar en Derinkuyu. La luz resultaba débil, pero nos permitía ver. La compañía y el fuego distraían mi mente de su profundo deseo de volver. Las necesidades inmediatas se imponían sobre las futuras, ya que, de no lograr solucionar las primeras, las segundas jamás existirían. La muerte nos acechaba y era necesario acabar primero con lo que nos deparaba ese mundo, luchar o perecer.

Traté de conversar con Sofía, diciéndole (en un tono arrogante he de admitir y siguiendo la confianza de Jack) que muy seguramente la razón nos ayudaría a sobrevivir en aquel inhóspito mundo; era nuestra naturaleza levantarnos y esa preciosa arma daría la victoria a los nuestros sobre cualquier peligro. Intentaba generar confianza, así fuera una sola pequeña semilla de esperanza que deseaba ver crecer para lograr salir con vida de esa pesadilla de la que no lograba despertar.

Sofía me miró con una expresión que indicaba lo pedante que yo era, y dijo con tono solemne. —*En un apartado rincón del universo, que centellea desperdigado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que unos animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más arrogante y mentiroso de la «historia*

universal»: pero, a fin de cuentas, fue sólo un minuto. Después de que la naturaleza respirara unas pocas veces, el astro se congeló y los animales astutos tuvieron que perecer—.

Era una frase de Nietzsche, me explicó; se trataba de una cita de un texto denominado *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. Guardé silencio por algunos minutos tras esa respuesta tan contundente. Buscaba argumentos a mi favor; el bello sueño de la modernidad y la racionalidad del ser humano era lo único que impedía que cayera en el temor, a pesar de las reservas que tenía al respecto.

Discutimos. Por mi parte, creía que debemos encontrar un significado para la vida humana, es una batalla en la que es menester pelear y vencer. Somos animales, mas no cualquier clase. A pesar de nuestros errores, en nosotros reposa la evolución, el paso de especies y vidas para constituir lo que somos, nuestro intelecto. La vida es demasiado corta para no tomársela en serio. Somos una partícula de polvo, perdida y soberbia, que apenas se mantiene con vida, autodestructiva y fugaz. Indiqué que, si el planeta está condenado a perecer, no significa que nosotros tengamos que irnos con él. Acaso es el único mundo en la zona ¿*Ricitos de oro*? Tendríamos que abandonar nuestra cuna cuando el sol lo consuma todo, claro está si no nos suicidamos antes.

La cuestión volvió a la razón y de ahí al conocimiento. Su argumento fue brillante: el conocimiento, siguiendo la interpretación que ella hacía de la que Foucault hace de Nietzsche, es un puente entre la naturaleza humana

y el mundo, una forma específica en la que, a partir de las relaciones y juegos de poder, de una voluntad precedente y una posterior, en un momento y lugar específicos, la primera busca sojuzgar a la segunda. Más que un simple instinto o su evolución, es producto de la tensión de tres instintos básicos, un artificio de la sociedad.

La parte de los tres instintos era la más débil de su postura; sin embargo, el retornar al conocimiento a la tierra, al desacralizar la perspectiva cartesiana que permite que el mundo sea cognoscible, sus palabras se hacían sumamente atractivas. El sujeto y la verdad no estarían dados a priori, sino que se constituirían en medio de los procesos sociales de poder.

Si bien yo compartía parte de su argumentación, me alejaba al partir de un escepticismo epistemológico moderado, en el que el problema está en el sujeto que conoce, aunque no todo su conocimiento sea errado; un fallo en la percepción, no invalida la totalidad de los sentidos. La interpretación crearía hipótesis que se aceptan hasta ser refutadas; el mundo permanecía igual de material a pesar de las incapacidades humanas. No obstante, aún no conseguía vencer a Hume y las falencias de lo inductivo.

Por último, y dada mi negativa a abandonar el debate, siguió hacia la libertad. Mi argumentación, a grosso modo, indicaba que los sujetos son producto de su entorno, por ende, al ser incapaces de desligarse por completo de su contexto, jamás serán plenamente libres u originales, no pueden concebir algo que resulte

ajeno por completo a su mundo. Es entonces que se debe buscar la autonomía, el ser capaz de darse normas, aceptarlas y seguirlas, en lugar de la libertad, que, en el mejor de los casos, es una lejana esperanza, en el peor una miserable mentira.

Lo más cercano es tener una visión extensa, las masas deben adquirir el mayor panorama posible, aprender un amplio conjunto de las opciones que *su universo* les brinda; no en vano Newton dijo: "*Me he parado en hombros de gigantes*". Somos un lugar y un tiempo, somos nuestro círculo social, nuestra educación y las opciones de autonomía que nos dio el mundo en que vivimos. Somos nuestra especie y nuestros genes, somos el pasado, el presente y el futuro.

La charla avanzaba y encendía nuestros espíritus que se complacían con el debate. La agresividad se escondía tras sarcásticas sonrisas; era una relación de aprecio-odio combinados por circunstancias fortuitas. La tensión llegó a tal punto, que ella intentó cambiar de conversación al afirmar que pronto saldría el sol.

El sujeto que seguimos a la gruta, nos interrumpió para decir: —Se equivoca, debe saber que no lo volverá a ver, es incierto el amanecer, tal vez un par de horas, tal vez algunos años. Según lo que pienso, la vez anterior fueron tres noches en esta cueva, cuando el día duró un mes: en esta ocasión el sol ha brillado cinco meses antes de ocultarse. Solo yo he logrado salir y solo yo he vuelto a bajar; si una profunda idea no me embargara, y una fuerte esperanza no me capturara, me dejaría

morir en el frío para no perecer en sus fauces—El tono del hombre era grave e incluso sorprendió a Sofía.

Tras presentarse como Amador Guerrero, nos contó que era la segunda vez que descendía; tal vez el detalle más relevante de su historia fue, que en el fondo nos esperaba una feroz criatura que llegaba por conductos subterráneos cuando se ocultaba el sol. Sabía cuestiones prácticas, pero desconocía el motor del extraño funcionamiento de ese mundo.

Todos deseábamos saber qué hacer; su experiencia era un arma de inestimable valor. Sofía empezó a maquinar un plan para vencer a la bestia y escapar. Detuvo un momento sus cavilaciones para preguntar si las sombras participaban en la pugna, el viejo negó con la cabeza. Solo se trataba de un oponente, formidable enemigo frente al que apostábamos nuestras vidas. El combate se aproximaba a paso lento, el de nuestros pies.

Amador continuó con su relato: tres descendieron, uno de ellos pudo encender fuego y utilizaron las antorchas; jamás supieron de dónde procedían. Descansaban en los conductos hasta que vieron una bestia que los acechaba; la carnicería fue horrible; sus compañeros cayeron; él escapó; desde entonces sufrió el látigo de las sombras y los dientes torturadores del diminuto monte mientras una idea rondaba su cabeza; era menester ejecutarla ahora que estábamos abajo.

Sofía tradujo nuestra conversación a quienes yo no podía entender; todos asintieron con preocupación. Dormimos un poco por recomendación del desdichado, curtido y antiguo habitante de ese valle desgraciado;

sabiendo que las probabilidades y la historia dictaban el veredicto en nuestra contra, era necesario recuperar fuerzas antes de presentar batalla.

Recuerdo que soñé con Alsacia e Isabel; es brumoso, pero sabía que las presentaba en una cena; la velada era divertida hasta que irrumpió el hexápodo y las devoró; traté de atacarlo; desperté en el momento cumbre de la pesadilla. El hombre se levantó primero, lo noté en su expresión que no mostraba la pereza del que recientemente lo hace, esperó a los demás para dar un breve discurso:

—La fuerza de ese monstruo es superior a la de cualquier otra bestia, lo sé. Eso no debe asustarnos; la lucha forja el alma como el calor al hierro; escuchen en el silencio que nos rodea, las almas de los que han caído antes recorriendo estos pasillos; en este momento, la responsabilidad reposa sobre nuestros hombros. Es hora de que se ejecuten las ideas; los hechos se forman a partir de nuestras mentes. Somos artistas que moldean su destino, dispuestos a dar la sangre para conseguir tan importante objetivo. Ya han soportado el martirio, es el momento de cumplir la tarea que les está encomendada. Al final, todo lo veremos y sabremos que nada fue en vano. He aquí lo que tanto he esperado: tomar las riendas del futuro, domar al miedo, vencer a la muerte.

Uno de los que no hablaban español silbaba un fragmento de *La Valquiria*, Sofía sonrió al reconocerla. El corazón me latía con fuerza; sentía una profunda ansiedad, esa que nace de la subterránea necesidad de

enfrentarse al mundo, que crece cuando es menester resolver lo acuciante. Le pregunté a Amador Guerrero por las armas que usaríamos, él me miró sobre su hombro y una fría sonrisa se dibujó en su rostro.

No respondió, empezó a cavilar y dijo: —Joven amigo, tiene usted razón al preguntárselo; desafortunadamente temo decepcionarlo. La vez anterior...— (se detuvo un segundo como si un trágico recuerdo retornara) —esa vez no estábamos preparados para el ataque; usamos el fuego y algunas rocas, ya sabe usted el resultado— Sofía se acercó, su expresión de suficiencia la delató. Ella tenía un plan.

Su primera sugerencia (orden), fue volver a la salida, tomar las cadenas que ataban un cadáver en la fosa, y de ser posible, atraer un perro; tendríamos que tener cuidado, pero podría ser ventajoso en el combate. Utilizaríamos los grilletes para golpear, atando fragmentos de huesos en punta, debían penetrar la piel del ser, cortarlo, obligarlo a luchar contra todos mientras se desangra, podríamos halarlo contra el suelo, reduciéndolo para el golpe final.

El viento soplaba, la obscuridad ocultaba las dunas, la arena se enfriaba. La temperatura era muy baja en la superficie, el cuerpo se tornaba pesado con cada paso; sentíamos somnolencia, debilidad, nuestros rostros palidecían, estábamos confundido, nuestra respiración se tornaba lenta. Uno se sentó en un costado cercano a la fosa, nadie le prestó atención. Todo nuestro esfuerzo sirvió solamente para retirar 5 púas del muro. Los perros ya no ladraban, permanecían quietos, inertes. Al

descender para desprender los grilletes del “Prometeo” cada uno buscó una gran piedra para adelantar el proceso, rompíamos los grilletes con rocas, era lento y el aire helado doblegaba los ánimos; se anhelaba concluir cuanto antes.

Ingresamos a la caverna con los objetos que cedieron; el frío nos entumecía; rodeamos una improvisada fogata de antorchas; a mi derecha estaba Sofía, a mi izquierda un antiguo reo de tan horrible prisión; la conversación, amena, y el calor reconfortante, extraña sensación tras lo que habíamos pasado. Al ver entrar a uno de los sujetos, Guerrero preguntó por su compañero, este salió a buscarlo con presteza todos nos pusimos de pie y salimos de la cueva al oírlo gritar.

Traía un cuerpo congelado, arrastrándolo por la arena. Lo colocamos cerca del fuego, Sofía revisó sus signos vitales, no había nada que hacer. Preparamos las armas de acuerdo al plan; ninguno mencionaba al que murió congelado; su compañero se mostraba desconcertado, una extraña mueca de dolor lo transformaba.

Tres de nosotros portarían cadenas con púas, otro tendría las dos puntas que debería clavar al final; la última tarea resultaba más arriesgada. Cuando Guerrero preguntó quién la tomaría, me dispuse a hacerlo; sin embargo, el sujeto que acababa de ver morir a su compañero, se levantó, agarrándolas, sus ojos ardían con las llamas de la venganza, sus entrañas se quemaban ante ese deseo nacido del frío con que murió su amigo. Él lo haría.

Empezó la carrera hacia la batalla. Nuestras sombras avanzaban por los muros, nuestros pasos eran firmes y seguros ¿Qué importaba un poco más de dolor? Matar a un monstruo daba sentido a nuestra existencia, fuerza a nuestros espíritus. Es la importancia del entorno; la fuerza bárbara del número que me transformó de aquel cobarde que huyó del hexápodo, en un cazador de bestias; la existencia del todo me inyectaba coraje.

Giraba la cadena, imaginando el instante en que prestaríamos combate. Tal vez la salida fuera esa perforación subterránea: caí por un agujero al mundo de Laureano ¿Por qué no saldría por uno igual? La lógica cedía terreno frente a un sentimiento de esperanza; evitaba concebir la posibilidad de que todo terminaría en ese desierto, muerto de frío o devorado o perdido en un intrincado laberinto.

De algunas grietas llegaban corrientes de aire frío. Guerrero las evitaba diciendo que por ahí entraba el oxígeno, mas no la criatura a la que atacaríamos. En un punto, el camino se partió en dos; pensando sobre quién nos guiaría al monstruo, Guerreño nos dividió en dos grupos, yo partí a la izquierda junto a Sofía, los dos sujetos tomaron el otro.

Duramos una hora recorriendo esa parte, según el cálculo de Sofía. Encontramos un punto que prometía ser la puerta por donde acceder el infernal monstruo. Decidimos regresar a la bifurcación para encontrarnos con ellos, tuvimos que esperarlos. Los dos pasaron grandes necesidades para regresar, los caminos se tornaban demasiado estrechos, o no existían.

Recorrieron una distancia corta pasando los mismos tramos en un bucle desesperante; estaban desorientados por completo; hasta que vieron la luz de nuestra antorcha. Unos huesos humanos cubrían el suelo; había marcas de garras en las paredes y en el techo; distintos túneles se ubicaban sobre nuestras cabezas. El antiguo preso dio la orden de que nadie se distrajera.

Sofía sugirió la posibilidad de que no hubiera llegado; Guerrero afirmó que era probable; ellos duraron tres días antes de ser asesinados; no obstante, nosotros habíamos ido a su encuentro en esa ocasión. La sensación de peligro duró algunos minutos, después decidimos dormir; cada uno lo haría con su arma, uno de sus tres compañeros montaría guardia, Sofía tomó el primer turno.

Una gota cayó del techo despertando a Guerrero; la baba pegajosa descendía en una hilera transparente. Él retrocedió, llamándonos con un susurro; Sofía apuntó una antorcha en su dirección. De los túneles cayó el enemigo a vencer; el antiguo residente del desierto se incorporó al tiempo que cada uno tomaba sus armas. Era el momento cuando se definiría todo, nos preparábamos para morir.

La saliva caía de su hocico, colmillos cortos, gruesos y puntiagudos; piel ocre verdosa que exhibía unas pequeñas escamas, sin vello, resultaba casi imperceptible entre las rocas de la cueva; cuatro patas largas con seis dedos, garras que se enterraban en la piedra; una larga cola que se batía en distintas direcciones, golpeando el suelo para aterrarnos; dos extensas fosas nasales en la

parte superior de su alargado cráneo; no tenía ojos ni orejas, solo oídos.

La cadena atravesó el aire, la punzante púa chocó contra la carne, yo había lanzado el primer ataque. Pensé que la punta se insertaría en el tejido; solo fue un ligero golpe para esa criatura. Sofía procedió de manera similar, nuestro rival ni se inmutaba, permanecía absorto mirando a Guerrero. Este empezó a reír.

Las palabras que pronunció nos desconcertaron; aquel que nos salvó la vida, estaba entregándonos; se puso de rodillas y gritó —He aquí mis ofrendas... en la ocasión anterior te alimentaste con mis enemigos, ahora os entrego a estos desdichados. Devora sus cuerpos. Entiendo que servirte es mi destino, devora a los condenados y permítame escapar ¡Dame un boleto para los túneles a cambio de sus vidas! —.

Una veloz sombra me sacó del estado de estupefacción en el que me hallaba. El salto fue ágil, cayó sobre el lomo del infernal monstruo golpeándolo con fuerza... las estacas no lograron atravesar su coraza. Gritando en su enigmática lengua, se paró en la espalda de la criatura, los brazos giraban como molinos impactando con sus armas, la carne resistía sin ningún inconveniente. Un movimiento de ese ser bastó para derribarlo.

Guerrero dio un paso atrás, el devorador saltó sobre él. Desgarró uno de los brazos lanzándolo hacia mí, gritaba girando en el suelo, la sangre mojaba su bata cambiándola de color. Nosotros atacamos por la espalada, el otro sujeto fue levantado con una garra y tirado sobre Sofía.

Apunté a una estalactita que se quebró y cayó en una de sus patas, de donde brotó un líquido amarillento. Después lancé la púa hacia su rostro, en el instante que iba a chocarlo alzó la cabeza tomando la cadena con los dientes, haló sin que mi fuerza sirviera de oposición. Devolvió el golpe, el otro hombre se abalanzó empujándome. El corte fue pulcro, él cayó en dos partes.

La escena me horrorizó; tomé una roca y la lancé contra la criatura que dejó de prestarme atención mientras procedía con la desmembración de Guerrero. Tomó una mano, cortándola de un solo mordisco, la lanzó tragándola en una acrobacia; luego los dedos del pie derecho, la pierna izquierda y continuando. Sofía salió corriendo, la seguí, quería evitar ver ese espectáculo.

Corrimos por la gruta; ella giró, en un punto “erróneo” pude haberla abandonado, pero preferí acompañarla; creo que pocas cosas son peores que morir en soledad. Le grité, continuaba corriendo. Cuando conseguí alcanzarla, buscaba un punto muy estrecho para que el monstruo pasara. Le indiqué el camino de vuelta; ella hizo un gesto de desdén. Para Sofía todo debía concluir allí mismo.

Nos metimos en un rincón, una pequeña grieta y avanzamos seguros de que su tamaño le impediría seguirnos. No logré entender cómo logró seguir tras de nosotros. Por suerte, antes de que eso ocurriera, le sugerí a Sofía escondernos en la penumbra; la antorcha que yo portaba alumbraría el vacío que deseábamos jamás se llenara con el horroroso ser que nos perseguía.

La criatura se acercó, una delgada línea de saliva descendía sobre la llama, una columna de humo se extendió por la caverna. Las garras producían un sonido casi metálico al restregarse contra la roca, un resuello afanoso se mezclaba con un gruñido, las gotas salían de sus fauces, nosotros evitábamos liberar el aire de nuestros pulmones.

Los pies me dolían, sentía el cuello tieso, las extremidades superiores entumecidas, mis ojos deseaban ver la luz, mis manos tanteaban con afanoso deseo la caja de cerillos, mi cerebro se negaba a todos mis deseos. Mi mente divagaba, iba a suspirar. Antes, la bestia empezó a avanzar, arañó los muros, afilando sus uñas. Oímos cómo se retiraba.

Esperamos, mudos, el silencio era inmutable. Me hice a un costado examinando una grieta que se abrió a un compartimento distinto. Sofía gritó. Una garra apareció, amenazante cortándole un brazo. La criatura podía vernos y olerlos, una mejor manera de atacar.

Encendí la antorcha y le acerqué la llama a su hocico, Sofía lanzó su cadena contra sus fauces, vacías y oscuras. La garra, las uñas tomaron las piedras, y el muro empezó a ceder; halé a mi compañera y salimos por la abertura por donde habíamos entrado.

Las rocas lisas nos permitieron escabullirnos, pasamos con rapidez a través de la superficie pétreo. El aliento fétido se sentía cerca, la baba alcanzaba a salpicarme, los dientes rozaron mi ropa. A pesar de que el monstruo era demasiado grande para pasar por

la fisura, la cruzaba de todos modos; no lo habíamos pensado; resultó ser un craso error, sería fatal que nos alcanzara nuevamente. Ahí decidimos que si nuestras fuerzas eran muy pocas el sol lo mataría; tendríamos que sacarlo de la cueva para que el calcinante desierto lo devorara. Debimos recorrer unos doscientos metros más para salir por un lugar distinto, ninguna sombra nos flagelaba o interrumpía el camino que habíamos trazado. La arena se extendía brillante, la luz solar cobijaba las dunas quemándolas con su fuerza, el viento aumentaba.

El sol salió en poco tiempo. Este tostaba nuestra piel, ella corría y yo la seguí, en un punto empezamos a sentir fatiga. Era probable que si nos deteníamos nos uniríamos a Guerrero en el estómago de aquel terrible monstruo. Creo que ella lanzó un grito, intenté girar, en ese instante mi carne se convirtió en minúsculos granos de arena. Ya me había rendido y estaba resignado a no volver jamás.



De cartas y dados

La desgastada cubierta de pintura marrón se extendía por todo el lugar. Abrigados por una capa de polvo producto de los años, corredores infinitos se abrían hacia innumerables escaleras. Las ventanas mostraban un manto negro que cobijaba todo de forma perpetua; el aire gélido ingresaba al abrirlas dando la impresión de estar a una gran altura. El tictac de un viejo reloj me despertó.

Las manecillas estaban ocultas, podían ser escuchadas sin ser vistas. Todo parecía provenir de afuera, una pared en el corredor, una habitación que carecía de puerta. Coloqué la oreja contra el muro esperando escucharlo, pasé un par de minutos en un estado de reposo, gastando el tiempo en recordar.

Una suave voz que se alejaba con una triste canción llamó mi atención. Corrí hacia el exterior de la habitación, mis pasos avanzaban sin que los ojos prestaran el cuidado requerido, por lo que resbalé en el pasillo. El golpe fue seco, una nube blanca se elevó, rodeándome.

Tosí, el polvo obstruía la vista. Una silueta de mujer se acercó sin que me percatara; su dulce voz me atrapó entre las múltiples redes que tejía con palabras; tartamudeé al presentarme; ella respondió con una extraña risa. No recuerdo que me dijera su nombre en aquel momento. Luego supe que se llamaba Ana.

Empezamos a recorrer el lugar, condenados por los sórdidos pasillos pintados por el gris polvo sobre un manto café; la monotonía inconclusa de un laberinto infinito.

Busqué por el camino una puerta que diera a la habitación de la que provenía el sonido que acabó con mi sueño. Probé las que se ubicaban en el mismo costado del pasillo por el que había salido. Los cuartos repetían sus ventanas y el polvo de manera simétrica, nadie podría notar la diferencia.

Sin embargo, entre dos de las habitaciones, había un espacio de suficiente longitud como para ubicar otro cuarto y a través de sus muros poder oír el mecanismo del reloj. Me causaba una enorme curiosidad entrar, como si supiera que adentro algo o alguien me esperaba, algo que resultaba deseado pero que podría culminar en un desenlace incomprensible, o una sorpresa con sabor agridulce.

Ella me preguntó por el lugar, por obvios motivos fui incapaz de dar explicación alguna. Sonreía para tratar de ocultar su miedo, hablaba de un sujeto que estaba buscando y con el que tenía alguna clase de relación sentimental. Se explayaba en extremo explicando detalles y recuerdos, lo que la apartaba del presente. El

reloj sonaba en mi cabeza, mis pasos se acompañaban sin que les prestara atención.

Ella pensaba que le había mentado; creía que yo conocía el lugar y entraba en los cuartos tratando de hallar algo en específico. Se detuvo un segundo mostrándose aterrorizada; en su monólogo recordó una pelea con el sujeto del que venía hablando; se tomó el vientre como le doliera, detuvo su relato. Continuó caminando perdida en los laberintos de su pensar y sentir.

Las escaleras tenían diversas formas; los pasillos poseían distintos anchos y las ventanas múltiples aspectos; por estas se veía un profundo vacío oscuro. Corredores errabundos se repetían en la infinita estancia; sus cuartos mostraban imágenes similares. Era como un ser viejo y vacío, que agonizaba sin dejar de extenderse.

La casa era como el pálido reflejo de la existencia que llevan algunas personas cuya vida necesita encontrar sentido. Avanzan y envejecen siendo un animal cualquiera que solo se reproduce y disfruta de los placeres que son capaces de captar sus sentidos, sin rumbo ni objetivo, sin gloria. Es un desperdicio de las capacidades humanas, igual que una casa que estaría mejor en ruinas y de la que solo se desea escapar.

¿De qué sirve el habla y la razón si solo se vive para sí?
¿Qué función cumplían aquellos muebles polvorientos si la casa está sola y vacía? ¿Acaso no pasan los segundos y años como los corredores y escaleras, sin orden, fin o sentido? Entre más tiempo, más difícil se vuelve salir, se absorbe, se interioriza el exterior, se naturaliza y se

critica a aquellos que recuerdan la dignidad del otro y su importancia *social*.

El intrincado laberinto parecía no tener salida; me asomaba por las ventanas para recibir el sereno en mi rostro, el viento frío de la noche pasaba arrullando al tiempo. Los corredores empolvados continuaban su implacable avance sin cesar ni dar tregua. En otros pisos algunas habitaciones tenían mobiliario: camas, sillas y mesas olvidadas, al verlos pensaba en el reloj.

Anduvimos tres pisos hacia abajo, llegamos a un corredor que carecía de salida. A fondo, una ventana abierta dejaba entrar pequeñas gotas de agua que resbalaban sobre la capa de polvo. Huellas de pasos giraban en el corredor, alguien había luchado y su rastro se veía. Una puerta adyacente se abrió.

Un sujeto salió con lentitud; tosía al arrastrar un pesado bulto el cual dejaba una gruesa e imperfecta línea roja en el suelo. Se sentó en el borde de la ventana a observar la obscuridad. Permanecimos expectantes, tomó el costal con sus manos, lo agarró y lo lanzó al vacío mientras cantaba una triste canción:

—*Tomaba los juguetes, juguetes que caían, el hambre lo asediaba y en nada ya creía, uno a uno sin parar, uno a uno nadie más podrá entender por qué escapó, solo sabemos que de aquí huyó. No sé si eran cadáveres, no sé si serían sus padres, solo sé que huerfanito ya quedó, uno a uno ya cayeron y formaron la escalera de salida, ya no hay más lugares en la casa, solo queda una esperanza ¡Abajo hay que lanzarse!..* —

Retrocedimos en silencio, sentía espanto al pensar que cada paso significaba toparme con un nuevo asesino. Ella quería correr, mediante señas le dije que avanzáramos lento para evitar que nos escuchara; siguió mis instrucciones hasta que nos perdimos. Soy incapaz de recordar la dirección que tomamos; al cabo de un rato escuchamos voces; el rostro de ella se iluminó, aunque con un susurro le indiqué lo peligroso que podrían resultar esas voces.

Nos acercamos para observar por una ranura en la puerta por la que se veía una luz. Era una lámpara que enseñaba el centro de la habitación en donde un grupo de tahúres se veía y escuchaba. Mirábamos tratando de evitar hasta respirar.

Las cartas caían en un juego en el que parecía que mucho se apostaba, talvez la vida misma. La trampa ocupaba el asiento principal. Condiciones desiguales competían, la desventaja solo daba espacio a la suerte o al talento, sacrificando al mundo en el silencio con el paso tranquilo e inmutable del tiempo.

Los tahúres murmuraban; un sujeto saco a relucir dos pequeños objetos cúbicos, era un par de dados que botó a la mesa, pero cayeron al suelo y rebotaron hasta terminar en un rincón. El que los lanzó palideció, los otros se le acercaron con una expresión de satisfacción y sosiego.

El perdedor empezó a atacar a sus compañeros; un arranque de furia de una fiera que ve cercana la muerte. Fue obligado a saltar por una ventana; sus

gritos se perdieron en la nada, la profundidad absoluta se lo tragó. Su alarido se escuchó por algunos segundos, siendo remplazado luego por un silencio expectante, que aguardaba con ansiedad la decisión que el grupo tomaría.

Retrocedimos. El juego nos horrorizó. Una leve sensación de empatía nos impulsó a sentir lástima por el jugador desaparecido. Ella soltó un suspiro y preguntó si me gustaba apostar, afirmé con algo de molestia; un viejo recuerdo de mi infancia volvió y por algún extraño motivo me di a una disertación sobre mi punto de vista sobre la competencia.

La competencia, cuando es justa forja los espíritus, mejora las capacidades de los sujetos que se hallan inmersos en ella y el conjunto de la humanidad al aumentar el punto a alcanzar. Empero, en la mayoría de los casos, el punto de arranque es desigual, incluso desde antes del nacimiento. Unos pocos tienen mejores oportunidades para enfrentarse a la vida, cuestión sumamente injusta.

¿Acaso hay honor en ganar en circunstancias de injusticia? Se perpetúan situaciones de opresión en lugar de gestar mejores capacidades. En lugar de contribuir a templar los ánimos y construir seres más capaces, se genera una casta que se mantiene en el poder político, económico y cultural, monopolizando las posiciones de la pirámide y coartando las pocas “libertades” que le son naturales al sujeto construido.

El problema es lo injusta que resulta la competencia, pues no vence el mejor sino el que más ayudas tuvo.

El linaje parece la mejor herramienta para vivir. Sería glorioso que partiéramos de puntos similares ¿Acaso el Estado no ha de proteger a los infantes y en general a todos los ciudadanos? ¿Por qué no habría de nivelar el campo de juego? Si se anhela una mejor humanidad es menester solucionar dicho problema.

Mientras unos reciben una alimentación sana y buena educación, otros (muchas veces con mejores capacidades), se quedan al margen, viéndose obligados a ingresar al mercado laboral antes de alcanzar una formación acorde a sus habilidades. Es un derroche de talento, un fomento a la criminalidad que muchas veces los absorbe. No es una visión utópica, es el simple reclamo por las ganancias que sus abuelos y padres cosecharon con sus manos, pero, que quedaron en los bolsillos de otros.

Los que se ubican en la cúspide harán lo posible por mantenerse ahí, y en última instancia se verán obligados a recurrir a un sistema hegemónico, en la forma que pensó Gramsci. He ahí la razón de ciertas creencias místicas, algo de esperanza falsa, falaz, inventada para seguir manteniendo la situación.

Y a partir de ese punto se podría afirmar que la justicia emerge como una unidad suprema frente a la cuestión que conversé con Jack, siendo neutral en materias éticas e independiente de una construcción social para tener universalidad; estaría convirtiéndose en una unidad de medida a partir de la proporcionalidad del esfuerzo/responsabilidad y la necesidad/capacidad.

Difiriendo de la utilidad, por tener un efecto social para llegar a cada acción individual y no viceversa, esquivando el bache del individualismo. No se parte de lo que es útil para el individuo, pues sus placeres pueden atentar contra el bienestar de la mayoría, al ser cada uno como indica Bentham en *Principios de la legislación* juez de su placer ¿Qué puede interesarle el futuro si solo le espera la nada? ¿Por qué no atiborrarse aún a costillas de otros si solo lo espera el vacío y la mortaja?

El individualismo es un grave error, pues como bien indica Caro en su *Estudio sobre el utilitarismo* hablando en consonancia a lo que debiera afirmar un utilitarista coherente: *Yo, utilitarista, que profeso las máximas: “el placer es el bien”, “el hombre tiene derecho a todo”, “el bienestar es mi única regla de conducta”, ¿por qué razón he de crearme obligado a hacer cálculos universales, complicados, y, sobre todo, desagradables, para dirigir mi conducta? Haré ese cálculo cuando la operación me parezca agradable, lo desecharé cuando la hallare ingrata; aceptaré o rechazaré sus resultados en su aplicación a mis propios actos, en los mismos términos.*

A pesar de que Bentham busque excusarse diciendo que *lo que caracteriza al hombre malo es el hábito de placeres perjudiciales a los otros* y que por ende el principio de la utilidad no es culpable per se, no brinda una brújula eficaz de comportamiento frente a los demás miembros de la sociedad o comunidad, siendo un foco potencial de distintos conflictos, en lugar de contribuir a la *felicidad* que debería ser su fin.

Incluso cuando revela en *Fragmentos sobre el gobierno*, que *la obligación de contribuir a la felicidad general constituía la suprema obligación de todos*, el placer resulta una medida ambigua. El término mismo de felicidad resulta complejo, los placeres de la carne son insuficientes para un animal bípedo que intenta usar su razón ¿Acaso no hay choques entre los intereses de unos y otros? ¿Acaso si cada uno es juez de su causa no tirará hacia ella? El interés particular no coincide necesariamente con el general. Su racionamiento es bueno, no es del todo incorrecto, pero es insuficiente.

El pueblo suele entender lo que es justo, pues como diría Moore en *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, en lo referente a la relación entre justicia y proporcionalidad: *las nociones populares de justicia tienen una base racional y realista; y los sistemas que se desvían de esa base necesitan por lo regular tanto más engaño y tanta más fuerza cuanto más lo hacen*. Más engaño, dádivas y coerción, más creencias, privilegios para unos grupos y represión para otros.

El recuerdo era un escrito de mí ya lejana juventud, con respecto a la traición, injusticia y competencia viciada en la que están sumergidas las sociedades contemporáneas. Lo adjunto como una forma artística de valorar, un texto mediante el cual exponer mis ideas y compartirlas-

Viendo el mundo que vivo

*La carrera inicia
dando cartas arregladas y partidas desiguales,
repartos criminales
para que de antemano la victoria se asegure,
y su inicuo dominio perdure.
Los dados no dependen de la suerte,
siempre está el recurso de la muerte;
se vive escondiendo el descontento para que no se halle,
y en caso de que la opresión falle
se usa el terror y la sevicia.*

*Carecen de mucho antes de nacer,
los hijos de la multitud comienzan con menos;
se les enseña a ser buenos
cuando se les arrebatan sus derechos.
Para los de alcurnia son hechos,
siervos de la gleba,
esclavos que no se eleva,
ganado que se ordeña,
al que lo básico se enseña,
predestinado cada cual a ser.*

*Desigual principio en la competencia,
la que se cierne sobre el mundo,
un abismo profundo.
Los carroñeros indolentes,
avanzan indulgentes,
con los de su calaña.*

*Hierba podrida que engaña,
pues constituye una amenaza,
el que se actúe para cambiar la balanza,
que se plantea con complacencia.*

*Se formaría una grieta,
si cayera la fe que alimenta su poder,
la enfermedad de creer;
la educación los desafía
desafina su melodía,
creando un momento que historia hace,
espontánea lucha que nace.*

*Gritan las entrañas hambrientas
de pan, carne y saber, a fin de cuentas,
en un juego de anónimas sombras y siluetas.*

*Brindan falsas esperanzas,
con las migajas que quedan,
alimento que a los trabajadores dan,
de aquel pan que el esfuerzo de esos últimos coció,
pero que un haragán consumió.
Los sueños se queman como heno
al beber de aquel veneno,
que ofrecen como vino
esa casta de asesinos,
que manipula con añoranzas.*

*Sin honor
ganar es como caer
es vivir sin vencer.
¿Qué podría saber el que nació entre el oro
de quienes protestan en coro?
Crecer con ventajas
alitando la mortaja*

*para el que se sublevó,
la muerte a sus oponentes elevó,
alguien que desafió aquel temor.*

*Con esfuerzo ajeno han ganado,
unos sujetos que se yerguen,
sin un Hamlet que venga,
la traición que está hecha.*

*Al que a la multitud levanta se acecha.
Solo son Macbeth que la ambición envenena,
pero sin sufrir la merecida pena,
subsiste de condiciones injustas,
porque en una verdadera justa
caerían derrotados.*

*Muchas personas permanecen temerosas
de perder lo que han ganado,
en lugar de exigir lo que les es vedado.
Olvidan que sus ancestros dieron ríos de sangre,
prefieren mantenerse en un existir "alegre".*

*El gris futuro les augura,
una triste y pálida figura
de lo que fue alguna vez.*

*El poder se hace nubes,
mientras permanecen incólumes
las clases altas y perezosas.*

*Monopolios sin virtudes,
que reproducen la miseria y el dolor,
nace el espíritu revolucionario al calor
de un mundo al que se niega
mientras a la multitud se ciega.*

*Gemidos, sollozos y llantos,
que muestran en los cantos,
la injusticia de la sociedad
que solo vive del placer y su saciedad.
Al final solo queda un tumulto de inquietudes.*

Nos recostamos, la temperatura bajó. Conversamos sobre temas banales hasta que el sueño me venció. Entre dormido sentí que se levantaba; abrí los ojos y la vi asomarse a la ventana; no le presté atención y volví a descansar. Tuve una pesadilla sin sentido. Me desperté sudando y noté que ella no estaba. Empecé a transitar por el lugar.

Era la primera vez que recorría aquella casa sin compañía. Me centré en salir de allí, lancé por las ventanas un par de objetos que encontré a mi paso, los vi caer esperando un golpe que jamás escuché. Caminé por varias horas, subí y bajé las escaleras, recorrí los pasillos que configuraban aquel laberinto de puertas y pasajes cafés.

Oí el reloj, el que me despertó; descendí por una larga escalera de caracol, al final vi un reloj de piso colosal, sus negras manecillas doradas se movían lentamente el péndulo en incesante vaivén monótono. De repente, una puerta se abrió dejando ver una silueta humana que se me acercaba, podría correr y desaparecer pero no lo hice.

Una voz conocida me desconcertó, desconfiaba de mis oídos, se daba una conversación que había repetido un sinnúmero de veces en mi imaginación. Nos

encontramos y aunque resultaba débil la intensidad de la luz, pude reconocerla. La felicidad me llenó al ver esos ojos que podría mirar por horas... Alsacia volvía a mi lado.

Ella me miraba con una expresión de intensa curiosidad, me acerqué diciéndole que la extrañaba, me preguntó cuánto tiempo había transcurrido pues me veía agitado, —¿No fueron más que un par de horas? ¿Verdad?—. Me contó que al dejarla oculta escuchó tras la puerta el avance implacable de las tropas, que trató de salir, pero su vista se nubló, cayó dormida y despertó en ese corredor.

La tomé entre mis brazos y saboreé sus labios, rocé su fría mejilla con mi mano. La memoria se esforzaba por recordar una de tantas palabras que soñé decirle, una rosa construida por letras y que brotara del pasado. Los pasos suaves volaban en las caricias sin que se reconocieran, me distraje en el pensamiento dejando de ver lo que acontecía enfrente.

Las ideas se perdían en el laberinto de la felicidad, olvidando lo efímera que esta siempre resulta. Me llenaba de dicha tenerla conmigo. La conversación se tornó álgida, ella había cambiado, los dos habíamos cambiado. Algo se había roto y nada en el mundo lo repararía, ni las lágrimas ni las palabras servirían. Preferí ignorar lo que acontecía esa noche, deseé volver al pasado, aferrarme a un tiempo pretérito, saborear el otrora profundo sueño.

La situación se tornaba tensa con cada segundo, el brillo que solía acompañar su mirada desapareció, las oraciones más amargas y mordaces se agolpaban en mi mente. El aire sabía a olvido, era complicado continuar por la misma senda, pero era necesario avanzar por ella si el pasado tenía significado.

Nos recostamos aparte, cada uno en un rincón, como dos extraños que la vida pone en el mismo camino. Permanecí despierto durante muchas horas pensando qué decirle, muchas frases inútiles cruzaron por mi cabeza hasta que el sueño me venció. Cuando desperté, ella ya no estaba.

Era extraño e inesperado; el esfuerzo dejaba de tener valor. Los instantes se desmoronaban ante el imponente reloj de arena que marca la existencia; se desvanecía como soplada por el viento, los recuerdos hervían con vehemencia y el presente se evaporaba en una palabra escrita en una pared. ADIOS.

Ya no quedaba nada por decir, las decisiones habían sido tomadas y no había retorno; sin embargo, un profundo sentimiento me hacía huir hacia lo incierto, perdiéndome en un laberinto viejo y desgastado. Dejé de fijarme por dónde iba, solo avanzaba, corría con los restos del corazón, a la espera, en una continua expectativa de poder ver sus ojos una vez más.

Agotado me senté a recordarla y escribí un breve texto mientras recordaba las palabras de Neruda: *Puedo escribir los versos más tristes esta noche... Porque en noches como esta la tuve entre mis brazos, mi alma*

no se contenta con haberla perdido. Aunque éste sea el último dolor que ella me causa, y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

Ideas pertenecientes al pasado, dejadas en un abandonado baúl, retornaron a mi vida cuando todo era diferente, cuando nada es igual. Es curioso que solo te presenté el último poema que le escribí, uno que nunca le recité y que jamás leyó. Un remoto pensamiento que se plasmó en el papel, unas palabras que en absoluto le llegarán.

Desearía olvidar

*En mi encierro libero a mis pensamientos,
mientras escucho en el silencio los versos
que te dediqué.*

*¿Qué es un sentimiento atemporal
al que el tiempo le pasó?
Avanzó con premura el acelerado sentimiento.*

*Me ilumina la obscuridad,
soledad que me sumerge en el abismo,
mismo idilio que ya no es melodía,
días que se convierten en noches.*

*Oigo el punzante sonido de tu ausencia,
esencia del palpitar de mi muerto corazón,
la razón recuerda esa verdad mentirosa
que me condenó,
esa que llenó, eso que llamaste amor.*

*Quiero odiarte y odio quererte,
verte, olvidado absorto en mis recuerdos,
pierdo, al vivir lo que Neruda describió:
“Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido”.*

Lo que sentimos fue fuerte pero efímero, algo que parecía inmarcesible pereció. Entré en una habitación cualquiera para pensar, caminaba por el lugar golpeando las paredes y rompiendo el papel tapiz marrón que la cubría, empolvado, las motas volaban mientras desataba mi furia golpeando algo que no sentía ningún dolor pero en cierto modo calmaba el mío. Agotado, me recosté contra el muro y me quedé dormido convertido en un bulto negro en un recinto oscuro.

Me desperté al oír un par de pasos que franqueaban la puerta, preferí permanecer quieto, la experiencia me incitaba a hacerlo. Una voz temblorosa empezó a lanzar preguntas al aire, me levanté y respondí con intempestiva rabia al ver una criatura asustada en una zozobra intentando articular palabras. Reconocí a la chica con que me topé en aquella casa, su ropa estaba rasgada y le sangraba el ojo izquierdo. Sus pulmones inflaban el pecho con desesperación, trataba de avanzar, sus pies se convertían en cemento, el sudor bajaba por su cuello, su frente brillaba y emergían diminutas gotas, el corazón trataba de escapar destrozando el esternón. Me acerqué, ella sollozaba.

No decía nada, tomé sus manos, le pregunté acerca del motivo que la tenía en ese estado. Ella me haló, deseaba correr, su rostro se deformaba por la angustia,

el miedo la dominaba. De pronto escuché unas pisadas que se acercaban, los golpes eran secos y fuertes. La tomé de su brazo y la halé hacia una habitación aleatoria, sabía que era una apuesta riesgosa, podríamos quedar atrapados entre cuatro paredes que se transformarían en nuestro sepulcro. Ella miraba con tristeza la homogeneidad que mostraba el lugar. Guardamos silencio. Una sombra giraba las perillas de cada puerta, escudriñaba el corredor, llegaría en pocos instantes al cuarto en el que nos encontrábamos. Le hice una señal para que guardara silencio, tapó su boca con ambas manos, busqué un objeto para defendernos. La puerta sonó al abrirse, el viento vertió su gélido soplo en el interior levantando una cortina gris que bajaba frente a la luz, dejó ver un guante negro que la empujaba, un sombrero del mismo color ingresó.

La desesperación se apoderaba de mi acompañante; era extraño que me causara curiosidad examinar su situación. Me recordaba el tiempo que vagué antes de toparme con Laureano, los momentos en que la muerte me susurraba al oído que la acompañara, que me rindiera ante la soledad que fue la peor de las torturas. El estado de ella me parecía curioso, similar al mío: su organismo no decaía, la mente se asfixiaba a sí misma en las tormentosas aguas de la añoranza y el abandono.

El sujeto avanzó. Por la posición en que yo me encontraba, oculto en la obscuridad, ignoraba mi presencia. Ella gritó, una carcajada resonó en el cuarto y la canción empezó a sonar de nuevo, su triste melodía, su horrible letra. Me desplazé evitando la penumbra alrededor del cuarto mientras ella acaparaba toda la atención.

Llegué a la entrada y la cerré, ella me vio y entendió que debía correr a penas el cuarto quedara en las tinieblas. El suceso debió desconcertar al sujeto quien se lanzó en dirección a Ana, por fortuna ella se había preparado para salir por un costado. Pensé que se tardaría un par de segundos en llegar a la puerta, sin embargo, fue en extremo veloz, abrió antes de que yo lo hiciera y ambos salimos del cuarto con el asesino detrás.

Al girar en el pasillo nos chocamos con los jugadores, todos la miraron con lujuria. Uno de ellos me dobló el brazo haciendo que mi rostro chocara contra el suelo. Las risas estallaron, ya tenían un par de presas que echar a la suerte, nuestro futuro parecía carecer de oportunidades para vivir. Recordé el destino de aquel jugador que perdió, estaba seguro de que mi futuro sería el mismo; sabía que el de ella sería peor. Las ideas se me agotaban, la desesperación se apoderaba de mí, ella continuaba en un estado de agitación constante, todo parecía empeorar sin que una solución pareciera probable.

El persecutor llegó a la escena y atacó a todos los presentes, lo que nos dio la oportunidad de seguir huyendo. Sin siquiera cruzar una mirada tomamos los mismos corredores, sentíamos que la distancia siempre sería demasiado corta. Ella se detuvo cuando la fatiga hizo mella como si creyera en la canción: solo queda una esperanza ¡Abajo hay que lanzarse!

Ambos teníamos ojeras, los parpados se cerraban, las piernas temblaban. Entramos en un cuarto,

cerramos la puerta en silencio. Me senté en un rincón, ella se recostó en un mueble, ambos tomamos aire para hablar cuando la luz se fue; Ella se levantó, giró el foco y la luz parpadeante volvió. Cada uno se recostó para pensar embriagados por el deseo de dormir y caer en las profundidades oníricas.

Desperté con calma, el sueño resultó reconfortante. Las gotas carmesíes caían con una musicalidad siniestra, generaban ondulaciones en el pequeño charco, el olor de la sangre impregnaba el ambiente. Me levanté evitando hacer ruido, el aroma era similar al de... Caminé en silencio pisando un líquido viscoso, moví el bombillo para encontrar a Ana, se había suicidado.

Solté el foco que se apagó, sacudí el cuerpo, mis manos se mancharon con sangre. La puerta soltó un sonido, un chirrido profundo y lastimero. Un sujeto ingresó a la habitación, su temblorosa voz repetía: Ana. La luz se encendió mostrándole, un tipo que la sostenía sobre un charco de sangre. Avanzó, sus ojos demostraban rabia, yo intenté articular palabra alguna sin conseguirlo. Antes de lograrlo gritó —¡Asesino!—.

En ese instante el cuerpo de Ana se convirtió en una estatua que por voluntad de Eolo se desmoronó, pasando de granos grises como la ceniza a pétalos rojos como los de una rosa y pasteles como el cerezo. Ambos quedamos impresionados, todo terminó en la belleza de la muerte. El cuerpo se deshizo para dar nueva vida, la magia inherente a la naturaleza.

Balbuocé un instante, todo fue rápido. El sujeto me asestó el primer golpe, quedé sin aire; una patada

impactó mis costillas, solté un quejido, mi cuerpo giró procurando evitar la paliza. Corrí sin mirar atrás, oía las voces insultándome, jurando atraparme y cobrar la venganza que correspondía a un crimen que yo no había cometido, me persiguió por seis pisos, paré después de subir diez, estaba atrapado y solo me restaba subir.

Deseaba acabar conmigo abusando de esa misma crueldad que es demasiado humana, para ser aceptada por la misma humanidad. Supuse que era el sujeto del que tanto hablaba ella ¿Qué pensaría yo si entrara a una habitación y encontrara a Alsacia muerta junto a un sujeto? La ira me embargaría hasta convertirme en un homicida.

Ya no podía bajar, solo me quedaba apostarle a una idea magnífica; la necesidad es en ocasiones la madre del ingenio, en otras es del crimen. Estaba harto de correr, mi cuerpo se sentía demasiado fatigado para oponer una resistencia seria ante cualquier ataque, era seguro que moriría.

Caminé sin rumbo, hasta sentarme en un escalón para pensar. La fatiga llevó a que esa meditación se dedicara a analizar los monstruos que engendran la falta y el exceso de trabajo. En el primer caso recordé un texto llamado *De cuervos y hombre* que decía: *En qué mundo vivimos, en uno lúgubre, en una mansión o en el mundo en que el trabajo nos honra y nosotros con nuestro sudor lo honramos a él.* Como el campesino en su faena, los estudiantes con sus obligaciones académicas, los artesanos, obreros, políticos, ingenieros y médicos etc., labores que no son parasitarias.

En cuanto al segundo, me lamenté al cavilar acerca de cómo el ser humano deja paulatinamente que la “necesidad” de tener más dinero convierta a todo el mundo en su esclavo, en lugar de que este funja como una simple herramienta. Un párrafo de *Memorias de Adriano*, vino a mi mente: *Soy capaz de imaginar formas de servidumbre peores que las nuestras [es decir las romanas], por más insidiosas, sea que se logre transformar a los hombres en máquinas estúpidas y satisfechas, creídas de su libertad en pleno sometimiento, sea que, suprimiendo los ocios y los placeres humanos, se fomente en ellos un gusto por el trabajo tan violento como la pasión de la guerra entre las razas bárbaras. A esta servidumbre del espíritu o la imaginación, prefiero nuestra esclavitud de hecho.*

Empecé a recordar muchas de las utopías que ensalzaron la esclavitud disfrazada de las virtudes del trabajo, que en la práctica no deja que las personas vivan, llegando a tener incluso tres trabajos para obtener un miserable salario para poder consumir más de lo que en realidad necesitan. De cualquier forma, la teoría se hinca ante la historia, nuestros ojos ven cómo sus juventudes son vendidas a un precio muy bajo.

Ya me estaba durmiendo cuando escuché pasos, entré en la primera habitación que vi y me recosté en la puerta. Sea quien fuere pasó sin prestar atención, tras él o ella otros pasos recorrieron el corredor. Decidí descansar un poco, sin reflexiones, sin recuerdos de Alsacia, ignorar por unos minutos el lugar donde me encontraba, en síntesis, quería dejar de pensar la vida que llevaba en esa vieja y olvidada mansión.

Permanecí un par de minutos en un estado de letargo, hasta que unos pasos me trajeron de vuelta a la realidad. Un hombre gritaba: Ana. Sabía que la venganza lo embargaba y deseaba asesinarme, aunque el oponer resistencia física no me reportaba ningún beneficio frente a mi inocencia. Abrí la puerta, esperando explicar lo sucedido y tratar de convencerlo de lo cierto. Su mirada reflejaba la ira, se acercó, pero al ver mi cambio de reacción se detuvo, me insultó jurando cobrar venganza. Solo dije, —Ni yo me puedo culpar de su suicidio—, su rostro dejaba ver la confusión reinante, empero, las pruebas eran inexistentes, todo desapareció.

Dio dos pasos hacia adelante y otro en dirección contraria, abría y cerraba los puños, diciendo, —Yo sí puedo hacerlo, no solo es este lugar también soy yo, la culpa...—. Por la espalda recibió la mortal herida, el asesino volvía desde el fondo del pasillo para cobrar la venganza debida. El tiempo que él usó para sacar su cuchillo lo utilicé para escapar.

Corría, el asesino continuaba tras de mí, pasaba con rapidez a través de los innumerables callejones hasta que volví al cuarto en que vi a Alsacia, ingresé en este al sentir un fuerte dolor en el pecho; si mi vida debía terminar lo haría en ese lugar donde murió algo en mí. El reloj sonaba, su tictac se unía a los pasos que me perseguían, trataba de controlar la respiración mientras buscaba un escondite. Solo una idea llegó, salté al vacío obscuro.



De árboles, nieve y vagones

El aire frío quemaba mis mejillas; caía con tranquilidad a la espera de chocar, disponiéndome a sentir el poco tiempo que tenía. Traté de abrir los ojos y disfrutar el negro paisaje, pero el viento era demasiado fuerte para realizar tal acción, la respiración se cortaba por el mismo motivo.

La brisa fría entraba por una ventana, congelando mi rostro mientras pequeñas partículas húmedas me despertaban; los árboles pasaban como vertiginosas sombras que se cubrían con el manto blanco de la escarcha, el viento cantaba con melancolía en un aullido imponente, la luna vertía sus lágrimas de plata sobre el paisaje.

El vagón estaba vacío salvo por mí, por lo que avancé hacia la parte delantera. Encontré la puerta cerrada. Tomé una varilla, que debió pertenecer a algún asiento,forcé la puerta, unos pocos minutos de esfuerzo bastaron para que cediera. Giré al percibir otro sonido, una puerta de atrás se abría, una conversación se colaba junto a los pies que avanzaban con lentitud.

Me escondí tras una de las sillas, aguardando y con suma expectativa; la conversación continuó con un

tono de debate que se tornaba más fuerte. Salí, tenía como única defensa la varilla con la que forcé la puerta; dos sujetos se detuvieron frente a mí, dejaron de hablar mientras me examinaban con atención. Ambos vestían trajes negros, zapatos del mismo color, camisas blancas, uno portaba un sombrero gris.

Rompí el silencio, haciéndoles unas cuantas de preguntas que ellos respondieron afablemente, sus nombres eran Federico y Pablo. Al cuestionarlos para saber cómo salir del vagón, el primero repuso —Excelente pregunta, el problema es que desconocemos la respuesta—, rieron con un tinte de melancolía y me invitaron a colaborar con la búsqueda de una manera para detener el vehículo.

En un gesto de integración, Federico me hizo una pregunta —¿Cree que ese artista puede levantarse contra el arte?—, el otro dijo —¿Por qué no habría de hacerlo, si he de superarlo todo en búsqueda de la belleza?—. Fue darle cuerda a un reloj. Empecé diciendo que la belleza es una mezcla de subjetividad construida por el entorno y evolución, escudriñar recónditos lugares para encontrarla serviría para hallar una nueva para él, mas no para ubicarla en un pedestal como idea incontrovertible e inamovible.

Continué con un razonamiento que a grandes rasgos decía: ¿Cómo podría rebelarse contra el arte? ¿Cómo podría levantarse la humanidad contra las musas? Combatir contra su conciencia e inconciencia, sabiendo que está condenado a continuar con la existencia de su raza, pereciendo y luchando en un bucle oscuro pues

no se le conoce contorno y cambia continuamente, eso es la vida del hombre, eso es lo que nutre su arte.

Para conseguir exterminarlo tendría que exterminarse a sí mismo. Solo puede revolucionarlo, alzarse contra el pasado para sembrar el futuro; puede modificarlo, pero no terminar con él, pues es su huella indeleble, es su pasión, su gloria, su sufrimiento. Si quiera tratar es algo imposible, pues sería la humanidad intentando cortar la estirpe inmortal de su alma.

El arte es un mundo infinito que se nutre de uno finito, es la magna posibilidad de crear y recrear, es la frontera de construcción que trasciende el fugaz respiro, es la pugna de la existencia humana por expresar lo poco que se entiende ¿Cómo podría cambiar eso? ¿Cómo lucharía un páramo para dejar de producir agua? ¿Cómo evitaría la llama originar calor? ¿Cómo impediría enfriar el hielo? ¿Cómo reprimiría el hombre la necesidad de expresarse? Si es su núcleo, su mortal naturaleza, su capacidad superior que se niega a romperse.

Pablo bajó la cabeza. Pensé que preparaba una respuesta certera para refutarme, empero, me preguntó —¿Acaso un hombre podría decir que su ciencia es superior a todas las demás?—. La pregunta imitaba la intención de Federico, consistía en que un tercero apoyara su posición en una discusión de larga data. Procedí arguyendo que uno de los grandes problemas que tenemos es quedarnos en simplificaciones.

Dividimos los campos de estudio para ayudarnos en su comprensión, aunque resulten toscas muchas de las formas en que los fragmentamos; se debe *tratar*

(porque no es posible hacerlo por completo) entender a partir de una visión completa, en la que jueguen todas las ramas; sin colisionar en busca de una hegemonía.

Muchos de los choques se presentan por la especialización de los términos o arrogancia de los intelectuales, que buscan salvaguardar su *campo de estudio*. Se requieren ciencias que ataquen arrogancia, que reconozcan otros saberes no occidentales (una descolonización epistemológica en términos de Dussel), y para el caso de lo humano, que haga explícito el contexto en que está inmerso, sus luchas y corrientes que tácita o abiertamente promueven, el que no puede separar el sujeto y el objeto y/o sujeto, que afecta a su estudio y que la neutralidad disfraza la mayoría de veces una visión estática, conservadora e incluso reaccionaria del mundo. Esto apoyaba el punto, pero, hacía algo más importante: abrir la discusión; claro que requiere un examen mucho más completo del que podía brindar en aquel momento.

Adicionalmente, es menester analizar el papel que juega el lenguaje para configurar el pensamiento, lo que pensamos es un reflejo del mundo tamizado por lo que somos, pues, a su vez somos contruidos por la época en que vivimos.

Ambos avanzaron en silencio un rato, el artista habló primero, reclamando la victoria en la discusión gracias a mis argumentos. El otro dijo que la lógica está por debajo de las pruebas; mi razonamiento podía ser impecable, pero ser falso; de cualquier forma, lo había persuadido y no pretendía chistar. A su vez, él estaba en lo correcto en el punto del arte, mis palabras eran una buena forma de argumentarlo.

Fui incapaz de evitar sonreír; era una conversación entretenida, logró que olvidáramos el apuro de salir. Pasamos dos vagones desocupados, sin prestar atención a las sillas o a las ventanas, el caminar era lento, la charla servía para alejar de nuestras mentes la búsqueda de una forma para detener el tren.

Continuamos de esa forma hasta ingresar en el tercero, en donde un cuerpo se balanceaba sus pálidas mejillas y el frío nos decía que estábamos en presencia del cadáver de una mujer ahorcada, Pablo y Federico se acercaron, yo, horrorizado evité hacerlo.

Ellos se aproximaron con cautela, el artista fue el primero en tocarla, decidieron bajarla. Yo permanecía petrificado en la puerta, me alejé por el pasillo sin mirar atrás. Abrí la puerta que había al final del corredor, necesitaba tomar aire, las escenas de violencia como ésta no dan tiempo al espíritu para que se reponga.

El siguiente vagón estaba vacío, las largas hileras de sillas vacías. Me senté en una de ellas a observar los altos y sombríos árboles cubiertos de nieve que se elevaban al cielo tratando de alcanzar las nubes con sus presurosas ramas. Pensé en la posibilidad de treparme en uno de ellos pese a la velocidad con la que avanzaba la locomotora. En fin, la imaginación lo puede todo.

Tomé un viejo libro que hallé en una banca cercana para notas y me dispuse a escribir algo que podría ser producto de las conversaciones que tuve con los dos personajes que acababa de conocer. En buena medida, el resultado fue un resumen de esta historia.



De un sujeto a la humanidad

*Ser lo que soy,
el pensamiento,
obra anónima,
de la lucha
y la derrota.*

*Somos el espacio y nuestro tiempo,
un ser condicionado
pálido reflejo del espejo,
una masa informe que moldean
las circunstancias del vivir.*

*Mármol, roca y arcilla,
monstruos que se domestican,
sueños brumosos que se concretan,
que se rompen y corrompen, corrigen y renacen,
solo para morir.*

*Se quiebra el silencio en el tiempo,
en su niñez brota la palabra,
de esta mano la reflexión.
A partir de ahí un universo infinito,
que parte de su ínfimo saber,
su incompleta visión de lo que el mundo es.*

*Crece, envejece y cesa,
el sujeto
que absorbe
de forma fragmentaria
lo complejo, para ser.*

*Ser carne y sangre,
ideas que brotan,
agua de una roca,
que la pereza torna árida
antes de que se coagule el líquido carmesí.*

*Vivir del coraje,
la gloria y el éxito,
el dolor y las injurias,
el sabor de la tierra al caer,
la experiencia de existir en toda su complejidad.*

*El placer permitido y vedado
por sus ideas del bien y el mal.
Los mitos que construye
para ante ellos postrarse.
Creador de rodillas ante la criatura ficticia.*

*Germinar en lo inhóspito,
endurecerse bajo la presión,
luchar frente a la adversidad,
erguirse contra los peligros,
caer en la comodidad.*

*Creado en la forja de la competición,
mejor herrera que Hefesto,
gestando cualidades y delitos;*

*importa la justicia
si le resta algo de honor.*

*Desearlo todo,
olvidando la felicidad,
querer el lujo más mundano,
exorbitantes goces
en lugar de la belleza que se halla en lo simple.*

*Odiar el paso de los días y las noches
pues llevan al instante final,
con el continuo trasegar de los años.
Escupir en la cara del reloj,
con eso llamado historia.*

*Ver los astros con soberbia y expectativa,
parado en una piedra,
y en los hombros de sus antecesores.
Ver la naturaleza
siendo parte de ella.*

*Parir al arte
que sus ideas construye,
si es que le pertenecen.
Destruir el mundo
en su estupidez.*

*Un intento fallido,
de domar aquel caballo
que carece de jaez,
tomar el timón del transcurso,
o dejarse llevar por las aguas indómitas.*

*Desear ser mentado,
en el delirio del recuerdo,
un lirio que se pudre,
en entrañas andrajosas,
que se pule y desgasta.*

*Me pregunto,
si la vida me ha dado,
como regalo el olvido,
un retoño ya marchito,
lo que es en realidad.*

Me levanté al concluir el texto, repasé lo escrito y cerré el libro. Al ingresar en el vagón donde esperaba encontrar a los pasajeros que conocí y al cadáver que descubrimos. Solo el cuerpo inerte permanecía tendido en la habitación. El frío empezaba a hacerse más fuerte, las ventanas se empañaron, el mundo se heló, miré con curiosidad el cuerpo que yacía allí, una serie de anillos morados rodeaba su cuello, sus manos ensangrentadas tenían las uñas quebradas como si hubiera arañado algo con la intención de zafarse.

Una cuerda gruesa reposaba en el suelo, cortos tramos estaban cubiertos por manchas vino tinto; caminé por el recinto llamando a los sujetos. Sentí un rápido movimiento detrás de mí, una línea blanca fue todo lo que alcancé a ver. La cuerda haló mi humanidad, la asfixia me desgarraba la vida.

Caí al suelo, me retorció de dolor, el aire me faltaba. Sin embargo, una de mis manos quedó entre la cuerda y mi cuello, empujé hasta lograr zafarme. La cuerda se

soltó para luego saltar y devolverse hacia mi rostro, se enredó de nuevo al cuello del cadáver. Confundido, aterrorizado, me alejé corriendo hacia otros de los vagones, Un grito inundó el ambiente: se asemejaba a la voz de Federico que parecía venir de un área del vagón sumidas en la obscuridad; un par de ratones corrieron rozando mis piernas. Al fondo del pasillo la sombra se mecía en una silla. Tatareaba una canción que me dio la pista para saber quién la cantaba. Retrocedí con espanto, sabía que me veía a través de la penumbra.

El tren ingresó en un túnel; en cuanto desapareció la luz corrí fuera del tétrico vagón cerrando tras de mí la puerta y sujetando el pasador; vi que a la sombra esa no le interesó levantarse para seguirme y quizá arrebatarme la vida, al menos no en ese momento. Decidí tratar de llegar al último vagón; la idea parecía poco prometedora. La varilla con la que había forzado la entrada al cuarto de control, aún estaba en el asiento donde la dejé. La tomé y me dispuse a volver al vagón donde estaba el cadáver de la mujer ahorcada, evité mirarlo, seguí pasando vagones similares hasta que llegué a uno en donde encontré un pequeño triángulo de papel escrito que leí.

Si en tiempos pretéritos aquellos cuerpos solo fueron usados como marionetas, si la autonomía no interesó solo importó el cumplir inicuas órdenes para recibir vulgares recompensas ¿Por qué habría de ser diferente aquí?

Si tenías todos los manjares de la tierra colocados en tu mesa, tantos que no podrías consumirlos en

tu miserable vida, y te negabas a darlos a quienes trabajaron con sus manos para que los tuvieras ¿Por qué no habrías de aguantar hambre por los millones de vidas a las que hiciste padecer?

Si veías con complacencia o ignorabas por franco desinterés el dolor ajeno ¿Por qué no estarías apartado de los goces tolerando ese mismo dolor y usando la violencia para olvidar? ¿Acaso tu desidia no fue una jaula que te permitió dormir con tranquilidad cada noche?

Si tu destino no arrancó tras esta puerta, avanza con cautela en la dirección opuesta o mejor siéntate en una silla a la espera de *ella*. Vendrá por tu carne al igual que por la de todos los muertos que recorren su reino, condenados a vivir en el tormento sin opciones ni salida. Sé consciente de que como escribió el poeta en el Canto tercero: ¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!

Me senté, la idea de regresar me perturbaba, de igual modo, temía a las advertencias de la nota, tanto quedarme como entrar parecían pésimas ideas sin que existiese otra opción, acepté la última de estas. Tomé la manija, que no giró. La puerta estaba cerrada. De manera infructuosa traté de forzarla con la varilla que tenía. Fue entonces cuando la puerta del vagón se abrió y el asesino ingresó estruendosamente al vagón.

Sus pasos eran lentos, silbaba con calma yendo y viniendo por el interior del vagón, se asomó a una ventanilla la nieve y el viento le azotaron su maléfico rostro. Se sentó en la silla cercana a la ventana justo

bajo la cual yo estaba escondido dispuesto a correr. De nuevo su silbido me hizo pensar en que solo quedaba una oportunidad de escapar,

Lanzarme por la ventana podía ser la salida; sin embargo, a diferencia del laberinto, solo me esperarían las puntiagudas rocas y los escarpados acantilados por donde rodaría haciéndome pedazos. Decidí quedarme donde estaba sintiéndome ignorante y agotado como una liebre perseguida por un cazador experto capaz de adaptarse al terreno.

Esperé en silencio a que estuviera un par de recintos más adelante, el frío empezaba a causarme sueño. Me levanté al sentir que los párpados se me cerraban, tomé la llave y abrí la puerta. El espantoso ruido era producido por el metal, sonaba de forma similar al de un niño gritando. El vagón se veía parecido a los anteriores por lo que cerré sin prestarle mayor atención, estaba más preocupado por el asesino.

La temperatura era muy baja debido a un vidrio roto por el que ingresaba algo de viento y nieve, el soplo que generaban se asimilaba a un aullido lejano entre los árboles y las montañas. Al acercarme solo vi que en una fila había una espantosa marioneta, una mujer y un hombre. La ventana destrozada se ubicaba al costado del vagón, los fragmentos de esta no estaban en el interior, como si la hubieran quebrado desde adentro.

Noté que la nevada había empezado hacía poco tiempo debido a la escasa cantidad de nieve que se amontonaba en la silla frente a la del muñeco. Esta empezó a cesar, por lo que el frío disminuyó. En cuanto

al vagón, a pesar de las similitudes que guardaba con los otros este recinto se veía más viejo y descuidado, la capa de polvo era más gruesa y se levantaba al caminar a través de él.

Un golpe me distrajo, alguien gruñía al intentar entrar. Observé mi mano, la llave todavía estaba allí, respiré recostándome contra la puerta; puse la llave en el suelo, lejos de mí; admiraba su brillo a la luz de la luna mientras trataba de ignorar el choque. Al cabo de unos minutos el ruido empezó a menguar, comencé a escuchar con la oreja pegada a la puerta, los pasos retrocedieron hasta dejar de oírse. Tomé la llave y la deposité en el bolsillo.

Observé con detenimiento al muñeco, tenía ambas manos esposadas al asiento, sus ojos grises parecían perdidos mirando el tétrico vagón, las telarañas que descendían como estalactitas, las sillas roídas por el tiempo; sus mejillas de un tono albo se mostraban firmes acompañando a la boca en una siniestra sonrisa; el cabello era negro y brillante, caía en pequeños bucles; un traje purpúreo con un pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta era la vestimenta que portaba.

Me acerqué para observar su mirada, reflejaba una peculiar vida que parecía estar ausente en el resto del cuerpo. Ambos ojos giraron en mi dirección, el calor de la respiración llegó a mi rostro. Retrocedí espantado, resbalando con el asiento contiguo. Una mano se levantó y detuvo mi caída, las uñas se enterraron en mi hombro obligándome a sentar en el polvoriento suelo del tren.

Una anciana, la otra marioneta, me enterró sus garras en el cuerpo, su mano izquierda estaba atada lo que impedía que escapara. Comenzó a reírse, el sujeto la imitó, un conjunto de voces en el fondo se les unió. El perverso coro mantenía su canto en mis oídos mientras retrocedía hacia la puerta, debatiendo en mi mente la posibilidad de volver al anterior vagón, inseguro de continuar.

La llave cayó de mi bolsillo, la pateé sin querer mandándola al otro vagón. A penas alcanzó a entrar por la ranura inferior. Sabía que el asesino volvería en algún momento, era seguro que solo había ido a buscar algo con qué forzar la puerta y al llegar vería la llave. Pensé en abrir y entrar con rapidez para recuperarla.

No obstante, al tratar noté que requería la llave por cualquiera de los dos lados, por ende, tenía que avanzar con rapidez para evitar topármelo de nuevo. Era cuestión de tiempo, alejarme tanto como fuera posible, aunque me causaba dudas el por qué no aprovechó el momento en que ingresé al vagón donde él estaba.

Las voces se apagaron, al acercarme pude ver trozos de muñecos atados, los escasos fragmentos solo se podían ver al pasar por su costado pues la visión era obstruida por las sillas. Había trozos de cabezas, brazos y piernas encadenados; en los casos que eran partes de rostros la expresión que tenían era similar a la que poseían las dos marionetas que estaban completas.

Seguí, la situación de espanto me hacía temer algo peor; volver no era una posibilidad solo podía continuar. Con angustia me dirigí hacia el siguiente

vagón. El ambiente de este se encontraba tibio, poseía una tenue iluminación roja y un delicioso olor a comida impregnaba el aire. A pesar de esto, se escuchaban gruñidos y alaridos como si estuvieran torturando a un grupo de sujetos.

Esperé un poco a que mis ojos se adaptaran al cambio de luz, sabía que cada segundo tenía un enorme valor para mi supervivencia, pero, de igual forma era estúpido lanzarse a un recinto sin conocer su contenido. Las imágenes empezaron a ser más claras, la primera se asemejaba a una persona.

Un cuerpo famélico babeaba encadenado a la pared, sus pulmones se inflaban con violencia, sus extremidades halaban con fuerza en dirección a una mesa ubicada en la pared opuesta. El olor de la sala completa era delicioso, encima del mueble se encontraban exquisitos platos provenientes de todos los puntos del globo.

Me acerqué con cautela, su cuerpo apenas podía mantenerse en pie, la razón parecía haberse evaporado de él. Rabiaba con dolor hasta que se sentó en el suelo, se relajó, continué avanzando en tanto lo observaba a una distancia menor. Estaba tan cerca que podía observar los pliegues de su piel. De la nada saltó hacia mí intentando mordirme; por instinto retrocedí, una gota de saliva me salpicó el rostro.

Era un perro hambriento que no me dejaría pasar a menos de que lo sobornara con comida. Tomé un trozo de carne que estaba sobre una bandeja y lo tiré a un costado de aquel despojo viviente. Se abalanzó sobre él, esperé un par de segundos, agarré la bandeja como

escudo y corrí por el costado, al sentir mi movimiento giró para tratar de alcanzarme con sus dientes, lo golpeé de lleno con la bandeja y crucé el siguiente pórtico.

La habitación era similar, los gruñidos eran más fuertes y se intercalaban con un par de gritos. El mesón se hallaba al costado opuesto que, en la anterior, en el fondo brillaban los barrotes de una jaula. Decidí tomar uno de los platos, a la espera del hambriento ser que deseaba probarlos.

Un par de personas se mordían al interior de la jaula, el exquisito aroma los enloquecía haciendo que sus tripas rugieran. Me ignoraron, cogí una enorme bandeja que contenía múltiples platillos y los lancé al interior, por lo que dejaron de atacarse y se dispusieron a comer. De sus cuerpos brotaba sangre, esta brillaba al formar pequeños charcos.

Continué, trataba de ignorarlos. Abrí la puerta del siguiente vagón mientras evitaba mirar hacia atrás. La cerradura ubicada en el otro extremo sonó, un suave tarareo ingresó a medida que la puerta se abría, un par de aplausos se le unieron, una estruendosa y macabra risa se escuchó.

Ingresé con premura, la manija de la puerta estaba suelta por lo que no podía cerrarla, el corazón estallaba por la angustia. El cuarto estaba completamente oscuro, sin importarme ese detalle me adentré. Tanteaba el muro con las manos cuando él entró, toqué algo en la pared, oprimí el botón y la luz del cuarto se encendió; su color blanco nos encegueció.

Abrí los ojos antes que el asesino. Salvo por una escotilla en la parte superior, lejana e inaccesible desde el suelo, la única puerta que había era por la que entré, no podía salir. Observé con atención, portaba un costal en su mano izquierda, la tela blanca estaba manchada, al igual que sus manos, de sangre seca.

El impacto inicial contra el piso generó un pequeño rebote, continuó girando en el suelo como cualquier pelota, la cabeza rodó con tranquilidad hasta chocar contra mi pierna. —¿Lo asustó mi pequeño obsequio? Por supuesto, esa era mi intención—. Ahora sabía dónde estaba Federico.

El sujeto avanzó por el cuarto hasta detenerse justo debajo de la escotilla, el timón de ésta empezó a girar con lentitud. Su risa se detuvo y miró en la dirección en que yo lo hacía, la portezuela se abrió y una criatura cayó sobre él. El impactó fue rápido, la criatura aun alzó la cabeza para mirarme, su concentración absoluta estaba en la presa que había vencido en una fracción de segundo.

Del tamaño de una persona adulta, pero con forma similar a la de un lagarto carente de cola, su cuerpo era blanco, cubierto por un grueso pelaje blanco, sus patas tenían entre las garras pequeñas púas que le permitían aferrarse a las superficies, las cuatro patas tenían largas garras retráctiles, su hocico era negro, los colmillos aserrados y pequeños, le faltaban las orejas, pero tenía grandes ojos hacia el frente, estos se cubrían con una clase de párpado casi transparente. Se sacudió la nieve con un solo movimiento y continuó con su comida.

Una de sus piernas fue levantada por el monstruo, del bolsillo adyacente cayó la llave; la tomé y corrí. No tenía certeza de si me seguía, simplemente avancé. Tuve que recorrer todo el tren de vuelta, corría volviendo a ver los horrores: caníbales por el hambre, cuerpos al borde de la inanición, marionetas con vida, hasta volver a la puerta que requería llave. Tras cruzarla con premura me senté en el suelo a recobrar el aire.

Regresé por cada vagón, decidido a probar si la llave que tenía en mi poder servía para abrir la puerta de enfrente. Desde hacía mucho tiempo una salida lógica parecía imposible, tanto como la forma en que llegaba a cada mundo nuevo; tal vez volvería a mi hogar, a mi amada tierra. Continué devuelta.

El frío paisaje avanzaba fuera del tren como yo lo hacía en su interior, la soga seguía asfixiando a un cuerpo inerte, los ratones corrían en el cuarto frío y oscuro. Al ingresar en ese último vi una sombra, el pánico me invadió por lo que retrocedí. Parecía que las opciones se habían agotado, que evadir un problema solo era toparse con otro.

El sujeto giró y dijo mi nombre, era Pablo que observaba el cuerpo decapitado de Federico en el fondo del vagón. Me contó que, tras bajar el cuerpo, zafaron la cuerda y esta los atacó, por poco lo alcanza a él. No se dieron cuenta del momento en que me fui, se disponían a llamarme cuando un sonido llamó su atención proveniente del siguiente vagón, él se sentó en una silla adyacente a la puerta cuando su amigo ingresaba en ese cuarto.

Escuchó un golpe por lo que ingresó, al ver cómo alguien de espaldas apuñalaba a Federico, se ocultó en una silla pues aquel levantó la cabeza al oír mis pasos, no tenía más que un par de segundos. Guardó silencio, permaneciendo en un estado de rigidez similar al del cadáver. Observó cómo arrastraba el cuerpo a la oscuridad a través de los roedores, para después sentarse con absoluta tranquilidad.

Me vio pasar y todo lo acontecido, incluso cuando el asesino volvió para desmembrar a su amigo, siguió aterrado y escondido. Solo se movió cuando vio que el costal tenía sangre. Esperó para ver que sus sospechas concordaban con los hechos. La carencia de luz y el deseo del homicida por capturarme evitaron que fuera descubierto, sumados a la amplitud que tenía la parte inferior de cada silla.

Sin ahondar en la historia, continué por el recinto tratando de abrir las puertas que veía, ocultas en las sombras que me impedían localizar las cerraduras. Pablo, sus ojos ya se habían acostumbrado a la falta de luz, logró abrir una de ellas, el sonido me dio una leve esperanza. Por fin había llegado al cuarto desde el que se podía operar el tren.

Como Sísifo mi esfuerzo fue en vano, igual que Layo choqué con mi destino al tratar de evitarlo, la bestia se encontraba frente a mí. El tren ingresó en un túnel, la oscuridad llenó todo, me dejé caer, esperaba sentir un duro asiento y un zarpazo que me partiera en dos trozos, pero choqué contra pasto. Todo había desaparecido, solo se veía una ciudad a la que conducía el camino frente a

mí. Exhausto, decidí descansar a pesar de todo lo que acontecía en mi entorno, sin lograr conocer la causa por la cual recorrían esos vagones mis compañeros de aquel trayecto del viaje, tal vez solo eran inocentes en una situación desafortunada como tan a menudo suele ocurrir en el mundo.



De la codicia

Esta parte de mi narración es diferente, la nueva zona de la que extraigo los recuerdos que narro a continuación reflejaba una pesadilla distinta a las anteriores, este nuevo escenario es la concreción de la ingente cantidad de violencia y brutalidad de la que todos los seres humanos somos capaces, producto de la avaricia que duerme en nuestros corazones y del entorno que nos rodea.

Este nuevo calvario era un lugar repleto de riquezas, a su lado palidecerían los tesoros arrancados del Potosí, un vulgar tazón con monedas era la cueva de Dantés; lujosas eran las casas de sus habitantes, los Versalles, Buckingham y demás eran en comparación ínfimas pocilgas. Pensarás que era una vista hermosa, pero aquel exorbitante espacio atiborrado de oro, marfil, perlas, plata, rubíes, diamantes, esmeraldas, entre otras que no reconocí, pertenecía a los más bajos deseos humanos.

En los platos que aparecían en cada mesón había tan exquisitos manjares que el único faltante era la

ambrosía. Carnes de diversos animales se posaban asadas en las mesas, frutas tropicales y manjares secos estaban depositados en colosales bandejas, postres de diversas regiones del mundo competían por ser devorados, exquisitas bebidas llenaban los vasos y copas; mi imaginación se arrodillaba con humildad al tiempo que mi estómago revivía.

Pero, no hay animal más salvaje que aquel que saciada su hambre, muerta su sed, se entrega a la molicie, envidiando al otro que como él tiene placer, pues si la competencia ya no se trata de llegar a la cima se transforma en la lucha implacable por enterrar a los otros en el fango. Todos esos placeres se encerraban tras gruesos barrotes, muros infranqueables, púas y alambradas, el olor salía de las viviendas perfumando el aire con una majestuosa danza, en cambio, las migajas y sobras se guardaban, es más se atesoraban, era preferible desperdiciarlas antes que brindarlas al prójimo.

Todo perdió el valor que ante nuestros ojos podría tener, ¿Cuánto valdría un día, un mes, un año de la vida del Homero inmortal de Borges? ¿Qué importaban a sus habitantes las ingentes riquezas que colmaron ese mundo? El exceso de cualquier cosa reduce su precio a la nada. De la misma forma en que nosotros nos perdemos, olvidando preguntarnos el por qué vivimos para concentrarnos en el cómo.

Los pobladores de aquel lugar eran malcriados niños que no percibían las piedras preciosas, perlas y diamantes como algo infantil solo estimable por los

más pequeños o las cadenas de oro dignas solo para los esclavos. En realidad, la codicia de cada uno manifestó una nueva forma, una que teñiría de sangre las losas doradas del suelo y de fuego su riquísimo mundo.

Pocas cosas atrofian al ser humano como lo hace el exceso, pues al tener demasiado el corazón se endurece, tornándose codicioso, avaro y deseando todos los bienes que existan. Ayuda es una palabra inconcebible, cual aves de rapiña, viles carroñeros oportunistas, tomaban al débil entre sus fauces para extraerle todo lo posible, deseando saborear su tuétano y lamer sus huesos. El único límite que tenían para robar era el miedo a morir en el intento, tenían un momento que les ahorraba esa molestia como entenderás más adelante.

¿Cuántos desean tenerlo todo sin mover un dedo? Cuán equivocados están pues sin sacrificio la miel amarga es. Si aquellos vagos y perezosos que recorren nuestro mundo pudieran ver cómo las personas pasan a ser monstruos cuando logran conseguir pan sin el sudor de su frente, se transformarían en las personas más puntuales, constantes y laboriosas que haya visto la faz de la tierra. La pereza cuarteaba sus vidas, su único oficio era salir a exhibirse como los objetos que eran. Hacían gala de sus atuendos y joyas, pero, como mostraría Tomás Moro, (y como referí con antelación) los esclavos son los que andan con adornos de oro.

Aquel lugar en específico acabó cualquier naturaleza social, ningún contrato de voluntades, ni de cesión de poder podían constituir una hipótesis para explicar a nivel teórico la conformación y las relaciones de ese

mundo. Los unos luchaban contra los otros por nada, por ubicarse encima, ya todo lo tenían. Su odio y falta de empatía fue el nudo gordiano. Se creyó que el individuo era algo más que una categoría de análisis, una unidad para comprender.

Incapaces de entender la diferencia entre sujeto e individuo, entre producto de su entorno y abstracción aislada. Su manera de ver el mundo era la ceguera más profunda. Tenía razón Antonio Gramsci al indicar que *El individualismo no es más que un apoliticismo animalesco*; igual que Adam Smith cuando escribió *La máxima vil de los poderosos parece haber sido siempre: todo para nosotros, nada para los demás*; aunque es menester ampliarla más allá del propietario rural pre moderno. La ambición confundía a todos, obligados por esta mataron y murieron, persiguiendo la púrpura ¡Qué tan estúpidos eran anhelando poseer cual Carlos V o Felipe II!

Recuerdo que ese mundo me hacía pensar en el nuestro y lo poco que parece importar el mañana, cómo devoramos a enormes bocados el planeta. La soberbia que el consumo implanta carcome el sentido de supervivencia; los costos parecen no existir como si los recursos fueran eternos, más lo único perenne es la ignorancia de un conjunto de personas (es posible que ahí entremos todos) que se niegan a cambiar sus hábitos. Es el sacrificio de nuestra estirpe para mantener el lujo de hoy.

Volviendo de las reflexiones que tuve en aquel momento o que mi editada y vieja memoria me dice

que tuve. Me levanté y corrí hasta llegar a la entrada, me senté en la banca más cercana, esperaba hallar una escena como las que pensaba al andar con Laureano; busqué con mis ojos niños corriendo, ancianos alimentando palomas, parejas cultivando su amor, nada de eso encontré.

Hubo una cosa que llamó mi atención, una viejecita estaba luchando por levantarse, ninguna persona le prestaba atención, los abrigos y tacones, trajes y zapatos la rozaban indolentes, las miradas la esquivaban. Atravesé el lugar, la tomé de la mano y la senté. Estuve un rato mirándola esbozando una pequeña sonrisa como antesala para saludar, ella mantuvo el rostro en dirección al suelo.

Su expresión me resultó extraña cuando por fin levantó la mirada, era como si no esperará ayuda, el fenómeno era yo, alguien que todavía se preocupaba por ella, un ser que podía dedicar tiempo a algo distinto del lucro, una persona para la que existía otro que me requiere y al que necesito, mas no para usufructuarlo.

Guardamos silencio hasta que tomó unas monedas de su bolsillo, su gesto me ofendió y ella se dio cuenta de eso, motivo por el cual me miraba con más extrañeza; sacó un papel de su cartera, una pluma y escribió una dirección, en este momento no la recuerdo, me la entregó y se fue.

Estuve dos o tres horas admirando la plaza contigua, sus estatuas, edificios y la fuente central. Mientras recorría el lugar, mi ropa vieja y raída generaba una sensación de asco en los demás transeúntes, algunas

personas se reían, otras se alejaban de mí como si tuviera la peor de las infecciones que ha padecido el mundo y fuese en extremo contagioso; aunque en realidad eran los habitantes de ese mundo los que la tenían.

Cuando el sol empezó a esconderse saqué de mi bolsillo el papel, empecé a revisar los pórticos y a preguntar, nadie me prestaba atención así que anduve por varias calles hasta la noche en busca de dicha dirección. El frío y el hambre recordaba al alma los pesares de tener carnes. Conseguí llegar a la casa de la anciana cobijado por los rayos de la luna.

La casa era superior en lujo a las de sus vecinas, golpeé la puerta, esperé unos minutos sin recibir respuesta, repetí la acción con mayor intensidad hasta que la señora salió. Me saludó cortésmente al tiempo que abría el portón, en el interior había un patio enorme con múltiples árboles frutales y una gran fuente con forma de mujer.

Al ingresar en la edificación me encontré con una gran sala tapizada en rojo, una chimenea y múltiples pinturas que me hacían pensar en el Ermitage. Tras recorrer un largo pasillo, entramos en el comedor donde me ofreció un asiento. Durante la cena me interrogó acerca del motivo que me impulsó a ayudarla, las respuestas que le brindaba parecían sorprenderla gratamente, tanto que al concluir me pidió que pasara esa noche en su casa. Era mi mejor opción, por lo que gustoso acepté.

Las habitaciones invitaban a sus huéspedes, los sueños fluirían entre sedosas sábanas al tiempo que

correrían descalzos por los suaves almohadones. En ese instante deseé como nunca tener a la mano una libreta, esperaba despertar y escribir las gloriosas visiones nocturnas y las terribles pesadillas. La luz era tenue, la vista perfecta, la brisa que entraba por las ventanas era fresca, a su vez, estas estaban decoradas con vitrales, recuerdo en especial una imagen: una versión de El Jardín de las delicias.

A la mañana siguiente me levanté, para mi disgusto y sorpresa encontré a Juana espiándome, yo me sentí ofendido, su actitud me acusaba de ser un ladrón o algo por el estilo. Cada acción mía le causaba curiosidad, desde el hecho que no desconfié de la comida que me brindó y al poco interés que le presté a las riquezas que ella con tanto esfuerzo había conseguido acumular.

Le narré esta misma historia caminando con la cabeza inclinada. Cada cierto tiempo me detenía, tomaba aire y sacudía con fuerza la voz. Por algún extraño motivo que no comprendo, ella se levantaba y me aplaudía cuando finalizaba con el relato de uno de los mundos. Sus partes favoritas eran las referentes a Alsacia, después de estas se sumía en profundos pensamientos. Mis narraciones le representaban compañía, a mí me brindaba comida, refugio y descanso. Duró casi una semana.

Cumplido ese tiempo ella decidió contarme su historia; omitiré su relato, los detalles de esa historia me hacían sentir un profundo asco por la humanidad, ella era un ser miserable, traidor, embustero, pusilánime, abyecto. Por otra parte, movía su cetro de mando — como solía llamarlo—, mostrando debilidad y vejez, en

lugar de poder y autoridad, por lo que siempre después de lanzar arengas lo usaba para tenerse en pie.

Me burlaba bastante de ella usando la adivinanza con la que Edipo llevó al suicidio a la Esfinge, le decía resistiendo una sonrisa: ¿Sabes qué tiene cuatro pies por la mañana, dos a mediodía y tres por la noche? Muy simple, el hombre, gatea mientras es bebé, camina en dos piernas en su adultez y anda con la ayuda de un bastón cuando envejece. Detestaba que le recordara su edad.

Al despertar, su memoria se hallaba desordenada, solo en sus sueños tenía la oportunidad de aprender sobre su vida, probaba trozos de un tiempo anterior, fragmentos repugnantes en extremo. A veces le aterraba dormir, ver cómo actuaba en el pasado, solía levantarse dispuesta a cambiar, cosa que jamás pasó, fue la misma persona o en ocasiones una peor.

Yo le preguntaba sobre los servicios públicos, el agua, el aseo de las calles, sonreía con la expresión de un padre que recibe las preguntas de su hijo, sabiendo que la edad le responderá. Era tan grande mi insistencia que una madrugada me sacó al balcón, asombrado vi como los restos de comida y basura desaparecían, todo volvía a estar limpio y ordenado.

El tiempo pasaba con tranquilidad, la verdad dejé de pensar en mi sobrina. Un día mientras escribía un cuento la recordé al tratar de construir la personalidad del actor principal, me sobresalté, fue como despertar de un sueño. Realmente ignoraba la forma de volver,

pero ella evadía la respuesta, tenía un talento especial para zafarse de las inquietudes complicadas.

El anhelo de ver mi casa, saludar a los vecinos cuya vida desconocía, regar el jardín y abrazar a Isabel, me causaba insomnio, me sentaba en lugar de descansar intentando maquinar un plan para obtener mi libertad.

Una madrugada era tal mi desesperación que me levanté para caminar de un lado a otro. Un sonido del exterior llamó mi atención, salí con sigilo, me asomé al balcón y vi una persona corriendo por la calle, sus piernas empezaron a transparentarse, cayendo al suelo y desapareciendo al final. Fue algo impresionante, en ese instante pensé que era mi demencia. Anonadado me fui a dormir. Mis ideas giraban sin parar en una vorágine infinita y poderosa. Mis ojos me mentían o mi cerebro escéptico por naturaleza era incapaz de creer en algo que se mostraba incoherente. Alcancé a cubrir mi cabeza con las cobijas cuando la puerta de mi habitación se abrió y escuché una respiración agitada.

Juana, estaba de pie en la entrada, ella se acercó y me tomó por los hombros diciendo —Uno menos, alístate, hoy entraremos a robar—. Sus palabras me desconcertaron, pero asentí con la cabeza. Salió del cuarto, yo me vestí con la ropa que me regaló pues mis vestimentas estaban siendo lavadas.

El sol no había salido plenamente cuando partimos, ella me pidió que no hablara durante el trayecto e hiciera el menor ruido posible. Por el camino nos cruzamos con un caballero, tenía una edad cercana a la mía, saludó

a Juana cortésmente; ella hizo lo mismo; al acercarnos noté que ella tomaba su bastón con las dos manos, una en la parte superior, la otra en el segmento delgado; el sujeto metió su mano en el bolsillo derecho.

Un disparo destruyó el silencio, Juana se quejó, pero antes de que me diera oportunidad de revisar su herida, ella desenvainó la espada que tenía por bastón, cortando fulminantemente al tipo que teníamos a menos de un metro. La manga derecha de la anciana se llenó de sangre, le hice un torniquete improvisado con mi cinturón, dudaba si eso era necesario o si resultaba más útil la simple presión. Ella revisó el lugar en el que la noche anterior vi desaparecer a una persona, tomando del suelo una pequeña llave plateada.

Llegamos a una enorme casa; ella sacó el instrumento recogido con antelación y abrió el portón. La sala principal era enorme, el piso negro reflejaba las imágenes, las paredes y columnas, pintadas de blanco, tenían bajorrelieves entre los que destacaban: el sufrimiento de Marsias al ser desollado por Apolo, el castigo de Atlas sobre sus hombros, la victoria de Perseo frente a la famosa Gorgona y la venganza de Aquiles contra Héctor. Había seis pinturas con bordes dorados ubicados a más de cuatro metros del suelo, tres lámparas negras con adornos transparentes colgaban del techo, las sillas y mesas tenían patas translúcidas completando los muebles un tono similar al carbón.

Juana tomó una botella de vino, se sirvió, sonreía al ofrecerme, rechacé la copa; la situación me incomodaba, la curiosidad me condujo a perseguir a la anciana, jamás

robé y ver el hurto en un lugar donde nadie lo necesitaba era despreciable. Me acerqué a la mesa de centro, el sujeto que desapareció en el aire tenía un ajedrez hecho de mármol, era pequeño, llamativo, elegante...

Mis ojos se asombraban ante la belleza del inmueble, los de la señora brillaban por la potente codicia que latía en su interior. La majestuosidad de la vivienda era enorme, incluso para mí que detesto los lujos baladíes (entenderás el pleonasma) resultaba llamativo, para ella solo era una oportunidad para tomar.

La vieja revisó cada habitación, dándome un par de maletas que debía llevar a su casa, su herida no le preocupaba, la bala solo rozó su brazo, me di cuenta que en lugar de evitar la hemorragia le estaba cortando el oxígeno de una de sus extremidades, ella se lavó la herida y se la vendó. Se reía de mí, diciendo que no era la primera vez que le disparaban, aunque esperaba fuera la última.

La operación de extracción de objetos duró toda la tarde, ella me pidió que fuera a su casa y trajera un vehículo, ella me esperaría en la puerta. Fui a recogerlo, los transeúntes me observaban, decidí no prestarles atención. Nunca vi un auto como ese, era pequeño, para mi sorpresa, negro como el petróleo, sus rines estaban cromados y los vidrios polarizados. Tuve que recorrer un trayecto bastante largo para volver, pues el sendero por el que caminamos solo permitía el paso de los peatones.

Al llegar la observé ligeramente ebria, su tez era rosada y carecía de una correcta vocalización en algunas

palabras. Empacamos todo en el vehículo y salimos, conduje con velocidad para evitar suspicacias, nadie debía relacionarnos con el robo. Sabía que no podrían perseguirnos, pero era mejor evitar justificaciones para que la situación se repitiera en el lugar en el que vivía. Que se permitieran crímenes de sangre convertía a aquel lugar en una hecatombe marcada por un reloj de arena.

Esa noche ella no pudo dormir, tuvo dolor de cabeza, mareo, vómito, le faltaba el aire y sentía ansiedad; me pidió que tomara un carro que se encontraba en uno de los edificios que conformaban su propiedad, como sospechaba tenía más de un automóvil que rara vez usaba; al volver me solicitó que la sacara de la ciudad, me indicaría el camino. La alcé, llevándola al vehículo y ocultos bajo el velo nocturno salimos. Le pregunté si desapareceríamos, sonriendo me dijo, —Eso solo ocurre una vez a la semana, deberás aprender cuándo para poder acumular más—. Ni en ese instante pude sentir lástima.

Un pequeño camino cercado por un denso bosque rodeaba la ciudad, ella respiraba cada vez con mayor dificultad. Tras media hora de recorrido gritó que parara, se bajó repitiendo —Ese maldito sabía que tal vez no lograría volver y tendió la trampa, tonta fui al beber el sorbo envenenado—. Juana se sentó en un árbol, desde que empezó a tener síntomas evité el contacto con ella y limpié con las mayores medidas de seguridad posibles. Me llamó, paré a un metro, ella empezó a decir que yo quedaba encargado, todo me pertenecía.

Subí en el carro, arranqué decidido a continuar sin mirar a atrás, me fui dejándola en su agonía, permitiendo que la asfixia se llevara a la opulenta y avara anciana. Al llegar me senté en un sillón, sentía algo de pesar, aunque no el sufrimiento que pertenece a la pérdida de una persona importante. Tomé la licorera de whisky y bebí hasta quedarme dormido, tenía muchos lujos, pero no eso que deseaba: el camino a mi casa.

Durante la noche tuve pesadillas, la voz de Isabel se mezclaba con la de Juana; los gritos de John tenían como fondo el tono de Laureano, todo daba vueltas en mi cabeza; las personas, los lugares y las situaciones se mezclaban, veía sufrir a mi sobrina junto al anciano genocida en un mundo lleno de cadáveres, rodeados por un ejército de sombras que los flagelaban; veía a los cuerpos de Alsacia y Juana muertos, reposando fríos en las sillas de la casa que saqueamos; vi a John y a Jack siendo devorados por el hexápodo; también recuerdo ver a las criaturas que aniquilé en compañía del despreciable viejo, me tomaron de brazos y piernas, tirando con fortaleza hasta desmembrarme. En ese instante desperté.

Me levanté tarde, al asomarme pude ver a la víctima de Juana tirada en el suelo, sentí náuseas, pues me recordó al sitio en el que conocí a John y Alsacia. Salí a caminar, las dudas paseaban por mi mente, me tentaba la idea de ir a enterrar el cuerpo de la señora, incluso sería mejor cremarla. No pensaba dejar posibilidad alguna de que mis pesadillas se convirtieran en realidad.

Volví a la plaza, uno de los primeros lugares que mis ojos vieron en ese aborrecible mundo. Me senté durante

todo el día, observando a las personas que avanzaban, sabía que todos eran ladrones esperando el momento justo para tomar las posesiones de los que rodeaban su vida. Parecía que caminaban con prisa, pero en realidad solo querían ser vistos por los demás, llamar la atención.

Las damas se vanagloriaban de sus joyas y vestidos, los caballeros mostraban el lujo de sus relojes y trajes, yo los miraba con una profunda sensación de asco. Me acerqué a la fuente, miré cómo las ondas recorrían el líquido transparente, prefería su suave sonido al de los tacones y zapatos que avanzaban con dureza detrás de mí.

Me parecía curioso no ver ningún niño, todas las personas superaban los 30 años. Cada rostro que pasaba se mostraba más arrogante, altanero, pedante, orgulloso; el desprecio se respiraba, cuando dos personas se acercaban el aire se tornaba denso. Pensaba en el dolor de los que no tienen y en el odio mutuo que adquirirían aquellas bestias desalmadas.

El sol se estaba ocultando cuando vi a un grupo de personas reunidas, eso llamó mi atención así que me acerqué. Lo único que escuché fue que tomarían por asalto la casa de Juana y de Carlos (así se llamaba la víctima de la avara). Uno de ellos notó mi atención, con un gesto el grupo se dispersó. Volví a la casa para tomar mis cosas, solo deseaba largarme.

Llegué a la mansión, abrí la puerta, entré y la cerré; subí las escaleras para buscar mis pertenencias. Ingresé al cuarto, me tomaba la cabeza mientras me quejaba de ese mundo. Un ruido proveniente de afuera del cuarto

llamó mi atención, la perilla giró al tiempo que yo buscaba algo con qué defenderme, un sujeto entró saludando y diciendo que no me preocupara; su expresión delataba que esperaba encontrar vacío el lugar.

Se presentó como Jean, dijo que no sabía que alguien viviera con Juana. Ingresaron pues sus amigos no veían problema al tomar las posesiones de una muerta. Me preguntó de forma directa que, si yo la había matado, yo lo negué explicándole lo acaecido en el robo, asesinato que cometió la anciana y la botella envenenada, él sonreía con una expresión de incredulidad.

El corazón me latía con vehemencia, el sudor bajaba por mi frente y el calor me aturdía, el sujeto se puso en pie para salir de la habitación; antes de llegar a la puerta me pidió seguirlo. En el corredor había tres tipos, yo miraba los estantes esperando que la anciana hubiera ocultado una pistola para defenderme. Tras ingresar en la sala me detuve en una repisa alcé con esperanza un adorno, y por suerte, tomé un revolver cuando hubo un segundo de distracción en las miradas expectantes de aquellos individuos.

Me sentaron en una de las sillas del comedor y empezaron un interrogatorio que se extendió hasta altas horas de la noche. Sus preguntas buscaban hacerme delatar, mis respuestas eran incapaces de saciar su sed. El hecho de que nadie me conociera me convertía en sospechoso, recorrían la habitación con paso lento y firme, yo evitaba decir incoherencias e incluso temí afirmar haber visto las desapariciones que ocurrían en las noches.

Me llamaba la atención lo bien que conocían el inmueble, como si lo hubieran recorrido una infinidad de veces, parecían visitantes asiduos de la vieja. Sus ojos se paseaban en los objetos “valiosos” del sitio, dos recorrían el lugar como tiburones al acecho mientras un número igual posaba su mirada en mí con la esperanza de extraer información de mi interior.

Aquel que me obligó a salir del cuarto les hizo una seña a sus compañeros, todos se acercaron al centro de la habitación. Me agradecieron por mi tiempo y las respuestas, dijeron que entendían la culpabilidad de Juana, por lo cual, yo no tendría ningún inconveniente, los homicidios con intención de hurto no eran extraños y seguramente ella había fallecido envenenada, mas no por mi mano. Todo daba a entender que creyeron en lo que dije.

Uno alzó su sombrero con una expresión de inconformidad, por mi parte los acompañé a la salida; todos sonreíamos con hipocresía, en un aire tenso, similar al de las fieras que se preparan para atacar. Cerré la reja, siguiéndolos con la mirada hasta que sus siluetas desaparecieron en la obscuridad, volví a la edificación con un fuerte deseo de beber, pero me inhibí, sabía que la madrugada se tornaría larga.

Apagué todas las luces, salvo una pequeña vela que dejé en un costado de la cama, apenas permitía ver en la habitación. Utilicé los cojines para formar una figura, dejé unas chancletas en el suelo dando la impresión de dormir. Tomé un cuchillo que se unió al revolver que ya portaba, me escondí tras un viejo sillón que reposaba

olvidado en una de las esquinas del cuarto y dormité durante un rato.

Debían ser las dos y media de la mañana cuando unos pasos resonaron en las baldosas del primer piso, las pisadas eran lentas y en total parecían las de tres personas. Al subir las escaleras solo se escuchaban dos, acerqué el sillón al borde del pórtico, la obscuridad cobijaba mi defensa. Una silueta entró en el cuarto, se acercó a la cama levantó un cuchillo y se lanzó sobre las almohadas, yo hice lo mismo contra su compañero.

Mi ataque fue devastador, un segundo después acabé con mi oponente. Alcé el cadáver usándolo como escudo, el sujeto que se encontraba en la habitación realizó un par de preguntas, más al no recibir respuestas desenfundó un arma y disparó cinco tiros. Dejé caer el cuerpo, una sola bala bastó.

Me acosté junto al primero, el tercer sujeto subió las escaleras al escuchar los disparos, vio dos cuerpos en el suelo y se dispuso a pasar al cuarto. Me levanté y lo apuñalé por la espalda, el tipo retrocedió dándome un fuerte golpe en la cara, sacó su pistola, falló, pero la obscuridad no le permitió ver, se agachó seguro de su victoria, lo pateé al sentir su respiración, él cayó sobre el cuchillo, soltó un fuerte grito y pereció.

Por las dudas le disparé, encendí la luz y lo vi muerto, tomé el cuchillo y con precaución empecé a bajar las escaleras, sabía que no estaría seguro hasta eliminar a los cuatro, solo me restaba uno. En la acera había un camión, me acerqué para mirar el interior, cuando me disponía a ingresar la puerta se abrió golpeándome en

la cara, Jean descendió con una pistola, giré hacia la parte inferior del vehículo, él se agachó y disparó. La bala rebotó en el suelo e impactó la superficie baja del carro, me levanté rompiendo su hombro con un disparo, soltó el arma y retrocedió. En ese instante algo cambió, me abandonaba la sensación que me permitió matar, dudé, no sabía qué hacer. Imploró que le perdonara la vida.

Me di la vuelta, ya estaba resuelto a dejarlo ir y escapar de la ciudad, él se levantó tomándome por el cuello, ambos caímos. El revólver estaba cerca, sin embargo, ninguno lo alcanzaba, saqué el cuchillo, al subir la mano lo corté en el rostro, era una herida transversal al ojo derecho, me puse de pie y tomé el arma diciéndole que se largara antes de que cambiara de opinión.

Se alejó entre las sombras mientras yo entraba en la casa, aun cerré la reja, solo quería escapar. El interrogatorio, la cordial salida, todo fue una pantomima para robar lo que de igual forma obtuvo Juana, asesinarme dormido para evitar el riesgo de la resistencia, pues lo único que valoraban a parte de la riqueza era su propia vida. Cogí mis cosas: mi antigua ropa, el reloj, el libro y salí, tomé un carro conduciendo durante varias horas.

El sueño pretendía vencerme, pero mi determinación de no volver a ese espantoso lugar impedía que me durmiera. El sol llegaba al punto más alto cuando empecé a salir del bosque, solo para darme cuenta de que volvía a la ciudad. El resto del día intenté escapar, conduje en cada dirección, recorrí el bosque caminándolo sin suerte, seguí un río hasta ver a un anciano con un

pequeño bote, él se alejó antes de verme. Decidí volver y pensar.

Cerca de diez personas se amontonaban en la puerta. Al acercarme vi a Jean, él también me reconoció. Yo estaba desarmado, dos sujetos me tomaron, ingresamos en el inmueble. Los cadáveres fueron retirados, el lugar conservaba la calma que tenía el día en que llegué. La escena era similar al interrogatorio, esperaba que me mataran con lentitud, disfrutando mi sufrimiento.

Jean se acercó, tenía una espantosa cicatriz, sonreía con una extraña expresión. Al acercarse dijo —Tiene valor, eso no cambia el hecho de que es un ladrón, una sucia rata manchada con sangre y que come las sobras que hurta. No obstante, creo que usted puede serme útil, para mí y para el mundo que lo rodea—. Solo respondí que yo no era un ladrón, en el fondo lo dudaba pues ayudé a Juana en su robo.

Me ofreció unirme a él, según sus palabras de él dependía un nuevo futuro, bajo su batuta emergería una realidad absolutamente distinta. Sabía que era una trampa, en cuanto les diera la espalda clavarían un puñal envenenado. Un sujeto foráneo, alguien desconocido que residía en el hogar de una anciana que murió hace poco y que antes de fallecer mató para robar, era la clase de persona en que nadie confiaría.

Sonreí durante la noche, le ofrecí licor y les indiqué a los demás donde se encontraban los tragos más finos. Le pregunté de forma directa por qué me conservaba con vida, sus pupilas se dilataron, era simple, se preparaba para mentir. Continuó con su

farsa, escuché con indiferencia su monólogo estúpido, todo era una representación para quedarse con las posesiones de Juana. En la mañana me esperaba un largo interrogatorio cargado de sevicia. Seguramente sentiría placer al causarme heridas más terribles que la de su rostro.

La luna empezaba su huida, un manto granate se extendía por el horizonte, permanecía custodiado a pesar del cuarto vacío. Escuchaba a dos personas susurrando en el exterior. Salí por los pasadizos que alguna vez usó Juana; ella jamás compartiría esa clase de información temerosa de que la robara, empero, a su edad olvidaba algunas cosas como cerrar las puertas secretas que me condujeron a la libertad.

Duré toda la noche recorriendo pasillos, salí a distintas habitaciones a través de pinturas. En una ocasión ingresé al cuarto donde reposaba profundo Jean. Mi mente me indicaba que tenía que acabar con él, caminé con sigilo sacando el cuchillo de su vaina, me limpié las gotas de sudor que se formaban en mi rostro y... decidí que yo carecía de la capacidad para juzgarlo, busqué la salida y marché por las solitarias calles de madrugada.

Supongo que me buscaron, de todas formas, su preocupación principal era la operación de hurtos que planeaban, poco importaba un sujeto que detestaba Jean. Él y su manada de vulgares delincuentes empezaron los preparativos para saquear la ciudad, reunían más personas apostándole a su codicia. Las

redes se expandían, diminutos caudillos extendían al grupo, era fácil en una “sociedad” así.

Pasé las cuatro primeras semanas en la casa de Juana, oculto en un pequeño recinto detrás del lago. Robaba alimento y bebida, manteniéndome oculto hasta que Jean dio la orden de realizar una pesquisa en las casas de Carlos y en la que me escondía. Por suerte me encontraba en el jardín fuera del minúsculo recinto cuando ingresaron, pude verlo todo oculto entre los arbustos. Empecé a dormir en las proximidades de la urbe.

Yo andaba huyendo, sabía que era necesario encontrar un refugio pues se acercaba el día donde las cosas desaparecían, es la naturaleza fugaz de los objetos. En mi mente empezó a crecer el deseo de terminar en la cuna con la tiranía que se cernía sobre ese mundo; si enfrenté a un terrible monstruo oculto entre cavernas, si sobreviví a Laureano y al hexápodo, ese era el pecado que condenó a los animales del desierto ¿Por qué no vencería a Jean? Lo peor que podría pasar era la muerte. Decidí actuar.

Ingresé a la mansión de Juana con la llave, dejando una nota en que retaba a Jean; en el trozo de papel juré haber matado a la anciana para ocultar el objeto más valioso que habíamos hurtado. Él era demasiado astuto para caer en una trampa tan obvia, sin embargo, uno de sus esbirros fue el primero en leerla, la noticia se expandió en un mundo donde la gente clamaba por versos de guerra.

La presión aumentaba sobre sus hombros, el culto al líder, base de su poder, se veía amenazado ante mis palabras. Nadie me conocía lo que contribuyó a la especulación, me convertí en un ser mitológico al que se le achacaban múltiples homicidios, los robos parecían ser cometidos por un fantasma capaz de burlar toda medida de seguridad, un antihéroe que debía vengar a los ladrones que fueron robados.

Emprendieron un operativo para dar conmigo, yo me refugiaba a las afueras de la ciudad. Siempre me llamó la atención el anciano con el bote, jamás le hablé para evitar suspicacias y riesgos. Jean se hartó, su operación para acumular continuaba y envió un mensaje con sus hombres: si quería enfrentarlo, volver a tantear el ataúd en una pugna contra él, me esperaría a mediodía en la casa de Juana.

El sol calentaba el pórtico, las nubes desaparecieron dejando un profundo e infinito cielo azul, los buitres se apostaban en los muros esperando comer, curiosos espectadores provenientes de sus filas esperaban el momento. Las dudas me asaltaban ¿Tendría que matarlo? En caso de vencer ¿Qué podría exigirle a un asesino como Jean? Sabiendo que el único derecho que el ser humano posee en su naturaleza es el de la fuerza, los demás son producto de luchas políticas y sociales, no simples prerrogativas estatales.

Tomé el cuchillo con el que arrebaté la vida de sus compañeros, atravesé la puerta. El rostro de mi contrincante se puso pálido, esperaba que no llegara. Desenfundó un revolver, yo esperé la bala caminando

a paso seguro hacia su dirección; la mano le temblaba, sabía las consecuencias que tendría el dispararme, mi confianza lo aterraba, varias gotas de sudor se formaron en su frente. Yo no tenía ni cadenas que perder.

Los ojos se posaban en su arma, la guardó poniéndose de pie y dándome la bienvenida a “su” humilde morada. Intentó ofrecerme un puesto como lugarteniente, la desaprobación era general, un coloso cuyos pies de barro se quebraban. Ganaba apoyo al avanzar, tomé el puñal enseñándolo en señal de provocación, me sentía sereno.

Él se acercó, un objeto plateado era lanzado de una mano a la otra, se veía como un bajo criminal tratando intimidarme. La batalla fue corta, él se lanzó contra mí, lo esquivé con una frialdad que hacía parecer al mito como una realidad, clavé el arma con furia y fortaleza. No hubo ni una palabra, solo se percibían los murmullos del viento, ese mismo que me llevó a la lucha por el poder, aquel que me incitó a convertirme en homicida. Por un instante me sentí victorioso.

El edificio estalló en aplausos, ingresé en la casa. Algunos sujetos se acercaron para pedirme órdenes, mi mente se ausentó, un tal João dijo que no me molestaran. Solo deseaba dormir, todos salieron de mi casa y ese sujeto se hizo cargo. Me proclamó líder, pidiéndome encargarse de las operaciones. Me reuní con él en la sala, mi orden fue clara ¡Ni un hurto más! Él asintió.

Mi autoridad era de papel, mis instrucciones fueron irrespetadas, João siguió adelante con el plan de Jean, los saqueos iniciaron en las partes más alejadas de la

morada en la que residí. Acrecentaron la historia de mi combate, me mostraban como un tirano que impondría orden y recompensaría a los que me ayudaran. Al mismo tiempo una jauría buscaba eliminarme, yo solo era una cortina de humo que ignoraba al mundo, que ocultaba a los verdaderos titiriteros.

El egoísmo se me contagió, sucia enfermedad. Gasté los días fuera de la ciudad buscando una salida, los caminos me traían de vuelta una y otra vez. Ignoraba lo que acontecía. Cuando regresé, cansado y desesperado, múltiples obsequios llegaron a mi palacio, mas no bebí una sola gota de su vino ni probé bocado de sus canastas. Dudaba de la sinceridad de quienes lo enviaban, ni siquiera los conocía, así que guardé la comida para un banquete al que invité a cada uno de los que a través de un regalo intentaban mostrar respeto, pues, confirmaría o desharía mi sospecha, la actitud que tomaran frente a los alimentos que esperaban yo comiera.

Al igual que a Julio César me querían ver extinto, su más grande deseo era el poder tomar mi trono, arrancar la corona de mis frías y muertas manos, lanzar mi cadáver para cenar en el edificio mientras los carroñeros consumían la carne del tirano depuesto. Simplemente buscaban gozar de la superioridad frente a sus semejantes. Ante los gregarios yo era un mito, ante la cúpula una intolerable molestia.

Traidores hipócritas maquinaban mi muerte, aquellos inicuos y alevosos personajes solo deseaban el poder. Ya tenían mansiones, joyas, metales preciosos, las más tiernas carnes, los mejores frutos que da la tierra,

dulces licores y demás comodidades, pero como se dice popularmente: *la codicia rompe el saco*. Permanecía en un estado de ignorancia preocupado por mí, todo se derrumbaba a mi alrededor sin darme cuenta.

Era cuestión de tiempo, permanecía taciturno al haber matado, todas las vidas que quité se acercaban en las noches, me acosaban. Yo no pedí ubicarme en la punta de esa organización criminal. Decidí utilizarla para reformar ese mundo, por un instante me creí la mentira, el que tenía un poder real. Nada podía hacer, fui un pequeño bache que surgió en una ocasión desafortunada para ellos y para mí. Esa velada era menester tomar un papel relevante.

Esperaba con calma, leyendo *Un mundo sin sueños* y pensando en Alsacia. La noche de la cena una turba armada se tomó por asalto el edificio, derribaron puertas y lanzaron antorchas por las ventanas rotas, las cortinas alimentaron las llamas con las que buscaban sacarme para ser soberanos y llevarme al patíbulo encadenado como un perro. La idea de estar ahorcado, decapitado o fusilado me invadió, tomé mi vieja y sucia chaqueta, en cuyos bolsillos guardé el pequeño libro y el reloj.

Ante la desesperación salté por la ventana cayendo en un naranjo del patio, el único ser que me tendió una mano, me oculté en él y esperé hasta la alborada. Los dos días que habían pasado desde mi enfrentamiento con Jean sirvieron para prepararlo todo, solo era una modificación de objetivo: no moriría él, ahora acabarían con su asesino.

El número convierte al ser humano en la más salvaje y brutal de las bestias, la fuerza de la masa; solo pasaba una idea por la mente de aquella ingente cantidad de personas, arrancar la sangre de mis venas. Buscaron como sabuesos en cada edificio, me salvé pues no revisaron con suficiente cuidado el patio, al amanecer se retiraron. Bajé, tomé unas cuantas frutas, una de las botellas de vino y un cuchillo.

La ciudad se tornó peligrosa, la multitud embriagada saqueaba las casas de sus vecinos bajo la batuta de João; los más cercanos al “líder” obtenían las mejores partes del saqueo. En media semana la ciudad ardía, los azares del destino me lanzaron al ruedo, estaba en un océano furioso en el que pronto me ahogaría.

La canallada consumió su suntuoso mundo, el grupo de maleantes se fragmentó obedeciendo a diferentes cabecillas y a sus egoístas intereses, causando la guerra que narro a continuación. El conflicto permanecía latente en esa sociedad, solo llegué en el peor momento posible.

Múltiples grupos se formaron, (ya existían solo permanecían ocultos esperando el momento adecuado). Eran diminutos salvo dos: el presidido por João y el de Jerónimo, antigua mano derecha de Jean que preparaba su muerte, un trofeo que en una acción estúpida le arrebaté. Los ejércitos eran reclutados cada día, grandes oradores exhibían la magia de Demóstenes y Cicerón, las personas marchaban en un proceso de descomposición acelerado.

Más de un mes pasó, ocultarse era más sencillo pues algunos edificios quedaban desiertos, la gente se ocultaba en los principales, atrincherados con las armas que no escaseaban como todo lo de aquel mundo; los secundarios eran abandonados. João dejó de buscarme, tal vez ya había muerto en algún combate callejero; en cambio Jerónimo mantenía un reducido contingente de sabuesos tras de mí.

Yo era un extranjero perdido. Tres meses tuvieron que pasar para que el conflicto llegara al grado más alto de intensidad. Un vagabundo errante, en eso me convertí, viviendo en un mundo que se hacía trizas. Solía permanecer días enteros ebrio, no era mi culpa, pero mis entrañas eran devastadas con el filo del recuerdo, la vaga sensación de que tal vez hubiera podido hacer algo después de la muerte ¡Por qué es tan débil la carne! ¡Por qué se sume en los pensamientos cuando debe actuar! Gritaba al reventar las botellas contra un muro.

Masacres, tortura, asesinatos selectivos, tácticas de *tierra arrasada*, mutilación de senos, cercenamiento de miembros colocándolos en el interior de los cuerpos abiertos a modo de *jarrón*, desaparición de los cadáveres del enemigo y la utilización de violencia sexual. Tácticas que fueron utilizadas por los grupos paramilitares durante el Conflicto armado colombiano y replicados por las tropas que buscaban la hegemonía de aquel desdichado, aunque fastuoso mundo.

Los días pasaron sin que la diosa Fortuna girara su ruleta, la brutalidad aumentaba. Huía sintiéndome culpable por no haber muerto como otros. Heridos

lloraban al lado de sus extremidades mutiladas, mientras que las mujeres eran víctimas de la más cruenta violencia física, psicológica y sexual, pues sus victimarios las acusaban de pertenecer al bando contrario y las tomaban como botín de guerra.

Los suntuosos palacios se inclinaban ante el fuego, las calles y plazas se convertían en trincheras, al mejor estilo de Corinto, barras de hierro, lozas donde los andenes eran de piedra, carros y barriles se enlistaron en las murallas, mansiones se transformaban en terrenos con pretensiones de imbatibilidad.

Cada centímetro se hacía valioso en una guerra en la cual el ángel de la muerte se erigía como el único vencedor. Los antiguos canales que hacían brillar la arquitectura por sus cristalinas aguas se tiñeron de rojo, los parques, plazoletas y vías devinieron en Verdín y Stalingrado, las fuentes de agua fueron envenenadas y la tierra arrasada, la principal arma era el *terror*.

Es por eso que descabezaban a los del bando contrario para jugar fútbol, teniendo por testigos a rivales capturados. Dentro de sus escuadrones adiestraron a sus hombres para que torturaran, desmembraran e hicieran de la dignidad humana un concepto borrado de la memoria colectiva, y sobre este se irguiera un concepto que sempiternamente debía quedar grabado en el pensamiento del contrincante: *miedo*.

La culpa me consumía, el dolor me destrozaba. Cuando volví en mí, tomé a un par de personas heridas y las ayudé, su reacción era similar a la de Juana el día

que nos conocimos. Permanecí tres días con ellos, por desgracia eran enemigos, uno mató al otro y escapó; era un mercenario de Jerónimo, la noticia de que el fantasma seguía con vida se expandió con una enorme rapidez.

Poco tiempo pasó para que todo empeorara. Sonaron las alarmas, João estaba muerto y yo era el prófugo más buscado. Recuerdo que salí con tranquilidad, me senté en un banco; a mi vista se exponían ramas quemadas, cuerpos baleados, residuos de metralla y árboles caídos en un lugar que antes se llamaba parque. Estaba imbuido en estos pensamientos cuando una patrulla de Jerónimo llegó al redactor de estas páginas. Me rodearon sin que yo los percibiera, estaba demasiado distraído en el dolor, me sumergía recordando múltiples imágenes tristes y penosas.

Entre la bayoneta y la tortura me encontré, ya esperaba la visita de la muerte, pero, las órdenes que llevaban los que cargaban las armas eran distintas. Ellos debían capturarme. Un murmullo recorrió la ciudad, se decía que el homicida de João huía por las calles, mi nombre estaba escrito en la lista de los sospechosos (aunque por la información de su soldado Jerónimo sabía que yo era inocente), me lanzaron al suelo y ataron mis manos. Empezamos a caminar a un edificio que adecuaron como prisión, pues este pensaba exhibir al asesino como un nuevo trofeo para su psicópata colección.

Ante el magnicidio de João, Jerónimo permanecía como dueño absoluto de un reino en llamas. Cuando

visitó las mazmorras donde estábamos reclusos ordenó que los presos saborearan tormentos en sus cuerpos, viéndonos reducidos y sufriendo, probando en nuestras carnes los mismos vejámenes que narró de Las Casas, emulación de un pequeño libro.

Decidió entrevistarse conmigo. —Una gota de vino, ¿verdad? Así murió la anciana. Sabe, le agradezco a usted por permitirnos ver el cuerpo, el dejarlo en el bosque a nuestra merced. Su muerte iluminó mi mente, así cayó João. Como usted bien sabe, necesitaba deshacerme de él, sus subordinados se morderán luchando por el pedestal que ocupó (imaginarás la imagen en que pensé). Ingresé a su casa con la intención de “acordar” una tregua, cosa que también debo agradecerle a usted, pues usé como excusa su fuga. Obviamente aseveró que usted ya habría muerto. En un intento de cortesía me ofreció vino, un segundo de distracción y un par de gotas de veneno cayeron en su bebida, me negué a tomar el licor antes de que él lo hiciera hasta la última gota de su copa. Tomó con tranquilidad. En cuanto al trato...—.

Un joven ingresó a la improvisada oficina, una contraofensiva estaba tomando posiciones estratégicas con rapidez, Jerónimo se despidió con un ademán cortés, prometiendo volver y terminar tan “amena” conversación. Regresó al cabo de unas horas, las órdenes fueron dadas. —¿Dónde íbamos? Sí, trató de seguirme, no me mató en su casa pues, tal y como yo esperaba, envió un puñado de hombres a rastrear mi base. Cayeron en la trampa y a esta hora reposan con su jefe ¿Qué tan idiota y confiado hay que ser para

permitirme entrar en su casa? El veneno tardó en hacer efecto...—.

Lo interrumpí, su relato me irritaba. Quería decirle algo, en el momento que se ausentó le preparé un presente: un pequeño escrito, un fragmento que debería escribirse en las biografías de él. Esperaba que esto lo sacara de quicio, me enviara directo al patíbulo y terminara con la agonía de vivir. Escuchó en silencio; un gesto de rencor se dibujó en su rostro, al final esbozó una fría sonrisa y aplaudió mi *arte* como lo llamó con ironía. A continuación, coloco una parte que recuerdo.

Gotas de veneno corren por mis venas

*Sin importar que los anales llenos de seres como
Hitler y Stalin estén,
ningún mortal mi ejemplo ha de imitar,
pues, para la humanidad ese es el más grande desdén.
junto a Calígula, Nerón y Heliogábalo
mi nombre ha de reposar.*

*Encarnación de las órdenes soy,
yo detento el poder,
y a cada paso que doy,
más cerca estoy de perder.*

*Si construyera un nuevo imperio,
hogar sería de abyectos y miserables,
morada del temor y el desprecio,
atiborrado de pusilánimes.
He sido carcomido,
por la ambición que me muestra,*

*el deseo dormido,
pues la codicia es mi maestra.*

*El gran megalómano,
eso soy en mi puesto,
sosteniendo el cetro de tirano,
aniquilando todo lo que detesto.*

*Ahora al traidor no se destierra,
el destino de Alcibíades,
jamás probaré en mi tierra
esta, atiborrada de futilidades...*

Ya sabía quién era el asesino, pues lo tenía frente a mí. Se sentó en una butaca para explicarme el motivo de mi cautiverio y el de los otros reos —Qué mejor que eliminar un ser mitológico para insertarse en la historia, gran honor acabar con el homicida que terminó con Jean frente a todos nosotros, con João como dicen las “malas lenguas” y cuya fama crece como espuma, es un botín de mayor envergadura que la sangre de mi aborrecido enemigo. Los otros servirán para mostrar qué pasará si me desafían—. Continuó hablando, lo ignoré sumido en un profundo sentimiento de dolor, revisando mis recuerdos, como absorto permanecía Narciso contemplando su reflejo.

Un fuerte golpe me derribó, escupí sangre y me quedé en el suelo. Jerónimo inició un monólogo de las riquezas que obtenía, los lujos, los botines, la sangre; duró cerca de una hora insultándome. Ordenó que me sacaran de la celda, para dejarme en un recinto vacío. Yo sería el último al que llevarían para probar el potro.

Sin importar lo que confesarán los torturarían, poco importaba la verdad, lo que interesaba era el miedo.

Al retirarse los guardias caí en la melancolía y deseé estar condenado al rincón de la infamia, yo me consideraba el más bajo de los seres que ha existido. Meursault no tenía un gusto mayor por la vida. La soledad guardaba mi llanto y abandonado en el edificio que hacía las veces de cárcel, escribí un texto para mí que recité durante varias horas.

De la debilidad de mi carne

*Vengan canallas por mí,
mátenme con un puñal por la espalda,
yo desdichado viví,
tranquilos, no habrá resistencia de espada.*

*La luz se ocultará,
ante la sentencia final,
la obscuridad imperará,
el destino de un criminal.*

*Las fuerzas me fallan,
la moral se quiebra,
pues las salidas no hallan,
cuando la eternidad se muestre negra.*

*Espero la tortura,
los tormentos a mí,
se acerca la hora,
esa que algún día temí.*

*La muerte llegará,
cadáver seré,
la vela se apagará,
yo pereceré.*

*Ni una lágrima,
cuando toque la parca,
ninguna gota paupérrima,
cuando repose anónimo, sin marca.*

Sumido en la depresión blasfemé contra mis padres por haberme dado la vida, siendo el único sobreviviente y el más infausto de los reos. Las horas pasaban cubiertas de dolorosos gritos, alaridos que desgarraban los tímpanos cuando sus carnes y huesos eran destrozados. Esperaba al ejecutor y si él no llegaba, ni la persona que lo hizo, yo habría dado mi alma al segundo recinto del Séptimo círculo infernal.

Oí el sonido de la puerta, me encontraba sentado en el suelo con la cara en dirección al muro. Esperaba la orden que destinara al paredón a aquel triste despojo humano. Respiré y sentí un suave abrazo. Alsacia llegó para sacarme, burló a los guardias, hurtó las llaves y se escabulló. Me tomó de la mano mientras sonreíamos, me indicó el camino.

Los centinelas estaban demasiado ocupados torturando con instrumentos medievales a los reos, con el objetivo de tener cualquier confesión. La mayoría cedía a la presión y decían las respuestas esperadas, fallaban pues los detalles de sus descripciones se alejaban demasiado de los hechos, al final eran asesinados.

Una vez afuera caminamos con normalidad, sin dirigirnos palabra y evadiendo a las patrullas que buscaban cualquier indicio de traición, la paranoia fue la que en realidad se sentó en el trono. Los edificios ardían se escuchaban gritos desesperados, le pedí que evitáramos algunas calles pues esperaba que hubiera francotiradores apostados en los techos, ansiosos por disparar ante el mínimo movimiento. Por otra parte, deseé que ella viera la magnífica plaza central, un deseo banal e irrealizable.

Caminamos por un par de horas hasta salir de la suntuosa ciudad, tomamos un pasaje oculto en el bosque y llegamos a la ribera del río que servía de desagüe a la población; ahí un viejo, con el cual Alsacia ya había pactado, nos obsequió su bote en que recogía la “basura” que flotaba.

Antes de partir le pregunté ¿Cómo me encontró? Ella respondió que hace algunos días había llegado al bosque, de su memoria se había borrado la forma en que lo hizo. Se quedó con el anciano, ocultándose de todo lo acaecido en la urbe; el viejo salió una tarde y al volver le contó los rumores del sujeto que mató a Jean, ella escuchó con atención, la sorprendió el parecido de la descripción, cuando se anunció mi nombre y que fui capturado por Jerónimo entró en la ciudad, buscando la cárcel con la dirección que le indicó su hospedero.

Me alegraba abandonar el lujo, respiraba con tranquilidad, aunque mi pecho sentía la presión de la impotencia, de la incapacidad para solucionar la ingente cantidad de problemas que un mundo con una

condición social paupérrima gestó. También sentía algo de emoción al tener a mi lado a Alsacia, pero al mismo tiempo sabía que la conversación que me esperaba sería compleja.

Recuerdo que tras contarle todo, le pregunté el motivo que la impulsó a irse, su llanto cayó, sus lágrimas blancas brillaban a la luz de la luna, se veían hermosas bajo los haces del principal astro nocturno; se recostó en mi hombro y lloramos con amargura, ella un dolor que destrozaba su pecho, yo las penas completas que cargo en la conciencia. Jamás hablamos de lo que pasó, nunca supe por qué se fue.

Llegamos a un punto en donde el cauce se bifurcaba, nos orillamos, guardé silencio, me paré caminando fuera del bote, esperaba en el fondo que ella se levantara e impidiese que me fuera, pero, al darme la vuelta estaba la soledad acompañando mi dolor. Estoy seguro de que corrió con el corazón hecho pedazos, tomó su decisión.

Volví al bote, desconocía el lugar en el cual me encontraba. Me recosté y rogué terminar en la nada mientras pensaba que a lo largo de la historia el grueso de la humanidad no ha sido feliz, que jamás ha vivido con tranquilidad y que seguramente ese tiempo nunca llegará. Desaté el bote y dejé que el agua decidiera mi destino. En algún punto del trayecto me quedé dormido y desperté en una laguna, su apariencia era de ciénaga. Me puse de pie, me acerqué a la orilla y desembarqué.



Del olvido

Este mundo era el menos impresionante de todos, sus casas se ubicaban en postes que las protegían de las repentinas inundaciones que acaecían y del lodo que dejaban a su paso. Sus habitantes andaban cabizbajos y rara vez se dirigían la palabra. Su vestimenta era idéntica, usaban: sombrero de paja, botas negras que se tornaban ocres, grises y pardas por el barro, camisa blanca y pantalón gris.

Traté de entablar una conversación, pero aquellas sombras antropomórficas, ignoraban a los demás, caminaban a diferentes velocidades, pero sin mirar a otras personas a los ojos. Nadie me prestaba atención. Ya para este punto mi conocimiento acerca del ser humano estaba fuertemente impregnado de una sensación extraña, árida y seca, un sentimiento de zozobra.

Decidí subir a una de las viviendas, entré con algo de curiosidad esperando que el dueño me expulsara; para mi sorpresa ninguna persona me impidió entrar. Había seis o siete, no recuerdo con exactitud, cada una recostada contra los muros en silencio. Me senté al igual

que ellos y me dispuse a pensar en Alsacia, pero ese lugar me intrigaba, motivo por el cual me levanté para interrogar a una de las personas que se encontraban allí.

El sujeto me miró con una expresión de terror, se puso de pie y salió corriendo, saltó los cuatro metros que separaban al suelo de la vivienda, se lastimó las piernas al caer. Me causó algo de risa, los otros moradores se levantaron y salieron de la casa; yo me recosté en el suelo de madera, tenía astillas y olía a moho, me dormí esperando despertar en el sillón de mi hogar, con la posibilidad de cenar algo decente y deseando que todo no fuera más que una larga pesadilla.

Al levantarme encontré una pequeña niña que dormía a mi lado, hasta cierto punto me recordaba a mi sobrina, Isabel; la moví, ella me miró y le realicé múltiples preguntas, sus respuestas eran secas y en casi todas las ocasiones era —No sé—, solo pudo responder una, su nombre era María. Nadie recordaba un mundo distinto, ni nombres anteriores a los que se ponían a sí mismos.

Revisé con cuidado cada rincón de la casa, encontré un par de botas que me quedaban algo grandes, una camisa vieja, un pantalón desgastado y un sombrero; solo me puse este último. María no sonreía, no corría ni jugaba, permanecía tiesa como si estuviera hecha de cemento, el tono de su piel no contribuía a modificar esa opinión; intenté sin éxito hacerla hablar.

Durante la tarde salí a buscar algo de comer, en realidad no tenía hambre, pero esperaba degustar algo,

tal vez un mundo que expresaba pesar hasta en su triste cielo nuboso y oscuro tuviera un plato exquisito como los que probé en casa de Juana.

En mi camino encontré una camisa, rodeada de un charco de sangre que se mezclaba con el barro tomando una tonalidad vino tinto opaco y pequeños trozos de carne rasgados que me parecieron humanos. Regresé al lugar en que me hospedé sin encontrar a la niña.

Salí con desesperación, vi a una niña correr a lo lejos, salté y la seguí. Gritaba al avanzar por el barrizal, las transeúntes me miraban con extrañeza. A medida que andábamos se acortaba la distancia entre nosotros, hasta que llegamos a una casa; ella subió y obligado por un sentimiento de responsabilidad la imité. El borde de la puerta estaba atiborrado de termitas, en el interior las telarañas llenas de polvo colgaban del techo.

La encontré en un rincón profundo y oscuro del inmueble, acurrucada en el suelo tarareaba con lentitud una canción infantil. Su ropa se veía rasgada, en mi memoria resuena un leve llanto que decoraba su música como el paisaje al personaje de una pintura. Me acerqué despacio, mirándola para evitar cualquier clase de sorpresa, sin embargo, al encontrarme absorto en la pequeña descuidé cualquier otro detalle y me resbalé con el pie de una persona que no vi.

El sujeto se levantó, dándome un fuerte puñetazo en la mejilla izquierda, en esta ocasión me mantuve en pie y a oscuras intenté golpearlo, me empujó con fortaleza y en la refriega terminamos cayendo de la casa. María

salió, quedándose en el borde, mirando en silencio. Pateé a mi contrincante en la cara, creo que le tumbé un diente, él escupió sangre y me lanzó barro al rostro, acto seguido intentó pegarme, pero antes de que lo lograra yo lo golpeé con un palo que estaba cerca al sitio en el que caí.

Las personas nos miraban, mas no se detenían, les llamaba la atención el ver a dos animales salvajes en una riña, pero no lo suficiente como para dejar de avanzar. Dos o tres golpes de mi arma bastaron para que me coronara campeón, mi rival se paró tomando la dirección opuesta a la que yo me encontraba. La niña bajó, me miró y empezó a andar, caminé a su lado sin hablar, hasta que regresamos a la casa de la que originalmente habíamos partido, el lugar en que nos “conocimos”.

Al llegar notamos nuevos rostros, dos nos miraban con indiferencia el otro dormía en “mi” pared; me senté junto a María, hablamos sobre Isabel, eso parecía entretenerla, también le conté de Mace, le sorprendía que existieran pequeños seres peludos, con orejas y cuatro patas. Le pedí que dibujara en el lodo cómo pensaba que eran los felinos, bajamos, le entregué mi bastón para que trazara la forma, no parecía muy entusiasmada con esa actividad, pero lo hizo bastante bien por lo que fue nuestro motivo de conversación hasta que nos quedamos dormidos.

Mientras el sol salía ella se despertó, me miraba y no me reconocía, se volvió a presentar diciendo que se llamaba Julia; al día siguiente pasó lo mismo, solo que

su nombre era Octavia, después se convirtió en Claudia, luego llegó a ser Adriana, transformándose a la mañana siguiente en Alejandra, para cambiar a Juliana, en un par de días solo le faltó ser “Trajana”; sin importarme eso siempre la llamé María, algo que no le molestaba.

Todo el tiempo lo pasábamos al interior de la edificación, a cada nuevo visitante le inventaba una historia que le contaba a la débil criatura, en ocasiones los sujetos de mis falsas narraciones se acercaban a escuchar. Al ocultarse el sol ella se dormía hasta el nuevo amanecer en que la situación se repetía, de esa forma logré mantener una compañía constante, viéndome obligado a hacer lo mismo cada día.

Las personas que entraban en la casa padecían de un mal semejante, algunas se quedaban un rato, otras un par de noches, pero hubo un joven que permaneció. Jamás hablamos, era como un perro que duerme en la acera de enfrente, al que crees conocer, a veces saludas con un gesto, pero carece de importancia para ti. La vida era monótona y aburrida, pero al menos no sufría, a pesar de eso, solía pensar en la ropa ensangrentada que vi el primer día de mi estancia en aquel lugar.

Cuando me aburría solía sentarme en el borde de la casa, contando las personas, situación que me mostraría las dificultades que tendría que padecer en aquel mundo. El aparente descanso duró un par de semanas tras las cuales uno a uno empezaron a desaparecer los que se encontraban en esa ínfima población. Al principio la noche era el manto que cubría al secuestrador, situación distinta a cuando se hizo patente la ausencia de un número considerable de sus moradores. El deseo

del ladrón de humanos fue implacable, incluso el día de dejar de brindar protección, quedarse solo era sinónimo de ser sustraído.

El joven residente del palafito en el que me hospedaba fue secuestrado cuando salí a caminar con María en busca de alguna salida, lo noté pues al volver había sangre en el lugar que tomó como dormitorio. El día siguiente a su desaparición los otros pobladores no lo recordaban, era como si nunca hubiera existido. La gente dejó de regresar, tal vez encontraban la salida o la muerte, que en mi mente se asemejaban por no decir que se hacían iguales.

Al carecer de memoria era un universo sin tiempo, solo existía el hoy, el presente que se desvanecía sin importancia, sin grandes apuros ni titánicas glorias. Tristes y míseros yacían en las casas de madera o en el fango, anhelando en lo más profundo de su ser, a cada suspiro la grandeza de Escipión el Africano o de Milcíades, esperando en su ignorancia a ser uno de los olvidados. En ese preciso instante saqué el libro de mi bolsillo y escribí lo siguiente:

El polvo que será el mármol

*No temo a la muerte a la que temen los otros mortales,
temo a ese fallecimiento al que llaman olvido,
ser por completo destruido
borrado de los anales.*

*A ser convertido en polvo,
algo de lo que nadie sabe y a nadie importa,*

*caer cuando el hilo se corta,
beber el venenoso sorbo.
Y mi mente le intenta hacer trampa a la naturaleza
de mi cuerpo,
tratando de inmortalizarme en estatuas de mármol
y roca, en libros de historia,
venciendo a la muerte al probar la gloria.*

*Rejuveneciendo en mis sueños,
si antes la vida no pierdo,
matando así mi primitivo miedo.*

Hoy en día me doy cuenta que el hombre ha construido su grandeza, ha diseñado los parámetros, creado poemas épicos y levantado estatuas, encumbrando a algunos bajo las normas de la conquista, pues, como muestra San Agustín, lo que diferenciaba al Magno y a un vulgar pirata era que el primero saqueaba ciudades el segundo barcos, recibían el título de emperador y ladrón respectivamente.

Nuestras sociedades (léase las que se impusieron con la espada y el fuego) han creado los estándares para que el recuerdo mantenga a unos y deje al resto, para que la historia se resista y evite que determinados aspectos del pasado se conviertan en polvo, pero, todos moriremos con el último de nuestra especie, ahí está el final, he ahí el destino, solo somos colosos ante nuestros ojos.

María debía tener la misma edad de Isabel, más su comportamiento era muy distinto, ni siquiera en un anfiteatro había tan poco ruido. Hice un muñeco con la

camisa que encontré, se lo obsequié con una sonrisa, ella la recibió con agrado, pero lo dejó olvidado a un lado al poco tiempo; también probé con la música, (recordarás que canto de una forma espantosa), sin obtener el objetivo deseado: verla feliz.

Pensé que el exterior le sentaría bien así que la obligué a salir, andaba enfocando su vista en el lodazal. Oí un grito, una línea aguamarina se veía a lo lejos, pequeñas figuras corrían hacia donde yo estaba, miré con atención y entendí por qué el suelo permanecía húmedo, era una ola. Me sobresalté, giré la cabeza en dirección a María tomándola entre mis brazos y corrí huyendo de la monumental cantidad de agua. Me refugié en la casa, confiando en su altitud, no obstante, el líquido se filtró por el techo y las paredes, pensé que no resistiría, por lo tanto, quedaríamos sepultados entre la madera, el agua y el lodo.

Abrí los ojos, soltando a María pues la abrecé mientras la situación se mantuvo, dos personas más se encontraban en la única habitación; tomé la mano de la pequeña y nos asomamos, una película de agua lo cubría todo. El sol secó el valle en un par de días, formándose una densa niebla, el nivel del agua bajó a un punto en el que podíamos caminar; consideré que era necesario buscar un punto más alto para residir con relativa tranquilidad. Sabía que nos arriesgaba al salir.

Había una montaña a algunos días de viaje, se veía lejana, pero pensé que era nuestra mejor opción. El estanque formado permaneció unas cuantas horas después de nuestra partida, la cortina gaseosa llenó

el aire impidiéndonos ver alrededor. Caminamos, guareciéndonos en cualquier casa en las noches, cada vez veíamos menos personas, la situación se tornaba crítica.

El sol brillaba cuando llegamos, escalamos con la esperanza de ver algún lugar donde descansar y vimos una pequeña grieta entre los muros de roca, ella corrió hacia la entrada. En ese momento se me ocurrió que si algún animal era el responsable de las desapariciones podía dormir en aquel lugar, esa idea me aterró, traté de llevarme a María que se encontraba justo enfrente de la abertura.

Una voz retumbó y el eco me invitó a mostrarnos, nos sumergimos en la gruta sin poder ver nada (entenderás que empecé a sufrir de nictofobia después de lo de Laureano). En el fondo de ella estaba un anciano sentado sobre un trono carmesí y negro, pronunció mi nombre. Estupefacto me quedé de pie, hasta que María corrió hacia él, saltó a sus piernas y se sentó en su regazo, a nada se opuso, pues, la ternura de aquella niña hincaría a sus pies a cualquier monarca.

Se levantó con algo de dificultad, su barba blanca era espesa y larga. Me pareció extraño que supiera mi nombre, él debió adivinar mis pensamientos por la expresión de mi rostro. Al decirme que yo me presenté con María en múltiples ocasiones y por eso me conocía, sembró más dudas que las que despejé, sonrió con gesto afable, pidió que me sentara.

Inició por contarme que él conocía todo lo que es olvidado en el pueblo, era un cúmulo de recuerdos que

no le pertenecían. Solo sabía de un ser del que no poseía la memoria, la mía, por ende, me interrogó para saber si yo guardaba el pasado en mi mente.

Le pregunté por las desapariciones, me explicó que un ser se alimentaba de las personas que llegaban ahí; se ausentaba por un tiempo recorriendo otros mundos para consumir carne fresca, comiéndose a la gente que caía en sus garras. Su forma podía variar, dotándose de poderosas formas para vencer a sus presas y devorar la carne que pasara cerca de sus fauces.

Me la describió, era una criatura cubierta de pelo café; un solo par de patas que tenían garras sobre las que se sostenía, esto le permitía trepar por la madera y correr sin resbalarse en el fango; su hocico era redondo, cargado de filosos dientes que se cruzaban, era como una trampa que al halar limpiaba la carne de los huesos; en la punta de su cola tenía una garra curva que usaba para defender su parte trasera; además veía por seis ojos en 360 grados; sus fosas nasales eran similares a las de un vampiro.

Él dijo que para conocer dónde estaban los cuerpos desaparecidos me dirigiera a un edificio distinto a los demás, me indicó el camino que debía seguir. Para aquel venerable y egregio anciano la idea de desafiar al monstruo devorador era un suicidio que incrementaba el número de cadáveres y los platos en la mesa de ese ser que vivía de nuestras muertes.

Tras un suspiro cerró su conversación con lo siguiente: —Todo se pierde si nadie puede recordar ¿Quién tendría la capacidad de conquistar la victoria

sin conocer la misión? Es importante la memoria, pues, *historia magistra vitae est*, y uno de los principales campos de lucha por las mentes, la conciencia—.

Durante la madrugada dormité un rato en un cojín que el anfitrión nos brindó, pero, cuando empezaba a caer en los brazos de Morfeo, María se despertó y gritó al no reconocernos y hallarse (al igual que cada mañana) en un lugar desconocido. El no estar en los palacetes la afectó, la invité a salir y ver dónde se hallaba en el pie de la montaña, cuando lo hizo se tranquilizó volviéndose a presentar.

Las desapariciones continuaban sin que nadie se percatase, así que ante la posibilidad de que le ocurriera a María decidí marchar desde la cueva del ermitaño hasta el hogar del carnívoro. Él apoyó mi sentencia con poco agrado, sabía cuál era mi determinación. la consideraba un suicidio innecesario, más teniendo yo el hermoso don de recordar, aceptó cuidar a la pequeña y con él dueño del tiempo, un tiempo humano, la dejé. Antes de partir me obsequió una daga.

Bajé de su gruta en la dirección que él me indicó, se despidió diciendo que fue grato conocerme y deseándome suerte pues necesitaría un milagro para conquistar mi objetivo, matar al ser que desaparecía a las personas. Caminé en línea recta por donde el anciano me señaló, él dijo que reconocería el lugar sin ningún problema. Volver a un recuerdo.

El inmueble era idéntico al lugar en el que hallé a Mace, donde vi el cadáver de Juan, salvo porque parecía más pequeño y se hallaba sostenido con postes, no

al nivel del suelo. Subí a la estructura, me asomé con la intención de encontrar al animal devorador de hombres. Las proporciones no coincidían con las que debería tener, era considerablemente más grande en el interior de lo que mostraba la fachada.

Entré, había un par de muebles que por su aspecto parecían más antiguos que la misma vivienda, en el suelo se podían ver jeringas, botellas de alcohol y cenizas. Un leve olor a descomposición llamó mi atención, en el centro de la sala veía un sofá, encontré la parte superior del tronco de Juan. Subí, los escalones de madera crujían, algunos estaban rotos lo que dificultó mi ascenso, vi una cama y una mesa como mobiliario en una de las habitaciones del segundo piso.

La noche llegó y su oscuridad se imponía. Este era el único edificio con puertas. Avancé con cautela hacia la pieza frontal, la cual estaba vacía. Al acercarme al compartimento contiguo pude escuchar cómo se quebraban los huesos, sonaba el lento masticar del espantoso ser que yo venía a aniquilar; con velocidad y el máximo silencio que me fue posible entré a la primera alcoba.

Salió del cuarto por diez minutos aproximadamente, ingresé ocultándome en las sombras esperando la oportunidad para acabar con ella. Esa cosa ingresó en el preciso instante que me acomodaba para quedar mirando el centro de la habitación. Arrastraba algo, el cuerpo de una persona, su paso era lento. Colocó el trozo de carne inerte encima de una mesa, frente a

mí se encontraba atiborrándose de piernas, cabezas y brazos humanos.

Era demasiado tarde para cambiar de decisión, ahí estaba ocultándome bajo una cama, confiaba que la oscuridad de aquel lugar me permitiera evadir el destino del cadáver, sin embargo, quería huir de tan macabra escena. El nauseabundo hedor me mareaba, la bestia dejó de comer y empezó a avanzar en mi dirección, me adentré lo más que pude hacia el rincón, el recinto carecía del mínimo haz de luz.

El corazón me latía con brusquedad, desconocía los movimientos del asesino que me buscaba, trataba de silenciar mi agitada respiración, oía que sus pasos se aproximaban a mi improvisado escondite, el tiempo me destrozaba los nervios, la situación empeoró cuando sentí que subió al mueble bajo el cual me escondía, pude oler su fétido aliento como si estuviera frente a mí.

Se encontraba a pocos centímetros, no sabía si ya había descubierto el escondite, las opciones de que la respuesta fuera afirmativa se multiplicaban a cada segundo. Su mano tocaba el suelo y rasgaba la madera, evité exhalar, pero el límite de mis capacidades se empezaba a imponer.

Me deslicé por el suelo hacia la salida, con los ojos cerrados di la vuelta y me lancé en carrera. Sabía que me seguía, me lancé escaleras abajo. Al escapar conseguí cerrar la puerta, el infernal ser tardó en abrirla dándome la oportunidad de esconderme. Antes de hacerlo pude ver que un joven ingresaba en una casa de la cual era probable que jamás saliera.

Ingresé en una de las habitaciones, cerré la entrada y me senté en el suelo; tras la puerta se oían los pasos, la perilla empezó a girar, se detuvo al sonar el grito del sujeto. La entrada quedó parcialmente abierta, permanecía quieto pues el cerrarla me delataría. Con lentitud me acerqué para observar por el espacio. Eso traía al muchacho, lo halaba de la pierna que aún tenía pues la otra se la cercenó con los dientes, el pobre gritaba implorando piedad.

El monstruo empezó a lanzarlo contra las paredes hasta cansarse, tras la golpiza el infeliz que se desangraba intentó levantarse, un golpe lo tiró justo en frente de mí; sus ojos me pedían auxilio, las lágrimas bajaban por su ensangrentado rostro, la vida se le escapaba. Desesperado gritó —¡Ayúdeme por favor!—. Aterrado retrocedí, en su súplica consiguió revelar el lugar donde me escondía temeroso.

Habrás probado el enorme horror que sentimos a lo desconocido, a veces es peor cuando sabes lo que ves, lo comprendes y piensas que probablemente terminarás en esa misma posición. Y a la luz de la luna, se metamorfoseó de un repugnante ser en una bella dama, su silueta era idéntica a la mujer de la vieja casa donde caí junto a Mace y coincidía con la descripción que dio Juan de la señora que le pidió el favor de extraer la caja frente a los restos de Mariana Caro y Pérez.

Dijo, —Sal de ahí, ya sé dónde estás y no hay lugar en el cual puedas esconderte de mí—. Su suave y encantadora voz me obligó a abrir la puerta, se acercó mientras yo tanteaba la daga; se inclinó hacia mí,

mordió mi oreja y pronunció las siguientes palabras —¿Qué alimento más succulento que las carnes de los habitantes de este mundo? —.

En ese momento pensé que al fin moriría, rayaba en el absurdo que eso se me negara, ella se levantó con una extraña expresión. Se transformó en el hexápodo que devoró a Juan, luego en la bestia de las cavernas, el monstruo del tren, siguió con la criatura del olvido y por último volvió a ser mujer, sonrió con tranquilidad al ver en mi rostro un atisbo de terror. —Solo les devuelvo el favor a los que corren por esos desdichados mundos, solo consumo sus carnes como ellos lo hacen con el mundo. Corriste con una pésima suerte al seguir a mi gato, a mi espía de los que andan sobre la tierra. El mundo no es justo y algunos desgraciados terminan entre el campo minado o incluso atravesados por mis dientes—, fueron sus palabras.

Retrocedí, me aferré a la daga tratando de ocultarla a los ojos de ella. Avanzó sin dejar de mirarme a los ojos, con paso lento y tranquilo. Me abalancé mandando el golpe con toda la fuerza de mi brazo, tan solo para clavar la hoja en el suelo de madera.

Me giré con horror. Ella sonreía mirándome. Halé el cuchillo, ni se movía. Sudaba mientras trataba de mantenerla en mi visión periférica. Por el afán tomé el filo con la palma de la mano, me corté y salté en un gesto de dolor. El espacio se veía pequeño, la sala era un cementerio muy pequeño para obtenerlo como recompensa después de tanto esfuerzo.

Ella se acercó, caminé hacia atrás sin mostrar mayor expresión, ya nada importaba. Alzó la daga, lamió la sangre de la hoja y sonrió, lanzó el arma hacia mí y quedó clavado en la pared tras rozarme la oreja. Cerré los ojos y sentí un suave tacto en el hombro, una mano que empezó a apretar con mayor dureza hasta ponerme de rodillas.

Me observaba mientras me retorecía con dolor sin lograr zafarme. Pude ver su tez clara, un brillo verdoso que atravesó sus ojos además de sus tiernos labios. —Triste viajero, nos veremos en tus sueños y ojalá cometas un error fatal que te traiga de nuevo a mí. Mace te envía saludos y dice que tal vez pase a visitarte en alguna ocasión. Buen viaje al vacío—. Me tiró con violencia al centro de la sala. Sentí un vacío frío, un aire denso e impetuoso que me halaba la piel, hasta que me desmayé.

Desperté en el sillón donde reposó frío y tieso el cadáver de Juan. El cuerpo me dolía, empero, me levanté y salí a la calle, sintiendo el aire de la ciudad que me vio nacer. Caminé cada vez más rápido, hasta correr camino a casa. Al entrar en mi morada grité con escepticismo —¡Isabel! —.

Tan agobiado estaba que perdí la esperanza, solo podía pensar en el hogar al que esperaba jamás volver, llegué a creer que solo era otro mundo de tortura que imitaba mi lugar de procedencia. Todo cambió al verla cruzar el pasillo, ahí estaba mi dulce niña. Tras abrazarla, me dirigí a un espejo, el del baño por ser el más grande de la casa.

Me veía exactamente igual que el día en que comenzó este relato, por un instante pensé que fue un sueño o una alucinación, hasta que metí la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta, encontré el reloj que Alsacia me obsequió junto al pequeño libro que contenía el breve relato, *Un mundo sin sueños*.

Las semanas transcurrieron, las vacaciones de Isabel se tornaron comunes, salíamos al parque en las tardes y en las noches le leía algún cuento de las antologías que me han publicado. El gato no apareció en el tiempo que esa tierna niña me acompañó; a menudo pensaba en el felino. Jamás tuve el valor de reingresar en esa casa.

Como bien sabrás hace algunos meses la policía vino por mí, por ser el principal sospechoso por la desaparición y probable asesinato de Juan. Mis huellas estaban en la escena, mis zapatos esparcieron rastros de sangre por la casa, hubo personas que testificaron mi presencia en aquel inmueble. Toda la evidencia resultaba incriminatoria.

El juez de control de garantías aceptó la solicitud de la Fiscalía de ponerme a recaudo mediante medida de aseguramiento, porque a su juicio era probable que me fugara y que la horrible escena era una clara demostración de que yo constituía un peligro para la sociedad. En oposición mi defensa nada pudo objetar. Así terminé en esta prisión, a la espera de un juicio que se pierda en las marañas de nuestro sistema penal.

Nunca te dije para qué te solicitaba los instrumentos de escritura que me brindabas, seguramente habrás

pensado que iba a confesar o tal vez que redactaría una larga carta de suicidio. Un simple trozo de papel para exteriorizar los recuerdo que quiero olvidar, aunque estarán ahí hasta que me una a la nada, al vacío absoluto, a la muerte.

Te dejo este libro como un último regalo, un regalo de alguien a quien seguramente se le considerará un loco, un loco que alegará su demencia para salir de esta prisión. Queda a tu consideración si creerme o al alegato, a una historia que parece arrancada de las más sórdidas cavernas oníricas o a la versión oficial, a mi cordura o a la demencia que me achacan.



Sebastián Fonseca Trujillo



Nació en Bogotá el 30 de septiembre de 1999. Es estudiante de los programas de Ciencia política y de Derecho en la Universidad Nacional de Colombia; adicionalmente, es estudiante de la Escuela de formación en Literatura del Centro Cultural Bacatá de Funza.

Desde una temprana edad ha tenido un especial gusto por las ciencias sociales y por el bello mundo de las letras.

En lo referente al ámbito literario, cuenta con una mención especial por su poema *De cuervos y hombres* publicado en la antología *Concurso de Poesía y Cuento* (2016); impresa por la Universidad de La Sabana. Asimismo, participó en la *Asamblea preparatoria del XV Parlamento Internacional de Escritores de Cartagena de Indias y III Parlamento Joven, Capítulo Funza* (2017). De igual forma, el Instituto Departamental de Cultura y Turismo IDECUT publicó su cuento *Una visita ineludible* en la antología *Te cuento: encuentros pedagógicos de literatura* (2018), ese mismo año, siendo parte del Taller de creación literaria representó a Funza en el municipio de Sabaneta, Antioquia, como parte de una circulación

de la Escuela de Literatura del Centro Cultural Bacatá. Es coautor de libro *Diez años narrando a Funza* (2019), con la prosa *Si un robot escribiera* y los poemas *Teorizar la lucha* y *El hombre masa, esclavos libres*. También es parte de la antología *Te cuento: encuentros pedagógicos de literatura de Cundinamarca* (2019), del Instituto Departamental de Cultura y Turismo IDECUT, con el cuento *Noches en vela* y el poema *Apetitos voraces*. En el 2020 fue ganador del *Programa Municipal de Estímulos Culturales de Funza "Somos ciudad líder en arte, cultura y patrimonio"*, con su primera novela *Recuerdos al olvido*. Por último, ese mismo año publicó su cuento *La arena y el viento* en la Revista Alondra.

En cuanto a sus actividades académicas, fue ponente en el *XIII Seminario Internacional Antonio Gramsci*, con el trabajo *Ideas Pedagógicas: Gramsci a través de los ojos de Franco Lombardi*, (2017). Del mismo modo, fue ponente en el *Coloquio Relaciones glociales, hegemonías mundiales y elecciones regioclocales*, con el texto *¿Votamos los mismos? Un somero análisis de la cultura política colombiana* (2019). Además, fue ponente en el *XV Seminario Internacional Antonio Gramsci*, con el ensayo *Gaitán: un colombiano más caído en la lucha contra la oligarquía*, estos dos últimos se encuentran publicados en las *Memorias del XV Seminario Internacional Antonio Gramsci* (2020). Por último, fue ponente en el *XVI Seminario Internacional Antonio Gramsci*, con su escrito *Clases medias en las calles: elementos para su lectura*. Estos eventos se desarrollaron en la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Finalmente, fue ponente en el *XIV Encuentro de filosofía y otros tópicos latinoamericanos*, realizado en el municipio de Tabio, con su ponencia *Los subalternos y su estudio: el acervo teórico de Gramsci*.



Esta obra se terminó de imprimir
en los talleres de la
Editorial Ave Viajera S.A.S.,
Chía, Cundinamarca, Colombia.
Noviembre 2020